

RELATOS POLIÉDRICOS

JUAN MANUEL ERASO CHAVES

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2017**

RELATOS POLIÉDRICOS

JUAN MANUEL ERASO CHAVES

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar
el título de Licenciado en Lengua Castellana y Literatura.

ASESOR: Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2017

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de su autor”.

Artículo 1 del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de aceptación:

Fecha de sustentación: 30 de agosto de 2017

Hora: 5:00 pm

Calificación: 96 puntos

Dr. ROBERTO RAMÍREZ BRAVO

Presidente del jurado.

MG. JAVIER RODRÍGUEZ ROSALES

Jurado

MG. MARIO RODRÍGUEZ SAAVEDRA

Jurado

San Juan de Pasto, septiembre de 2017.

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa sus agradecimientos:

A la vida.

Al universo y su movimiento, que han hecho que me encuentre aquí.

A toda mi familia, la que me ha alimentado física y espiritualmente durante estos cinco años.

A madre, con el corazón; gracias por creer, por las palabras y por el ejemplo.

A la hermana y traductora más bella del cosmos, gracias por llevar mis mensajes a otra lengua.

A las narraciones, la tranquilidad, la claridad y el ejemplo de vida del profesor Gonzalo Jiménez Mahecha.

A Andrés Bravo Gustin por sus ilustraciones.

A los seres que se sienten en el camino, principalmente a los amigos, amigas y mascotas, con quienes he compartido la época universitaria.

A los hombres y mujeres que han ofrecido y dedican su vida a la literatura y a compartir su conocimiento.

RESUMEN

La lectura y escritura de literatura amplían enormemente la capacidad lingüística, lo que da como resultado un mayor grado de eficacia en la comunicación, que es uno de los principios para la consecución de fines comunes, como debería ser la educación. En conformidad, *Relatos Poliédricos* utilizó la comunicación con el entorno como motivación para escribir unos relatos, una de las formas literarias más cercanas al ser humano desde sus inicios y su cotidianidad.

Una vez formulado el proyecto, con ayuda de la Teoría de la Complejidad como núcleo de la metodología, se construyeron algunos conceptos básicos, que validaron al entorno como una disposición de escenas dialogantes; en seguida, como una necesidad imperante y prerequisite para iniciar el proceso creativo, se recordaron algunos fundamentos básicos del discurso narrativo y, por último, luego de meses de pensamiento, acierto, ensayo y error, se engendraron doce relatos y una historia de vida, que, al tiempo, constituye una reflexión sobre las bondades de la literatura para el desarrollo integral de una persona.

Palabras clave: Comunicación, complejidad, creación, enseñanza, escritura, literatura, relato.

ABSTRACT

Literature reading and writing greatly expand language skills, resulting in a greater degree of efficacy in communication, which is one of the principles for achieving common ends, as education should be. Thus, *Relatos poliédricos* used the communication with the environment as a motivation to write stories, one of the literary forms closest to the human being from its beginnings and its daily life.

Once the project was formulated, with the help of Complexity Theory as core of the methodology, some basic concepts were constructed, which validated the environment as an arrangement of dialogic scenes. Then, as a prevailing necessity and prerequisite to initiate the creative process, some foundations of narrative discourse were recalled. Finally, after months of thinking, success, trial and error, twelve stories and a life story were generated. This, at the same time, constitutes a reflection on the benefits of literature for the integral development of a person.

Keywords: Communication, complexity, creation, literature, story, teaching, writing.

CONTENIDO

Introducción	- 11 -
1. Aspectos Generales	13
1.1. Título del proyecto	13
1.2. Tema	13
1.3. Justificación	13
1.4 Planteamiento Del Problema	15
1.4.1 Descripción del problema.	15
1.4.2 Antecedentes	16
1.4.3 Problema de investigación	19
1.5 Plan de objetivos	19
1.5.1 Objetivo general	20
1.5.2 Objetivos específicos	20
2. Marco Referencial	21
2.1 Marco teórico conceptual	21
2.1.1 Comunicación	21
2.1.2 Imaginario social.	25
2.1.3 Literatura	28
2.1.4 Creación literaria	32

2.2 El relato	36
3. Metodología	41
3.1 Paradigma: Teoría de la complejidad	42
3.2 Enfoque de investigación cualitativo	44
3.3 Tipos de investigación	44
3.3.1 Investigación bibliográfica	44
3.3.2 Investigación formativa	45
3.3.3 Investigación literaria	45
3.3.4 Trabajo de campo	46
3.4 Técnicas de percepción de escenas dialogantes	46
3.5 Instrumentos de percepción y apropiación de escenas dialogantes	47
3.6 Etapas	47
3.6.1 Preparación	47
3.6.2 Escritura	48
3.6.3 Reescritura	48
4. Relatos Poliédricos	48
5. Reflexión	119
6. Referencias	133
7. Anexo	139

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Paseo claro	49
Figura 2. Desbordamiento	53
Figura 3. Momento de lucidez	57
Figura 4. Agua	67
Figura 5. Miedos	71
Figura 6. Primera cita	74
Figura 7. Mujeriego	78
Figura 8. Día de finales	89
Figura 9. La playa y el joven	94
Figura 10. La azotea	99
Figura 11. Cambio	104
Figura 12. Empalago	111

Introducción

Relatos Poliédricos es una labor de creación literaria que surge desde el interés por la literatura, no solo como un acto de soledad, independencia e intimidad, sino como uno de solidaridad y tolerancia, en el que los distintos mundos pudieran proyectarse con libertad a través de las letras; es decir, propender por la participación de las personas en la generación de conocimiento. Con esta idea en mente, inició el diseño de este trabajo, que se leerá a continuación.

En la primera parte, se plantea, describe y justifica el ejercicio de creación de relatos, principalmente como una actividad de desarrollo cognitivo y de diversas habilidades, que aportan mucho y con beneficio a las relaciones interpersonales; en la escuela particularmente, aportan para la planeación y la realización de sesiones de clase no tradicionales.

La segunda parte muestra las influencias que constituyeron una moral para decidir el trabajado del tema de la creación literaria y que conforman una moral para escribir y no renunciar a la escritura; también, se encuentran algunos conceptos y teorías literarias que comparte y trata de tomar en cuenta el autor en sus textos.

La tercera parte alude a la Teoría de la Complejidad como el paradigma que, con sus principios, establece una pauta en la metodología que, a su vez, asume un enfoque cualitativo, pues sus técnicas e instrumentos de acopio de datos se constituyen y pretenden la comunicación vivencial con el entorno; por último, se habla sobre los tipos de investigación que este proyecto enfrenta.

La cuarta parte es la producción literaria de *Relatos Poliédricos*, doce relatos y sus respectivas ilustraciones, resultado de la lectura de imágenes dialogantes en el mundo complejo y dialógico.

En la quinta y última parte, como reflexión o articulación de la investigación y el ejercicio de escritura con la labor docente, se han escrito algunos apartes de la historia de vida del autor, con énfasis en momentos y bondades que le ha donado la literatura, en la relación mutua e infinita de encontrar significados.

1. Aspectos Generales

La eternidad es una de las características que tiene la literatura; resulta sencillo entender la complejidad de crearla; sin embargo, como desafío final y corcho agujerado del acto perenne de aprender a ser un educador, se ha decidido dar vida a *Relatos Poliédricos*, un ejercicio de creación que se elabora, en principio, para fortalecer las competencias para educar.

1.1. Título del proyecto:

Relatos Poliédricos

1.2. Tema:

Creación literaria - Relatos.

1.3. Justificación

Escribir relatos es adentrarse aún más en el mundo de la literatura, que refiere grandes, desastrosos, alegres, pequeños e infinitud de acontecimientos; en este caso, la lectura de las escenas cotidianas será el principio de la literatura, que tendrá como norte contar la vida que constituyen el entorno y un individuo: yo.

Crear relatos a partir de las experiencias, anécdotas, historias y recuerdos de lo que se lee en el mundo es destacar el diálogo que se tiene con él. Es recordar dónde se está, se es y se hace historia; recordar que se es importante y se tiene mucho que contar; es saber que se tiene vida, historias que recuperar y conservar; la literatura es el medio legítimo y el fin donde la vida diaria y cotidiana se hace interesante y resalta su estética.

Asimismo, este ejercicio va a mostrar el grado de complicación y valor que tiene la tarea de escribir relatos. Para cumplir con esta labor, es necesario apropiarse de ciertos saberes particulares; además, es indispensable haber leído, conocer las reglas gramaticales, la composición de un relato, sus lineamientos, un código apropiado para narrar y la intención con que se hace; todo esto aparte de saber a quién va dirigido: el público.

Así, los relatos serán una prueba de que la Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura provee de competencias para llevar a cabo procesos de creación literaria, enmarcados en la línea de investigación en literatura. Además, la escritura de relatos será la forma más apropiada para probar que se utilizan todos los conocimientos adquiridos en el camino de la preparación para ser profesionales de la educación. Las competencias en el campo de la literatura, lingüística, pedagogía y otras que se ha adquirido en la vida cotidiana y debido a la curiosidad, convergen para obtener un producto digno de que se leyese.

Más aún, cabe destacar que leer y escribir son dos actividades necesarias en un educador. No es coherente la idea de ser profesor de Lengua Castellana y Literatura y no tener una rutina o el gusto por leer. De no ser así, un profesor será un replicante de libros de texto o de lineamientos estatales, que enseñará sin el respaldo de la lectura constante y asidua. La escritura también es fundamental en los procesos de enseñanza y aprendizaje; una de las competencias en que los licenciados en Lengua Castellana y Literatura forman es la poética, que propende por la invención de mundos posibles a través del lenguaje y, simultáneamente, su innovación.

Este trabajo va a contribuir para ejercitarse en la escritura y en el arte de narrar, porque, a fin de cuentas, es lo que, en general, un profesor hace en el aula de clases. El dominio, la preparación, la claridad y la capacidad de persuadir que tuviera el docente será un punto a favor a la hora de presentar significativamente un tema. La narrativa va a incrementar la curiosidad, la investigación y la complacencia por la literatura y la narración, que están presentes en todas partes; ellas están al alcance de cada uno y cada uno está al alcance de ellas.

Igualmente, los relatos pueden ser el subterfugio para que se conocieran historias propias y lo que se es en la actualidad, no solo como las cuentan los historiadores, los diarios, las revistas y las grabaciones, sino de otra forma, que fuese más familiar, accesible y sencilla de entender para el público. Interesarse por la sociedad, por su pasado y por su cotidianidad lleva a mostrar que el escritor hace parte de ella. Un escritor puede contar, juzgar, denunciar e intimar con algunos hechos, para convertirlos en parte de las realidades, alejadas, en que viven los centros educativos. Para cumplir con lo preliminar, se recurre al paradigma cualitativo, al ser inductivo, reflexivo, sobre todo, por ver a un fenómeno como

un todo y constituir una aprehensión y su análisis, se adapta a estas pretensiones. A la par, permite un acercamiento, una percepción, por medio de la comunicación *in situ* del fenómeno observado.

Escribir es una opción para cambiar la mirada del escritor y la del lector; además, la escritura basada en estas realidades provocará la transformación de las funciones del escritor y lector, para conducir a una mejoría en las letras y en la sociedad.

En consecuencia, este proyecto va a aportar en el desarrollo como escritor y lector y, además, como educador, quien va a promover la escritura y la lectura a través del ejemplo. Del mismo modo, su producto dejará conocer esta sociedad, las características individuales y grupales que la caracterizan o la han identificado; además, resaltaré las palabras, para apropiarse de lo que se ha sido y se es.

1.4 Planteamiento Del Problema

En los tantos intentos que a diario se adelantan para develar el misterio de la existencia, interpretar la realidad y encontrar la esencia de las palabras, se ha llegado a la escritura como elemento subjetivo y consustancial que posibilita la expresión y el registro de casi cualquier cosa.

1.4.1 Descripción del problema. Se dice que los relatos, como una interpretación de la realidad, fueron las primeras formas literarias que dieron paso a los demás géneros literarios que hoy se conocen. Desde el principio, cuando los humanos desarrollaron la capacidad de lenguaje, han estado en contacto con relatos, porque se asocian con el saber popular. Los relatos se hacen en la vida diaria, mediante el intercambio de la palabra, con la imaginación; las narraciones han cambiado, detalles se han aumentado y quitado con el fin de sorprender y convencer, sobre todo para ganar la condición de la verosimilitud y la inmortalidad. En primera instancia, se hicieron de forma oral y más tarde de manera escrita; cualquiera de las dos representaciones lleva a leer e interpretar las realidades que tiene el mundo y que el hombre crea.

Sin embargo, en el afán por impresionar o impresionarse, cada uno se empeña por conocer lo que está fuera de su biosfera, incluso sin antes saber qué es lo que lo rodea. En esta edad, que se vive, es usual encontrarse pensando en todos los años que se ha vivido sin

darse cuenta de los secretos, sentidos y significados que tiene la cotidianidad. Este es el caso de muchas personas que ven todo tal como es; que, al oír nombrar un objeto, idealizan el significado que está en el diccionario; esa parte técnica, convencional e inmutable, de la que habla Saussure, sin advertir que, en su simplicidad, se oculta la grandeza y esa grandeza se puede narrar y escribir en el relato.

Partir de los hechos cotidianos para escribir o reescribir relatos es una forma de ligar el conocimiento popular con el académico. Con el propósito de seguir con una tradición tan antigua como la relacionada con los relatos, de conocer otras realidades y de ejercitarse en la narración, se escoge la experiencia, la lectura, la observación, la documentación y el diálogo y la escucha para percibir y contar los acontecimientos que ocurren en la vida diaria, en medio de las rutinas y las novedades; que tienen ese algo que merece se los escribiese, compartiese y conociese por los demás. El tiempo va haciendo historias, o las historias van haciendo el tiempo; en medio de esta dicotomía, se es un intruso que hace un alto y pretende mantener, por medio de un código escrito, lo que pasó, lo que está sucediendo y lo que puede ocurrir.

Las escenas de la vida: estar en la ciudad, viajar, contemplar, estar con los amigos, estudiar, leer, salir de juerga, etc., que a lo largo de esta vida han impactado o las nuevas que causan éxtasis, pueden ser la base, junto con lo que hay en la mente, para escribir relatos. Los relatos serán el medio propicio para incentivar el diálogo entre el cosmos, el lector y el autor.

1.4.2 Antecedentes. Los siguientes trabajos escritos han logrado establecer una relación directa o indirecta con los *Relatos Poliédricos*, o son un faro en el nubloso camino de la creación literaria.

Jesús Martínez Betancourt, profesor en el programa de Economía de la Universidad de Nariño, escribió en el año 2009 el libro titulado *Caída de las pirámides y de la bolsa de valores pastusos*. En su obra, Martínez escribió varias narraciones cómicas, que sucedieron en el periodo en que las pirámides económicas funcionaron y se esfumaron en la ciudad de Pasto. El libro cuenta este desastre con un toque de humor, porque, según señala, “para matar los diablos, hay que ponerlos a bailar.”

Para este trabajo de investigación, esta obra es importante porque, como dice el autor:

El libro se nutre de los relatos de vida cotidiana recogidos en la calle y especialmente en la Plaza de Nariño o el Parque de Nariño, ahí donde se confunden las diversas clases sociales y se comunican y se comparten los acontecimientos diarios (...) pues prefiere conocer de primera mano esa condición humana atravesada por la pesadez de su cotidianidad existencial.

Semejante a este proyecto, utiliza la investigación cualitativa para percibir y apropiarse de la información. El autor dispuso de entrevistas no estructuradas y el diálogo para apropiarse del conocimiento; asimismo, se utilizó la revisión de documentos escritos y la etnografía.

Jesús Hernán Moncayo Meneses y Juseth Javier Palacios Montilla escribieron su trabajo *Imaginario urbano en torno a la plaza de Nariño de la ciudad de San Juan de Pasto* durante su periplo en la Facultad de Ciencias Humanas, en el 2013. Este documento tiene como base teórica fundamental los imaginarios urbanos; en su informe final, se narran, de forma híbrida entre la etnografía y la literatura, las vivencias, historias y anécdotas de cinco personas de la tercera edad de la ciudad de Pasto en torno a la Plaza de Nariño. Este fue el escenario donde ocurrieron acontecimientos destacables que, de algún modo, tocaron a los habitantes y lectores de los relatos y de la ciudad.

Los autores utilizaron la investigación cualitativa; recogieron la información a través del lenguaje coloquial, las entrevistas no estructuradas y, como parte fundamental, la etnografía. Registran la historia que se gestó en el tiempo de vida de cinco personas de la tercera edad, quienes tienen y expresan sus recuerdos. Los mayores son y crean la historia, los conceptos, los lugares, los paradigmas, etc., y permiten abordar, sentir, recordar, criticar y escribir de manera novedosa sobre la ciudad.

Oscar Andrés Leytón escribió *Algunos relatos de mi pueblo*, como estudiante de la Facultad de Ciencias Humanas, en el 2010. Este trabajo contiene los relatos populares que proceden de la narración oral del municipio de Ancuya que, una vez escritos, hacen frente a la pérdida de memoria del poblado, al igual que este trabajo de grado. El paradigma, enfoque investigativo y los instrumentos de recolección y análisis de datos son análogos a

los que van a utilizarse en esta metodología; se puede percatar, a simple vista, de la relación del autor con su comunidad, la recolección de información de disímiles fuentes y su reescritura. Su trabajo es el resultado de combinar los saberes que se aprenden en la academia con los de la vida rural, alejada de la ciudad, pero pendiente de ella.

Albeiro Arciniegas Mejía, para optar al título de Magíster en etnoliteratura, escribe el trabajo de investigación titulado *Ocho historias etnoliterarias*, donde, como su título expresa, escribe siete narraciones y una narración poética, cargadas de drama, que recrean “conflictos universales: el amor, la muerte, la tribu, el poder, el odio, la injusticia” (2010: 9), temas recurrentes pero que, vistos o escritos con ayuda de la etnoliteratura, se tornan especiales y rebeldes, como su escritor en el papel, que explora la condición humana íntimamente por medio del análisis del discurso literario, cargado de diversidad cultural. Su obra será, aquí, como una sombra rebelde que va siempre adelante, dado que los relatos que se pretende escribir también representarán pequeños dramas o conflictos de la existencia, también estudiarán a una comunidad y se escriben con el objetivo principal de crear literatura, narrar “para testimoniar el paso por la vida, para denunciar o criticar, para intentar abrir espacios nuevos en la comprensión del hombre” (Arciniegas, 2010: 8) y, al mismo tiempo, empaparse de las ideas de un grupo y conservarlas en la memoria de las palabras escritas.

Eduardo Galeano (1971), en su ensayo *Las venas abiertas de América Latina*, analiza y narra la historia de América Latina desde la Colonización por parte de los españoles hasta los años setenta. La prosa que caracteriza al autor y su opinión se mezclan con algunos datos estadísticos, referentes bibliográficos y relatos, estilísticamente suavizados, de personas que vivieron en carne propia las atrocidades de la explotación, el abuso de poder y las consecuencias indeseables del capitalismo. En este libro, las entrevistas que se hacen a personas, en diferentes locaciones y con diversas historias de vida, se convierten en relatos y testimonio de la historia de este territorio.

Flannery O'Connor, destacada escritora de relatos de la literatura norteamericana del siglo XX, publica en 1955 *La buena gente del campo*, relato que refiere, de manera sencilla, con un lenguaje corriente y claro, la vida de cuatro mujeres que viven en una granja

apartada de la ciudad y su relación con un joven vendedor de Biblias; impresiona cómo, a partir de una situación supremamente cotidiana, que se podría calificar como simple, se tratasen temas peliagudos y complicados, que no los conoce el público en general. La narración lleva por unos parajes soleados y felices para luego sorprender con la oscuridad y la mentira. O'Connor, con su relato “inocente” pero, al mismo tiempo, malsano y enternecedor, deja al lector pensativo, sorprendido y engañado. Se dice que este es un relato autobiográfico, respecto a cómo la protagonista (¿la autora?) no podía caminar y vivía en una granja, características que llevan a la reflexión y son inspiración para la creación de relatos biobibliográficos, no arduos de leer, pero con muchos sentidos por explorar.

Gabriel García Márquez (1967), en *Cien años de soledad*, narra la historia de la familia Buendía, acompañada de acontecimientos y personajes de su pueblo: Macondo. García Márquez escribe e implementa el movimiento del realismo mágico y, con gran maestría, cuenta sobre la historia, las costumbres, la violencia, el criollismo y el pensamiento colombiano, especialmente de la Costa Atlántica, su lugar de origen. García Márquez incursiona e innova con su obra en la literatura colombiana, latinoamericana y mundial. El autor replica las creencias y las historias contadas por su abuela y narradas por sus coterráneos en sus relatos, lo que con inteligencia y estilo propio ha convertido en inmortales.

1.4.3 Problema de investigación. ¿Las vivencias cotidianas, la comunicación con el entorno y la decodificación de mensajes, son focos para motivar la escritura de relatos que, al registrarse como texto escrito, como práctica narrativa, contribuyen a formar un profesor de Lengua castellana y Literatura?

1.5 Plan de objetivos

Los objetivos se han pensado a partir de esta premisa: la construcción es el proceso cíclico que parte de la nada para obtener formas claras y resueltas, que son el resultado del paso del tiempo, de la adición y el vaciado de elementos que aportan a la meta y que su principio activo es el movimiento, pues todo está en interacción.

1.5.1 Objetivo general. Escribir relatos a partir de la comunicación con el entorno y los acontecimientos significativos que ocurren en él, a través de la decodificación.

1.5.2 Objetivos específicos.

- Reconocer al entorno como una disposición de escenas dialogantes válidas para la motivación escritora.
- Recordar y aplicar los fundamentos básicos del discurso narrativo en la escritura de relatos.
- Presentar un compendio de relatos afines desde las experiencias cotidianas que se narran.
- Destacar que la creación de relatos es una práctica que contribuye a formar un Licenciado en Lengua Castellana y Literatura.

2. Marco Referencial

Si se concibe a la literatura y a la teoría literaria con el principio de recursividad organizacional, de la Teoría de la Complejidad, es el producto o el efecto de la misma literatura, dado que, al mismo tiempo, es causa y productora de eso que la produce. A continuación, algunos conceptos propios sobre ellas y ellos y originados en autoridades literarias.

2.1 Marco teórico conceptual

En lo que sigue, una reflexión teórica sobre algunos aspectos relacionados con la comunicación, el imaginario social, la literatura, la creación literaria y el relato.

2.1.1 Comunicación. Hermes, o Mercurio en la mitología romana, divinidad olímpica, recuerda dos conceptos preponderantes para la aclaración de este proyecto: la comunicación y la hermenéutica. El primero se ve representado cuando Hermes, heraldo y mensajero de los dioses, brilla por su don de la palabra y elocuencia; diestro orador, prudente y con la facilidad de calar en cualquier relación social. El segundo se refiere a su nombre, de donde se deriva la palabra hermenéutica, que trata de comprender o analizar los textos. Estos conceptos se relacionan sustancialmente, pues la comunicación implica interpretación; es decir, dar un significado a algo, para hacerlo parte de cada uno y poderlo aplicar.

Entonces, para pensar una comunicación con dicha característica fundamental, se remite a los pensamientos de dos grandes autores: Gadamer y Bajtín, que logran interconectar ambas teorías, para esclarecer este término.

Para Gadamer, el sujeto se lleva al mundo y abre en él. Dadas sus necesidades cognoscitivas, el individuo se relaciona con su ambiente natural y social para dar respuesta

a tales necesidades. Así, se recurre a la interpretación o comprensión para intentar asimilar la realidad y ahí surge el diálogo, que evidencia la capacidad dialógica. El intérprete trata de apropiarse de un conocimiento a través de su relación con el texto: el mundo; para lograrlo, pasa por tres momentos:

Avanzar hacia la comprensión de un yo extraño, otro planteado por el texto, como un yo histórico, que recibe su sentido modo de ser su tiempo y su tradición. Para esto, es necesario examinar los supuestos que subyacen a los textos en cuanto a su legitimación, su origen y su validez, dados por un horizonte histórico específico, y analizar la pregunta que orienta el texto.

Postular la inclusión de la subjetividad del intérprete en la comprensión, como prejuicio productivo, como premisa básica que interroga al texto desde su propia preocupación histórica y como situación, es decir, como posición que circunscribe las posibilidades del entendimiento. En este caso, también existe una pregunta que debe ser planteada y en cuyos términos se delimita el horizonte del intérprete.

Propugnar un desplazamiento hacia un horizonte de mayor generalidad. La interpretación empieza siempre con conceptos previos, que tendrán que ser sustituidos por otros más adecuados, como un requerimiento del propio texto. (...) En el caso de la comprensión de un texto, sucede algo semejante a lo que ocurre en el diálogo: la presencia del otro -en esta situación, como texto-, no deja indemnes las posiciones originales. Si el intento de comprensión es abierto y honesto, la posición del analista se modificará por la interpelación que se produce desde la obra. (Papalini, *Hermenéutica y comunicación: hacia una dialógica crítica*: 25-26)

Los tres pasos expuestos resumen las secuencias de la hermenéutica que propone Gadamer, que podrían ser principio y parte de la comunicación y aparecen en su libro *Verdad y método*; su nombre, incita y motiva a leer, con la suposición de que su contenido llevará a una concepción de verdad o a un método para encontrarla.

Para encontrar una verdad, se debe empezar por el diálogo. Para el autor, la existencia humana es el lenguaje y su uso, porque los seres humanos son logocéntricos; a través del lenguaje, el hombre alcanza su comprensión. Se percata del carácter fundamentalmente dialógico del hombre, que lo nutre para efectuar acciones simbólicas, que dan vida a la comprensión y a la comunicación. El hombre desentraña textos que, al igual que él, se sitúan en un tiempo y espacio determinados, lo que les proporciona alguna

de sus peculiaridades; para comprenderlos, el intérprete construye concepciones; a medida que desentraña el texto, su idea inicial cambia y se reformula. Por ser un ser conocedor, el hombre no llega a analizar el fenómeno desde la neutralidad, sino trae consigo unos pre-saberes que se han construido a lo largo de su existencia, que están presentes en su entorno y como parte de la realidad; son la parte subjetiva del intérprete, llamada, por Gadamer, prejuicios, vistos desde el lado positivo, lo que permite que cada comprensión del mundo fuese diferente. Para llegar a la significación, confluyen horizontes y prejuicios, para crear una nueva.

Por otro lado, pero en relación con Gadamer, para Bajtín la comprensión del texto empieza con el lenguaje, que lleva al diálogo, a la acción, a la comunicación.

Para Bajtín, la vida es dialógica por naturaleza. Vivir significa participar en un diálogo [...] El hombre participa de este diálogo todo él y con toda su vida [...] El hombre se entrega por completo en la palabra, y esta palabra forma parte del tejido dialógico infinito de la vida humana. Cada pensamiento, cada vida, llega a formar parte de ese diálogo inconcluso con toda su personalidad, con todo su destino (Llovet, *et al.*, 2005: 376).

En sus nociones de polifonía del discurso, Bajtín recela de la concepción de un “yo” individual y privado; como en Gadamer, el “yo” es esencialmente social; sin la existencia del otro no puede ser: “la construcción del yo mediante lo verbal pasa por el diálogo como forma primaria de comunicación y pensamiento y, más aun, como concepción del sujeto y su ser” (Bubnova, 2006: 102). Cada persona, con sus experiencias, construye numerosos “yo”, que se forman de distintas “voces personalizadas, que representan posiciones éticas e ideológicas diferenciadas en una conjunción e intercambio continuo con las demás voces” (Bubnova: 100) que, al oírlas y asimilarlas, ayudan a generar una concepción de mundo, el horizonte del que se habla anteriormente, y para relacionar esos dos sentidos se acude al proceso dialógico que:

No implica la fusión o mezcla de un “sentido” en el otro, sino el enriquecimiento y la unidad del “sentido buscado” y del “sentido proyectado en la obra”. Esto mismo se aplica al diálogo entre culturas; cada una conserva su totalidad axiológica abierta al otro en aras de enriquecerse. (...)

Además, desde un enfoque descriptivo, el dialogismo designa la estructura interactiva de la comunicación verbal: todo mensaje suscita una “respuesta” del receptor. El dialogismo nace de la actualización de un mensaje, vertido en signos interpretables dentro de ese complejo sémico que es la “dimensión social” (retrocomunicación de los signos, independientemente de los códigos en cuestión). Ahora bien, esto va en paralelo, en el proyecto bajtiniano, con la polifonía, la cual alude a la estructuración de la sociedad en múltiples “discursos” interactuantes entre sí. (Hernández, 2011: 24)

Es decir, toda comprensión es un acontecimiento, un acto con autoría constructora compartida, mediatizada por el diálogo, o es el diálogo mismo. Para encontrar una significación, se sugiere el contacto de dos sentidos que se confrontan; encontrar en la palabra del hablante una contraposición. Comprender lleva a darle al otro un contexto, que se relaciona con el propio.

Se ve que los dos autores proponen a la comunicación como un medio para aprender del universo; se pone en la balanza lo que se es y lo que es el mundo, para obtener un resultado, que no subordina ninguna de las posiciones, porque la comunicación también es un acto ético, de reconocimiento y respeto por el otro; más bien, se erige algo nuevo, donde cada quien, en relación con el otro, se complementa.

En esta construcción de significado, se puede concluir que, como lo propone Bajtín, el hombre es un ser inacabado, en plena formación; siempre está en el ir y venir de las palabras, tratando de conocer; la curiosidad lleva a buscar y a preguntarse, para tratar de comprender y engrandecer sus horizontes. Gadamer y Bajtín permiten asimilar que para la comunicación tiene que haber comprensión, y para que haya comprensión se necesita de la comunicación, lo que remite a un proceso infinito de significación, propuesto por Pierce: la semiosis ilimitada, donde un signo hace surgir otro, y primordialmente un pensamiento da inicio a otro: “La semiosis se explica por sí misma: esta circularidad continua es la condición normal de la significación y permite incluso que los procesos comunicativos utilicen signos para mencionar cosas y estados del mundo” (Eco, 1995: 195), concepto que es sustento del que va a cerrar esta definición: “el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura” (Barthes, 1987: 69-71)

2.1.2 Imaginario social. Para la construcción del concepto de imaginario social, se debe partir del concepto de realidad que, como se dijo anteriormente, es todo lo que se es y deja ser. A un niño le preguntan: ¿cuántos años tienes? y el niño responde: los mismos que el universo, porque la energía no se crea ni se destruye, se transforma. En consecuencia, va a hablarse del mundo en sí, de todo lo que rodea al hombre, ya fuese material o inmaterial: personas, objetos, ideas, animales, estados de ánimo, el clima, etc., que constantemente afectan, se convierten y se mueven entre los estímulos y respuestas, que existen porque se han descubierto, nombrado y comparten una significación que permite conocerlos, saber lo que son o lo que representan en la mente.

Por esta razón, hay variedad de interpretaciones de la realidad que, en gran parte, dependen de la persona que lee la realidad, del espacio y del tiempo donde se lee: “En suma, la realidad no es sino voluntad de realidad, voluntad y representación, como ya lo dijo Schopenhauer.” (Gómez, 2001: ¶ 2)

El surgimiento de un imaginario social es, tal vez, una de las réplicas más radicales y fuertes que se pueden dar a las preguntas fundamentales, relacionadas con el origen, lo que se es, dónde se encuentra cada uno y para dónde sigue, cómo se puede vivir mejor y muchas más. Se han visto respuestas, tales como: el feudalismo, el capitalismo, la sociedad machista, la Ilustración, que se plantean por la necesidad de cambiar lo institucionalizado.

La imaginación se puede ver desde dos perspectivas: la primera “se refiere a que la imaginación es el origen de la representación, el pensamiento, y lo racional. La segunda es que la imaginación libre y disfuncionalizada es propiedad fundamental del ser humano” (Erreguerena, 2001: 43); en efecto, es esencial a la hora del cambio, porque es el punto de partida en la carrera del imaginario: “Cuando un sujeto social interpreta, vive o actúa dentro de la sociedad, lo hace a partir de su visión particular, mirando al imaginario efectivo (el establecido) pero produciendo, por su interpretación, un imaginario radical o instituyente” (Castoriadis, 1993: 220), es decir, el individuo contempla, observa, reflexiona y es consciente de las disfuncionalidades de la vida; si se encuentra preparado y es autónomo, puede concebir una propuesta muy bien argumentada y válida, que se alejase de lo típico en la sociedad, lo que es ley o norma. Con el paso del tiempo, si la proposición se cultiva y

consigue adeptos, puede empezar a tener un significado parecido en cada una de las mentes de los individuos, para crear una denotación, que no se quedará en la lexicografía; al contrario, interviene en las redes de la vida diaria, se hace parte fundamental y razón de existencia de la misma sociedad en que se cambió.

Este proceso se ha realizado desde el comienzo de la existencia y, se podría decir, que va a acompañar hasta el fin, porque el hombre no descansa cuando se trata de creación, pues siempre hay un flujo constante de representaciones, deseos y afectos que se quieren dar a conocer; en ese momento interviene la *poiesis*, la creación.

En síntesis,

el imaginario social, tal como es concebido por Castoriadis, no es la representación de ningún objeto o sujeto. Es la incesante y esencialmente indeterminada creación socio-histórica y psíquica de figuras, formas e imágenes que proveen contenidos significativos y lo entretienen en las estructuras simbólicas de la sociedad. No se trata de contenidos reales o racionales que adquieren una vida autónoma, sino más bien de contenidos presentes desde el inicio y que constituyen la historia misma, sugiriendo la necesidad de reexaminar en este marco la historia de nuestras civilizaciones humanas. (Alméras, Lecturas en torno al concepto de imaginario: apuntes teóricos sobre el aporte de la memoria a la construcción social)

Aquí es posible darse cuenta que la sociedad y la historia no existen por separado.

Lo que cada uno es siempre estará en función de las significaciones que se da al entorno, que conceden unos puntos de equilibrio a la vida social; por eso, en este momento se comparten muchas similitudes, que se acogen cuando cada quien se vuelve parte una comunidad; debido al uso del lenguaje, se apropia de una determinada lengua, y al afecto que recibe de los congéneres. Es factible decir que, a través de la percepción de la realidad, se pueden conocer algunas de sus especificaciones, porque las instituciones, o lo establecido, marcan una vía por donde los integrantes de una comunidad deben vivir, lo que se sustenta en lenguaje, normas, valores, costumbres, de modo que las instituciones no son sólo instrumentos de creación; también aportan en la formación de subjetividades.

Las objetividades y subjetividades de una comunidad forman la identidad colectiva que “se conforma como el conjunto de creencias compartidas por una sociedad que

implican una visión de sí misma como “nosotros”, es decir, una autorrepresentación de “nosotros mismos” como estos y no otros.” (Cabrera, 2004: 2)

En medio de ese nosotros, del tejido de imaginarios que representan, que tienen el nombre de significaciones imaginarias sociales, se encuentra el escritor, bañado y siendo agua de realidad, que trata de generar frutos de esa vitalidad. Y lo puede hacer porque “básicamente las “significaciones imaginarias sociales” funcionan, en el sentido moderno y en relación con la sociedad, (1) instituyendo y creando, (2) manteniendo y justificando (legitimación, integración y consenso) y (3) cuestionando y criticando un orden social.” (Cabrera: 4)

En este proyecto, no se pretende estudiar y conocer los imaginarios presentes en este tiempo-espacio al máximo, ya que no esto un estudio sociológico; lo que se realizará es la conservación y divulgación de la memoria en forma de literatura.

Guardar, mantener, conservar, transmitir y difundir la memoria, no son actos puramente conservadores en el sentido profundo de la palabra; por el contrario, son actos necesarios para pensar el cambio y hacerlo posible, que significa, entre otras cosas, la construcción de identidades o el refuerzo de las mismas, reflejado en el sentido de pertenencia a un grupo social, uno de los grandes dilemas de hoy. (Rodríguez, 2011, ¶ 4)

La memoria colectiva es como una gran computadora que trabaja con un sistema de informaciones, que lo constituyen todas las experiencias de un grupo humano y otras experiencias que no se viven, pero que se asumen desde variados mecanismos de conocimiento, como la literatura, la escuela, los medios de comunicación, la tradición oral, la cocina, etc.; los hechos y elementos de la cultura que caracterizan a una comunidad desde sus inicios, en la actualidad y en lo que podrían ser los tres instantes temporales que se interrelacionan y crean una identidad:

La identidad cultural está fundada en la memoria colectiva, en tanto mecanismo de retención de información, conocimiento y experiencia, ya sea en el nivel personal o social, que solo puede darse en cuanto vivencia, es decir, en cuanto práctica manifiesta en la cotidianeidad de la gente. (Rodríguez, ¶ 14).

Relatos poliédricos será un hogar permanente de la memoria, un paraguas frente a la lluvia del olvido y una reminiscencia de las relaciones que se tiene con el mundo que rodea al lectoescritor.

2.1.3 Literatura. No se debe creer que la literatura es todo lo que viene de la imaginación, todo lo que los cerebros pueden crear, ya fuesen relatos, novelas, poemas, ensayos, biografías, autobiografías, tratados científicos, filosóficos, tiras cómicas, chistes, etc., porque no lo es; si bien se liga a la imaginación, ésta no lo es todo: “Quizá haya que definir la literatura no con base en su carácter novelístico o “imaginario”, sino en su empleo característico de la lengua” (Eagleton, 1998: 5), porque ella juega con las palabras para expresar algo. Si al momento de expresar, se elige las mejores, las más significantes para el caso en que tienen que utilizarse, si quiebra con el lenguaje común y corriente, si se vale de todos los recursos literarios que tiene la lengua o, a la inversa, habla con las palabras ordinarias y vulgares de las situaciones cotidianas, como cuando se conversa con la familia o los amigos, cuando se va y pide algo al tendero o cuando se escriben mensajes instantáneos. Al utilizar una de las dos o combinarlas, se explora la lengua y la convierte en literatura.

¿Por qué sucede así? Porque “la literatura carece de un fin práctico inmediato, y debe referirse a una situación de carácter general” (Eagleton: 9); o sea, la lengua cuenta con la capacidad de significar muchas cosas, al depender de la forma en que se leyera o, mejor dicho, al depender del lector y lo que las palabras le traen a la mente, o las relaciones entre significados y la creación de unos nuevos.

Se está aquí en contacto con la tesis de Terry Eagleton (5-14) que señala que los que le dan el valor de literatura a un texto son los lectores; ellos resignifican lo que el autor pretende decir. Un autor puede escribir con un propósito, pero, al depender de las preconcepciones y concepciones que maneja el lector, el texto puede significar lo que a un lector le parece u otra cosa. Aquí se ve por qué algunos textos tan antiguos, como el *Poema de mio Cid*, del que se discute incluso su autoría, se reconocen y hasta se estiman transcendentales en la actualidad. El lector los lee de manera literaria, cree en el mundo que se va explorando a medida que pasan las páginas.

Algo similar ocurre con palabras comunes, como en la indicación “prohibido fumar”, que para algunos tienen poca o ninguna importancia, pero que para alguien más, un adicto al tabaco, tiene una carga significativa enorme y pueden entrar en el territorio de lo literario; en primera instancia, en su mente, pensará en las razones que han llevado a incluir esas palabras, en lo que siente al prohibirle que fumase, en las personas que propusieron esa norma, etc. En segunda instancia, y si lo quiere, lo representa en letras; es probable que hubiese condiciones y juicios que calaran en el lector y que, por ese mismo hecho, se aceptasen como literatura.

Lo preliminar permite afirmar que “No hay absolutamente nada que constituya la “esencia” misma de la literatura. Cualquier texto puede leerse sin “afán pragmático”, suponiendo que en esto consista el leer algo como literatura; asimismo, cualquier texto puede ser leído “poéticamente” (Eagleton: 9); se insiste, depende de la mirada del lector, que se determina por sus conocimientos, sus intereses, sus formas de vida, en fin, todo lo que incide sobre él.

La literatura tiene un carácter subjetivo y precario, porque dependerá de los seres humanos que, en sí, tienen esas características; por eso, puede “abandonarse por quimérica cualquier opinión acerca de que el estudio de la literatura es el estudio de una entidad estable y bien definida, como ocurre con la entomología” (Eagleton: 10) Pero existen convenciones, como la que a continuación se incluye que, de alguna forma, corroboran lo dicho y, a su vez, le proveen un carácter más objetivo a la noción de literatura, por medio del canon, que jamás va a decirse que es único.

Un rasgo esencial, en la literatura, es ser un producto social; aunque una sola persona fuese la encargada de escribir literatura, forma parte de la sociedad, a menos que no se divulgase o la conociera otra persona diferente a su autor. En consecuencia, la literatura hace parte de cultura, que se define como todo lo no natural; es decir, lo que ha manipulado, construido o cambiado el ser humano; un ejemplo de naturalidad es la palabra oinc pronunciada para imitar el sonido que produce el cerdo; cultura es utilizar esta palabra con otro propósito, cuando se le imprimen ciertas características, como sería el caso de recurrir a ella en un contexto definido, como ocurre en la letra de esta canción:

El viejo McDonald tiene una granja, i-a-i-a-o,
 y en esa granja tiene un cerdito, i-a-i-a-o,
 con su OINC aquí, con su OINC allá,
 OINC aquí, OINC allá, siempre con su OINC OINC.
 El viejo McDonald tiene una granja, i-a-i-a-o. (El viejo McDonald tiene una granja: 2016)

Queda claro que la literatura va junto con la cultura, algunos de sus aspectos se relacionan con el desarrollo de las comunidades, van a afectar la vida social, y viceversa. El discurso verbal que utiliza el ser humano para expresar y exponer sus ideas debe clasificarse para reconocer lo que verdaderamente es literatura y lo que no es; para efectuar esta tarea se halla a disposición el canon, o los cánones, las normas o leyes, a lo que debe adaptarse un texto, si no es que éste se adapta a ellos, donde canon es el “conjunto de textos considerados valiosos, por alguna razón, dignos de ser estudiados y conservados en las memorias de las gentes” (Verdugo, 2004: 25).

Para llevar a cabo esa canonización se recurre a varios mecanismos, pero, en definitiva, tal sistematización “parecería depender de las normas establecidas por los propios participantes en la actividad disciplinaria” (Mignolo, 1986: 75), porque los mismos escritores y lectores de literatura lo hacen. En sucesión, van a presentarse algunas nociones de canon, expuestas por Verdugo (2004; 27-38).

Las instituciones que representan el conjunto de la cultura, los profesionales y/o autoridades en el tema y los lectores enjuician, interpretan y valoran un texto. Los profesionales y/o autoridades, debido a su grado de conocimiento del tema, sus títulos, galardones, reconocimientos, etc., se ven capacitados para decidir qué forma parte de la cultura. Los lectores cuentan con la idoneidad para hacerlo, en sus momentos de lectura y apoyados en su memoria, aunque fuese una actividad individual, que depende en un mayor grado del goce estético que tuviera de él; por consiguiente, no lo subyugan ideologías, manejos de mercado, manejos políticos, como en las instituciones, y no está en su poder sino en su interioridad, lo que significa que depende de lo que tuviera y considerase como literario en su mente.

Como se ha mostrado, el canon y quienes lo elaboran, se ven afectados por las particularidades pragmáticas, de la cultura, de la historia, de la tradición, de los modelos pedagógicos con que los educaron, del plan de trabajo que desarrollaron, de sus especialidades, de sus múltiples lecturas y otras cosas más. Es lógico que no existiera un canon universal, porque se aprecia o valora de múltiples maneras un texto. En el caso particular, quienes juzgan si esta producción escrita se puede considerar como literatura serán los lectores, y precisamente los jurados, después de que estos textos hubieran provocado en ellos alguna sensación o respuesta, ya fuesen de aceptación, de rechazo, de réplica, de evaluación, etc. Quizá todo dependiera de que la creación cumpliera con las funciones de los cánones que, al parafrasear a Verdugo (41-44), son:

(1) La provisión de modelos, ideales e inspiración: en cada tiempo, espacio y cultura se manejan varias cosmovisiones.

(2) La transmisión de la herencia de pensamiento: aquí la memoria colectiva es un punto fundamental, porque, a través de los textos, se pueden vislumbrar los cambios o hechos que se suceden a través de los años.

(3) La creación de marcos referenciales comunes: los encargados de interpretar y valorar un texto, a pesar de sus diferencias, cuentan con estrategias hermenéuticas similares.

(4) El intercambio de poderes: los escritores, con sus textos, logran conformar el canon, unos a otros se apoyan o se atacan; aquí cuenta si se pertenece a un grupo y si éste tiene un poder.

(5) La legitimación de la teoría: los textos recurren a una teoría para su creación, lo que justifica en gran parte la selección de textos que van a integrar la literatura.

(6) La historización: los textos proporcionan luces sobre la época histórica en que se escribieron; los hechos históricos influyen en su interpretación adecuada o por qué algunos tienen poder en el mundo y otros no. Por último,

(7) El pluralismo: se atiende a los grupos, como: literatura escrita por mujeres, minorías étnicas, comunidad LGBTI, etc., que no forman parte de los círculos de poder tradicionales y también tiene sus restricciones y límites.

Como conclusión, el canon es algo necesario para establecer la distinción de la que tanto se ha hablado. Es útil para toda comunidad interesada en la literatura y, por supuesto, para la persona que quiere devenir escritor, el recordar que la existencia de un canon sería como “la fatalidad imaginaria” (Verdugo: 32).

Para finalizar con esta noción, conviene añadir otras que, se considera, no pueden faltar a la hora de producir literatura. El escritor tendrá una intención artística al escribir; es decir, toca o juega con un asunto de la realidad, pero lo hace de manera estética; no sólo para informar, como lo haría el periodismo, ni para aclarar la verdad, como lo hace la ciencia o la historia, sino para recrear el mundo, resignificarlo, reinventarlo, moldearlo a las sensaciones que causa en el que escribe para darle otra imagen más agraciada o más espantosa. Se llega, así, a la conclusión de que se escribe sobre asuntos concernientes al ser humano y al cosmos como una totalidad, no como algo particular, lo que hace que hubiera infinidad de temas y de sus tratamientos, porque cada uno es un mundo y, en definitiva, eso da el carácter de real, pero “otra forma de lo real, mediante la cual nos es posible extraer de la fugacidad temporal algo del mundo en que nos encontramos” (Hernández *et al.*, 1995: 80); se retoma la idea de permanencia que explicaba el canon, lo que lleva a pensar en la eternidad.

2.1.4 Creación literaria. Las culturas, en su afán por superarse, y principalmente expresarse, han escogido a la creación literaria como un medio para hacerlo; a través de ella, ya fuese de manera oral o escrita, en esta reflexión se hace hincapié en la última, se moldean algunas ideas que rondan en la mente. Colabora en la superación, porque este tipo de creación no es algo fácil, si se considera que invariablemente ha existido una dificultad para enfrentarlo. Para toda creación, se lleva a cabo un proceso que demanda mucho pensamiento y dedicación, por lo que hay miles de personas que intentan crear, pero no todas tienen éxito; una mínima parte de esa población consigue triunfar y que se la recordase.

En ese proceso de escritura, están presentes casi todos los sentidos y se está activo; la mayor actividad se da en el cerebro, lo que conduce a que se desarrollara más capacidad cognitiva y, por lo tanto, más inteligencia. Debería ser una de las metas que a todos convendría asumir, en un objetivo que lleva a progresar como personas y como sociedad; se va a ser productivos en y para ella, más aún cuando los sistemas de gobierno y económicos, más sobresalientes, quieren mantener a las personas en un estado de conformismo e inactividad, para poder manejar y aplicar modelos sociales y educativos solo para su beneficio.

La creación literaria es un medio de resistencia respecto al orden habitual de las cosas; a través de ella, se trata de dar una mirada más profunda a lo que se es y lo que se está haciendo con la existencia, cosa que se ha hecho por miles y miles de años. En todas las épocas y pueblos, se habla de creación: en unos con más producción, avance, exigencia y disciplina que en otros, cada cual con sus fortalezas y debilidades, lo que los hace únicos, más aún si se habla respecto a lo individual. Aunque se ha recibido influencias antiquísimas de creadores, aunque se dijera que todo ya se ha dicho, que tal vez en otra parte del mundo ya estuviese escrito lo que se está leyendo y escribiendo, perennemente habrá algo nuevo; cada tiempo y espacio llevan a plantear otras formas de concebir el mundo.

Cada creador, en este caso escritor de literatura, es diferente porque “dota de sentido las palabras para ponerlas en relación con su propia vida y lo que asume y aprehende de los otros a lo largo de su existencia, haciendo que la vida encuentre su morada en ellas” (Mejía & González, 2006: 45). Se considera a la creación como un terreno que el propietario quiere mudar, para que, entonces, fuese una casa; aborda y cavila sobre un diseño, una construcción, un amueblamiento y una decoración, para difundir lo que es, vive y siente y, luego, pasa por unas etapas que, en la escritura, se refieren a, primero, la etapa de tanteo, de reflexión sobre lo que se va a escribir, de anotación de ideas; la segunda, de plasmación de ideas, y una tercera de corrección de errores (Romojaro, 2010: 276) En ese intento para tener un producto consumado y adecuado para valorar con aceptación, se ensaya, se acierta y se yerra; si no existieran las dos posibilidades, no tendría sentido esforzarse por inventar y quebrarse la cabeza al pensar en un resultado que se estima similar a otros. Con la antepuesta premisa, se justifica que, para crear, es preciso comprometerse, ser disciplinado,

constante y responsable, todavía más si se la utiliza la narrativa escrita para romper con las leyes del tiempo y del espacio, en divergencia con la creación oral, que puede pasar de generación en generación y convertirse en tradición oral, llegar al punto de escribirse y canonizarse como oralitura; de otro modo, existe la posibilidad de que se escuchase y se olvidara, como lo dice la sabiduría popular respecto a lo que entra por un oído y sale por el otro.

Para romper leyes y escribir, el ser humano tiene que prepararse, aprender normas. No obstante, se considera creación literaria a lo que hace un niño de seis años que apenas empieza a garabatear textos, al igual que un premio Nobel de Literatura; en este caso, se trata de seguir las consecuciones del segundo; para crear, debe haber una educación en las normas del uso de la lengua, tener conocimiento sobre lingüística y sus ramas, los métodos de escritura, los géneros literarios, algunos autores, etc.; es obvio que, a estas alturas, se habrá leído mucho, pues una de las formas para aprender a escribir es leyendo, hacer una lectura de libros, una lectura del mundo y de sí mismo, y no sólo con fines “de esparcimiento, o una manera de documentarnos o aumentar nuestros conocimientos. Pensemos en la lectura como una herramienta que nos ayudará, sin duda, a escribir mejor” (Sinjania, 2013) y favorecerá, como ya se dijo, el progreso y desarrollo integral, como lo expresa Silvia López Rodríguez (2003, ¶ 13) en su tesis sobre *Percepción y creación de la ciudad*:

el ciudadano, a través de un proceso cognitivo, recoge la información necesaria aportada por sus sentidos para elaborar imágenes, mapas mentales de la ciudad, una poética personal y subjetiva de la ciudad. En este punto, el ciudadano revierte el proceso de aprehensión para traducirlo en construcción, que a través de procesos artístico-creativos plasmará de nuevo en la realidad construida.

Con su aporte, se ve que no sólo se lee con los ojos; también se lo hace con cada uno de los sentidos, con la personalidad que se irradia e irradia en el mundo, con la organización que se lleva dentro, tanto de ideas como de sentimientos que, aunque no fuesen palpables, dan mucha madera para escribir y crear; nadie sabe lo que cada uno es internamente; la máscara de lo físico se la puede conocer, hasta preservar, pero lo interior es cambiante y difiere. Si se da la tarea de describir, por ejemplo, sobre el sentimiento de la

felicidad, cada uno va a trazar algo diferente, que llevará su propia marca; otra parte indispensable, a la hora de hablar de creación, consiste en que cada quien desarrolla su estilo, pero constantemente es ineludible pensar en la noción que ya se vio, la relacionada con la literatura.

Como complemento a lo precedente, se diría que la sensibilidad con que se lee influye y es necesaria en la creación, porque a partir de ella van a experimentarse las sensaciones. Los escritores, al parecer, que más sobresalen son los que logran ver lo invisible de la realidad; los que ven más allá de esos significados denotativos, que nunca se saldrán de la institución; sobresalen los que no han perdido la capacidad de contemplación y no la discurren como pérdida de tiempo, se embriagan con la preciosidad de los ruidos e imágenes de la ciudad y de la naturaleza.

Junto a la idea de sentir y apropiarse de lo que son el cosmos y cada persona, está la noción de entrega, de donar al universo de las letras lo que se produce; de nuevo se hurga en el compromiso de crear literatura, porque “escribir bien es replicar con responsabilidad a la complejidad de la vida” (Mejía & González, 2006: 51), para que el lector sienta que está viviendo y logre afirmar que el código, tan escrito, tiene algo nuevo. El escritor se encuentra en un círculo vicioso donde otros crean para que él sintiera y él engendra para que tal vez hasta esos otros sintieran; por tal motivo, este ejercicio es un diálogo constante y serio del mundo y sus partes, con la intención de entender cosas que se ignora y otras que aún permanecen oscuras para toda la humanidad; ese círculo vicioso se puede explicar con las palabras de Carlos Fuentes (Sinjania, 2013): “Tienes que amar la lectura para poder ser un buen escritor, porque escribir no empieza contigo”.

Para no detenerse más en este tema, resulta dificultoso no estar de acuerdo con que todos pueden crear; se debe abandonar la idea de endiosar a un escritor, porque todos están capacitados para devenir creadores. En este punto, es justo y necesario recordar algunas frases: la primera se debe a Simone de Beauvoir: “escribir es un oficio que se aprende escribiendo”; la segunda la enuncia la sapiencia del pueblo: “la práctica hace al maestro”, y la tercera la apuntó Plinio El joven, “la práctica es un maestro excepcional”; todas remiten a pensar que, como cualquier otro arte, a la literatura y a su creación se llega por medio de

varias horas de intentos; a ningún pintor se ha reconocido por tener la paleta y los pinceles quietos; ningún músico interpreta un instrumento sin antes tomar algunas clases y trabajar hondamente; es cierto que algunos nacen con el don para hacerlo, tal vez lo llevan en su sangre; no obstante, otros, la mayoría, se ha dado a la tarea de dedicar tiempo y esfuerzo para crear.

2.2 El relato

La capacidad de contar o las narraciones han ido junto con la especie humana desde que evolucionó, al desarrollar un aparato auditivo y fonador que le permite sacar provecho del lenguaje para comunicarse. La historia del relato surge con la historia del ser humano. Los relatos,

viajeros del tiempo y de las culturas, cambiantes pero fieles en el fondo a su sustancia íntima, los cuentos acompañan al hombre y lo flanquean con una solicitud de viejo perro que comparte sus faenas, sus horas de descanso, sus luchas y sus largas migraciones a través de ríos, cordilleras y desiertos. (Díez, 2005)

En cada lugar del mundo, hay relatos, de acontecimientos que construyen y no dejan olvidar; por consiguiente, no dejan morir la memoria colectiva o individual; son tan diversos porque el hombre también lo es: cambian las cosmovisiones, las lenguas, la cultura, las sociedades, etc.; en consecuencia, no se puede llegar a la raíz, al espacio y tiempo específico donde surgieron los primeros.

Aunque el relato viviera con cada persona y la hiciera vivir desde siempre, hablar del él es complicado porque al respecto no existe una definición aceptada universalmente, lo que deja ver su versatilidad. A pesar de ello, hay varias que pueden guiar en su conceptualización. Se empieza por una que propone Alberto Paredes (1987:13):

Relato es toda obra de literatura de ficción que se constituye como narrativa. Es decir, una organización literaria que erige su propio universo, donde hay acontecimientos (pasan “cosas” a “personas”) que deben interpretarse como reales en la lectura para que la obra funcione.

Una vez leída, se ve su generalidad, pero, en ese orden de ideas, se establecen unos límites: (1) debe ser literatura, noción sobre la que ya se ha hablado con anterioridad, (2) es ficcional; es decir, referido a fingir, imaginar, inventar un mundo para que lo creyera un lector, y (3) es narrativa; en palabras simples contar algo a alguien; en otras más especializadas, es un discurso donde coexisten un enunciador, un contenido y una persona que lee ese acto verbal, “narrativa es la forma más natural (y puede ser también la más sofisticada) para preservar, transmitir, reconstruir, interpretar, proyectar, intensificar y multiplicar la experiencia humana” (Zavala, 2011: 7); o sea que (4) tiene un encuentro o comparte con las personas, existe comunicación, lo que hace que una obra pueda comprenderse.

En este trabajo, se propone la noción de relato como un sinónimo de cuento, porque comparte muchas características con él. Lauro Zavala (8) llama relato al cuento moderno. Como se sabe, acerca del cuento se ha teorizado en cantidad, pero tampoco se llega a un acuerdo único sobre qué es y qué lo particulariza, por lo que, a continuación, van a escribirse distintivos que comparten y se considera debe tener un relato.

Es el producto de un escritor: la persona cuenta con la capacidad y con el deseo de que otros conozcan sus palabras y reaccionen frente a ellas; narra cosas que lee en el universo: él, además de contar y apoyarse en los conocimientos que ha aprendido en la vida académica, se nutre de toda la experiencia que ve, palpa, escucha, huele y gusta, o sea el valor que tiene la realidad, “la fuente única” (Propp, 2001: 141), de donde provienen todos los relatos, puesto que si no se tuvieran sensaciones y pensamientos de lo que se llama realidad, no se podría escribir nada, porque se estuviera vacío. Por simplicidad, se puede suponer que aquello constituye o forma el estilo de cada autor.

El estilo, las características de cómo se escribe, crea una relación con el interlocutor, que es indispensable. El relator cuenta y el interlocutor escucha, porque las palabras suenan en la mente y hacen el complicado proceso de simbolización, lo que lleva a la comprensión y a entenderse. Se infiere que el escucha participa en la construcción del relato, también quiere deshacer un nudo, descifrar de dónde vino un acontecimiento que llega de improviso, pero que cala y es necesario en el texto. El autor se ve obligado a crear una simpatía, producto de la asociación entre escritor y lector, llegan a tener una relación de

complicidad; lo que lleva a ese punto es el carácter nuevo y original de la narración. Se entiende que la contemporaneidad, lograr que se sintiera un hecho pasado como presente, va a ser de vital importancia. Los significados y las experiencias que el autor fuera capaz de revivir en el lector son las cosas que lo atraparán y crearán sentimientos, por lo que no se puede dar cabida a la distracción y no se puede extenderse demasiado.

El relato tiene la capacidad de contar un hecho pasado o futuro como si estuviera en el presente. El narrador hace la tarea de conservar la memoria: “El relato literario puede volver a experiencias anteriores y mostrarlas siempre disponibles y susceptibles de ser significadas de nuevo” (Dema, 2008: 2-3); es una herramienta contra el olvido, que lleva a que se cometieran los mismos errores del pasado, que se olvidase las raíces, hasta se olvidase quién se es; más aún si se cuenta la historia de una comunidad y no sólo la de una individualidad. Si no se tuviera memoria, no se llegaría a ser nada. Una persona vive hasta que los demás la olvidan; entonces, una persona o un pueblo sin memoria está muerto en vida.

Para conseguir este objetivo, romper con particularidades del discurso, del tiempo y del espacio, Vladimir Propp enseña que los personajes tienen unas funciones y debido a ellas se forman unas secuencias, lo que lo conduce a plantear que “todos los cuentos maravillosos pertenecen al mismo tipo en lo que respecta a su estructura” (2001: 34); a pesar de que se refiere a los cuentos maravillosos, esta teoría se puede aplicar a otros cuentos no pertenecientes a ese género; además, se complementa con la noción que Luz Aurora Pimentel (1998: 4) maneja sobre la relación espacio-temporal. Antes, una secuencia iba una detrás de otra; se diría que se rapta a la princesa; luego, alguien va a rescatarla y, para llevar a cabo el rescate, el héroe tiene que abandonar su hogar. En este momento el relato es algo más subjetivo, y no tan planeado, porque la relación es lógica, aparece a medida que los relatos se van construyendo; por lo tanto, es una relación de causalidad, puesto que un hecho causa otro. Añádase que, cuando se le da ese trato, la plena convicción de que se va a llegar a un final o una intención específica se desintegra, contrariamente a lo que proponía Edgar Allan Poe:

el artista literario (...) no elabora sus pensamientos para acomodarlos a los incidentes; sino que concibe con premeditación un cierto efecto aislado o singular que desea conseguir, y

luego estructura los incidentes- los combina de tal modo que mejor le sirvan para lograr este efecto preconcebido. (Peralta, 1999: 15)

En cuanto a extensión, el relato “permite entender la naturaleza de la novela y de la minificción” (Zavala, 2011: 7); la narración no tiene que ser tan extensa como la narración de la novela, donde la mayoría de las acciones se describen con lujo de detalles, los personajes construyen y encaminan su cierre y se crean varias situaciones que giran en torno a un gran mundo y se reiteran constantemente; ni tan breve como la minificción, que tiene un inicio y un final que no concluye la historia, los personajes son metafóricos, usa un espacio elíptico y es un género híbrido. El relato se encuentra entre esos dos límites, por lo que el escritor está al tanto de que sus palabras deben ser necesarias y precisas, para no cansar al lector, pero no pueden ser pocas, porque se lo dejaría con deseos de más.

Así, el relato conciso e imponente mueve al lector; utiliza una pureza de palabras, como si se colaran para sacar las que no sirven y quedarse con el núcleo del código lingüístico. Para que fuese conciso es elemental que fuera como una maleta que se lleva a un viaje de un día, en el que se puede vivir y disfrutar más de lo que se ha vivido en un año; la maleta debe ser liviana, debe tener justo lo necesario e irá marcada para que no se confundiera con otro equipaje, lo que la hará, por sí sola, magnífica.

En efecto, se indica que el relato es y tiene un acontecimiento; su escritura es un acontecimiento; el primero, o las impresiones que le causan al lector, ya lo había experimentado el escritor, un hecho que cala y llena. Así, se puede hablar de relatos memorables, que son un referente literario que, a través de los tiempos, con los imaginarios se vuelve una fuente de conocimiento, tal como *Continuidad de los parques* de Cortázar o *El gato negro* de Edgar Allan Poe.

Otro rasgo indispensable a tratar es la teoría que en un comienzo propuso Hemingway, llamada teoría del iceberg, referida a una historia que siempre permanece oculta. Para Lauro Zavala (2011: 8), el relato “se caracteriza por la multiplicación, la neutralización o el carácter implícito de la epifanía, así como por una asincronía deliberada entre la secuencia de los hechos narrados (historia) y la presentación de estos hechos en el texto (discurso). Hay una segunda historia que se esconde entre líneas, que el lector tiene

que reconocer porque no se la dirá como la primera”; en sí, como expone Ricardo Piglia (1986), “El cuento es un relato que encierra un relato secreto”.

Comúnmente, al final los dos relatos se presentan al lector y eso genera el carácter de sorpresa, que colaborará con lo que anteriormente se dijo acerca de la relación entre el escritor y el lector. ¿Por qué el relato debe tener dos historias? Porque “las influencias pueden cambiar hasta el cuento” (Propp, 2001: 132); en la actualidad, se está bombardeados por cantidades enormes de información, se necesita protegerse y ¿cómo se lo hace?, al ocultar partes de la propia personalidad que, debido a las normas y leyes, no se pueden mostrar pero, en un momento, dado salen a la superficie y siempre causarán asombro. El relato se parece cada vez más a los seres humanos pues, en la esencia psicológica, se vive una vida dentro de otra, existe comunicación entre sí con máscaras, las apariencias engañan, se hacen las cosas en busca de otras que solamente uno ve. Las personas se identifican por ser decididas, polifacéticas, versátiles, sinceras, pero otras veces por ser indecisas, bipolares, mentirosas y falsas, así como ocurre con los relatos y sus personajes.

Otra de las razones es porque el código lingüístico cuenta con mucha variedad; entre esa diversidad, hay múltiples significados que van a ser pilares en la consecución de dos relatos en uno. Se cree que para lograr ese efecto el escritor debe valerse de los recursos literarios y también de la inteligencia respecto a cómo aborde un tema. Otra idea aguda lleva a que el relato se elabora con el fin de que el lector pudiera desarrollar aún más su capacidad de pensamiento, pues los relatos son una fuente de saberes inagotable; en las instituciones educativas, los relatos son elementos indispensables en la enseñanza y en el desarrollo cognitivo principalmente; así mismo están presentes en la formación de los estudiantes como personas.

Se debe mencionar que “lo fantástico está al servicio de la realidad del cuento. Son elementos que permiten hacer notar todavía más este mundo que nos rodea tal como lo conocemos y lo vivimos” (Álvarez, 2013: 88).

Cortázar propone que la fantasía puede ser un elemento para describir o escribir la realidad; el escritor puede, perfectamente, con un cuento encasillado en el género

fantástico, escribir sobre algo que pasa en la vida cotidiana; sin embargo, deja en claro que en ningún momento puede escribirse sobre la realidad sin darle un tratamiento más cuidadoso, porque por medio de ella se muestran los sentimientos o pensamientos, lo que la hace aún más delicada; también señala que algunos de sus cuentos, o los temas para sus cuentos, los encontró cuando caminaba por la calle, conversaba con alguna persona (sin nada que tratar en especial), cuando se preguntaba por el origen, por lo ocurrido atrás de cada persona, de los antepasados, sobre la historia, la sociedad; sobre espacios o acontecimientos naturales y cotidianos que, como este tema de investigación, son portadores de relatos.

Por último, y como conclusión, se va a recordar que al relato no se lo puede encasillar, no se lo puede poner tras las rejas, encarcelarlo en unas leyes y dar una fórmula para escribirlo; es un género cambiante, que se actualiza, que vive, que se ve afectado por el mundo; es complicado “intentar una aproximación valorativa a ese género de tan difícil definición, tan huidiza en sus múltiples y antagónicos aspectos, y en última instancia tan secreto y replegado en sí mismo, caracol del lenguaje.” (Peralta, 1999: 35)

3. Metodología

En un camino intrincado de pensar, sentir y dialogar con el mundo, de cavilar sobre el caos y el orden interno y externo en que se vive, existe mucha información que está o llega como gotas casi invisibles o, por el contrario, en lloviznas, tormentas y tsunamis; sin embargo, solo algunas de esas chispas son apropiadas para ser base de lo que posteriormente será *Relatos Poliédricos*; aquí aparece, para ayudar, el seguimiento de una cierta metodología; a continuación se dan a conocer el paradigma, el enfoque, el tipo de investigación, las técnicas y los instrumentos que se utilizarán para elegir lo adecuado, lo que llevase a resolver el objetivo macro de este proyecto.

3.1 Paradigma: Teoría de la complejidad

La finalidad de este proyecto de trabajo de investigación es crear unos relatos literarios que revelen los conocimientos académicos y humanos que se ha adquirido y, en especial, en el paso por la universidad. Este es un camino para enaltecer la comunicación con el entorno, las experiencias pasadas y las actuales.

En este orden de ideas, el paradigma metodológico que más contribuye y se adapta a esta investigación es el del pensamiento complejo. A continuación, se señalan algunas de sus principales características, al considerar las palabras de Edgar Morin, su propulsor.

Nunca pude, a lo largo de toda mi vida, resignarme al saber, nunca pude aislar a un objeto de estudio de su contexto, de sus antecedentes, de su devenir. He aspirado siempre a un pensamiento multidimensional. Nunca he podido eliminar la contradicción interior. Siempre he sentido que las verdades profundas, antagonistas las unas de las otras, eran para mí complementarias, sin dejar de ser antagonistas. Nunca he querido reducir a la fuerza la incertidumbre y la ambigüedad. (Morin, 1994: 23)

Es evidente que lo indispensable en una investigación es la sed de conocimiento, pero, para saciar esa sed, se debe seguir un proceso de hidratación; no es recomendable atiborrarse de conocimiento porque puede producirse una llenura hasta el punto de no poder asimilar nada; lo justo es ir poco a poco, desde diferentes puntos, para probar posibilidades, hasta encontrar la que más saciase; para lograrlo, está a la disposición el pensamiento complejo.

En esta búsqueda, se tendrá presente el contexto, el lugar donde el investigador se encuentra, y los acontecimientos que lo han traído hasta aquí. El pensamiento complejo lo llama el principio de la auto-eco-organización, que proclama que los fenómenos no deben pensarse individualmente, fuera de su entorno; por el contrario, es relevante tener en cuenta su lógica interna y la lógica externa, que se hallan en un diálogo constante y se complementan. La intención es llegar a un pensamiento ecologizado, “en su relación coorganizadora con su ambiente” (Barberousse, Fundamentos teóricos del pensamiento complejo de Edgar Morin: 108).

Al ver los fenómenos desde varias dimensiones, desde variados ángulos y con diferentes ojos, se tendrá muchas más posibilidades para la escritura y para el desarrollo de este proyecto; en este punto, se aplica la noción de estrategia, que no designa un programa determinado ni lineal, sino “permite, a partir de un punto inicial, imaginar cierto número de escenarios para la acción, escenarios que pueden ser modificados según las informaciones [...] y según elementos aleatorios que sobrevendrán y perturbarán la acción” (Morin, 1994: 113); es decir, se va a transitar por un camino incierto, del azar, de las ambigüedades, que causan problemas y, al contrario, aportan al desarrollo y son indispensables para pensar el cosmos; debido a ellas, el paradigma permite gran flexibilidad; se va a caminar entre fronteras, no separadas por cercados.

Para poder construir ese camino, van a recordarse tres principios del pensamiento complejo:

1) Principio dialógico, que “nos permite mantener la dualidad en el seno de la unidad. Asocia dos términos a la vez complementarios y antagonistas” (Morin: 106); aquí, se va en contra de la mutilación que establece el reduccionismo y la disyunción; se le dará importancia a cada elemento; si existe, es porque es significativo.

2) Principio de recursividad organizacional: “Un proceso recursivo es aquel en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce” (Morin). El ser humano, debido a la reproducción, crea otro ser humano y este ser humano es capaz de crear otro, y así sucesivamente; lo mismo ocurre en las comunidades, que crean sus sistemas para que se saliera, permaneciera y contribuyera a su funcionamiento; se es parte de la comunidad y, al mismo tiempo, comunidad; va a tratar de entenderse el juego de relaciones que es el mundo y que es cada uno de los seres humanos, una experiencia imprescindible para la escritura: “El mundo está en el interior de nuestro espíritu, el cual está en el interior del mundo” (Morin: 69).

3) Principio hologramático, que establece que “el menor punto de la imagen del holograma contiene la casi totalidad de la información del objeto representado” (Morin: 107). Para conocer, van a valorarse tanto las partes como el todo, los pequeños detalles que conforman la gran realidad y la gran realidad, que no existiría si faltase algún detalle.

Lo que queda, después de mirar, escuchar, oler, sentir y saborear el cosmos, más las ideas lógicas, más las irracionales, más los movimientos del azar, más el entorno interno y externo, que giran contantemente en la mente como holograma del todo, se organizará debido a los principios del pensamiento complejo, para surgir y crecer, para llegar a la madurez y presentarse, en esta investigación, como relatos literarios.

3.2 Enfoque de investigación cualitativo

Relatos poliédricos requiere de un enfoque e investigador cualitativo, porque:

El investigador cualitativo se somete a una doble tensión simultánea. Por una parte, es atraído por una amplia sensibilidad, interpretativa, postmoderna, feminista, y crítica. Por otra, puede serlo por unas concepciones más positivistas, humanistas y naturalistas de la experiencia humana y su análisis. (Rodríguez, Gil y García, 1996: 9)

El papel del investigador será el de apropiarse de ciertos mensajes, que servirán de pretexto para la creación literaria. Será vital la comunicación con el entorno; por este motivo, se utilizarán métodos de percepción, que se centran en la aproximación e interacción con poblaciones y escenarios, para lograr descripción de algunas de las circunstancias, los eventos, las situaciones problemáticas, las creencias, las personas, las actitudes, los pensamientos y las experiencias, etc., que comunican rasgos esenciales y subjetivos, fundamentales para la creación literaria. En sí, habrá un trato intensivo de lo que se es, con el universo que deja ser. Una percepción sensible, para lograr la composición que, en su última fase, se intenta lograr se califique como literatura.

El enfoque cualitativo acerca más a los seres, a los objetos e ideas, a los mensajes que rodean al escritor, lo que hace que hubiera su mejor enunciación, comprensión y apropiación, materia prima para la creación de relatos.

3.3 Tipos de investigación

Este proyecto se relaciona con los siguientes tipos de investigación:

3.3.1 Investigación bibliográfica. A partir de la premisa de que ningún investigador puede comenzar una investigación sin antes conocer algunos aspectos de la

literatura escrita sobre el tema que le interesa, ni que tampoco la desarrolla sin remitirse a ella, se intuye que es vital, está presente en el acercamiento y en la indagación de los conceptos pilares del proyecto; ayuda a ver hasta dónde han llegado indagaciones pasadas similares y contribuye a no duplicarlas. Debido a este tipo de investigación, se encuentra a los autores, las teorías, los antecedentes y algunos ejemplos que van respaldar o afirmar el proyecto, además de que ejercita en habilidades como indagar, comparar, evaluar y decidir.

3.3.2 Investigación formativa. Es propia del nivel académico universitario de pregrado porque, en comparación con la investigación científica, sus valores de formalidad y precisión son menores y no demanda la generación de nuevo conocimiento; es decir, su “intención es familiarizar con la investigación, con su naturaleza como búsqueda, con sus fases y funcionamiento (CNA, 1998)” (como se cita en Restrepo, 2003:198); se propone formar en algunas de las competencias básicas que todo estudiante debe adquirir.

El educando se convierte en un novel investigador que, en primera instancia, se apropia de algunos elementos relacionados con la teoría investigativa, para luego aplicarla, con ayuda de docentes y asesores, que lo instruyen para que realizase procesos significativos. Actualmente, se ha convertido en una estrategia pedagógica y didáctica, con la que se aprende a investigar, para enseñar a investigar.

3.3.3 Investigación literaria. Se podría asegurar que la mejor forma de aprender a escribir literatura es leyendo literatura; sin embargo, para ilustrarse en un grado mayor, se recurre a la investigación literaria, que aborda analítica e interpretativamente un texto; es decir, detalla sus constituyentes para lograr su alta comprensión y aprehensión.

¿Cómo se llega a este punto? A través del diálogo y la relación con otros textos, tanto literarios como académicos y con el ambiente en que se vive, en virtud de la problematización y solución de incógnitas personales y otras que tienen que ver con su género, el contexto, el tema, la estructura, la forma, los personajes, los ambientes, las réplicas, las adaptaciones, etc., lo que trata de verse desde un enfoque crítico. Por añadidura, se adquieren unos buenos hábitos de lectura y algunas nociones literarias, que encaminan a la solución del problema de investigación y a la creación de algunos relatos;

cabe destacar que este tipo de investigación aporta considerablemente al desarrollo del segundo objetivo de esta investigación.

3.3.4 Trabajo de campo. Este tipo de trabajo “permite obtener nuevos conocimientos en el campo de la realidad social” (Santos, 2013: 7); al inicio de la investigación, se observó y pensó en el campo: el lugar, el tiempo, las personas, los hechos, etc., lo que ha dado lugar a la formulación de la pregunta de investigación que, con ayuda de ese mismo campo se puede responder.

Con el trabajo de campo se recoge una información primaria, que “se caracteriza porque la construye y la recoge el propio investigador. Se la obtiene mediante el contacto directo con el objeto de estudio” (UNAD: Lección 28. Técnicas e Instrumentos para la recolección de Datos); se muestra la cercanía y la conversación entre el cosmos y el que lo estudia, que será siempre constante y necesaria para la creación de los relatos. Finalmente, “uno de los propósitos fundamentales de la iniciación en el trabajo de campo debe ser la sorpresa ante los otros, ante lo diferente, debe ser el *shock* cultural” (Palerm, 1997: 134), una parte indispensable en este proyecto, porque las realidades nuevas y disímiles son las que dan paso a la creatividad e innovación en la creación.

3.4 Técnicas de percepción de escenas dialogantes

Para el reconocimiento de las escenas dialogantes, se parte de que:

Todos los escenarios y personas son dignos de estudio. Ningún aspecto de la vida social es demasiado frívolo o trivial como para no ser estudiado. Todos los escenarios y personas son a la vez similares y únicos. Son similares en el sentido de que en cualquier escenario o entre cualquier grupo de personas se pueden hallar algunos procesos sociales de tipo general. (Taylor y Bogdan, 1986: 21)

Las técnicas a desarrollarse son:

Análisis documental: es una de las primeras y principales estrategias de recolección de información, porque, en ocasiones, de allí proviene el tema de investigación. Al ser de naturaleza variada, provee nociones sobre el problema planteado a lo largo de la investigación y es indispensable en este marco teórico: “Es oportuno señalar que los

documentos son una fuente bastante fidedigna y práctica para revelar los intereses y las perspectivas de comprensión de la realidad, que caracterizan a los que han escrito” (Sandoval, 2002: 138)

Como escritor, los documentos son los ejemplos a seguir, las influencias, las musas, etc. Todos los textos leídos influyen en esta construcción de conocimientos y saberes; por ende, en la creación de textos literarios.

Observación: como investigador, se ha de “ver las cosas como si ocurrieran por primera vez, nada se ha de dar por sobrentendido” (Quecedo & Castaño, 2002: 5). Con la observación, se procura aproximarse, de la manera más natural y cercana posible, al mundo vivo, aprehender en el sitio donde ocurren los datos dignos de conservarse e introducirse en sus particularidades: “La observación de cerca evita cuidadosamente formularse esquemas de pensamiento previos (ya sean personales o teóricos)” (Ayala, 2008); se hará y tratarán de sortear los elementos que interfieran y tergiversen la sustancia de las cosas.

Diálogo libre: se trata de dejar que las personas hablen o cuenten lo que ellas quieren expresar; dejar que las conversaciones fluyan y lleven donde quisieran. El investigador no tratará de encaminar la conversación hacia un punto fijo; el hilo le pertenecerá al o a los hablantes. El investigador se limitará a escuchar con atención.

3.5 Instrumentos de percepción y apropiación de escenas dialogantes

Los instrumentos incluyen: grabadora, video-grabadora, celular, cámara fotográfica, cuaderno de notas.

3.6 Etapas

Estas etapas incluyen:

3.6.1 Preparación. Aquí se contempla la lectura de textos literarios y de teoría literaria, en especial los que pertenecen al género narrativo; se penetra en el mundo interno y en el mundo exterior del autor, para leer las realidades. Todo lo que se logre percibir y

recordar a lo largo de la investigación será el primer paso para la construcción de ideas y, más tarde, la creación de textos literarios.

3.6.2 Escritura. Algunas ideas han llegado a la mente y están aniquilando la soledad del papel en blanco. Los textos van constituyéndose, como algunas de las mil caras de *Relatos Poliédricos*.

3.6.3 Reescritura. Mientras los relatos no se diesen a conocer, habrá la posibilidad de jugar con ellos, para concebirlos como literatura, para prepararlos para que se leyese. Para llevar a cabo este objetivo, se hará una constante revisión de las principales nociones narrativas y, se podría decir, reglas en el campo de la literatura y la lingüística.

Para finalizar, se destacará, a través de un texto escrito que la creación de relatos es una práctica que contribuye a formar a un licenciado en Lengua Castellana y Literatura, apartado que articulará las experiencias más significativas vividas en el desarrollo del proyecto.

4. Relatos Poliédricos

PASEO CLARO

Levántese! Ayer... ¿quién se levantó a las cinco y media de la mañana? ¡Todos los días es la misma joda! ¿Para qué le sirve la alarma? Esos celulares de ahora, que los mantienen ahí agachados, ¡como menso! ¡Ya! Levántese y vaya a bañarse. ¿No se huele? Huele feo, ¿qué dirán sus compañeros de trabajo, que en esta casa no pagamos el agua?... Y ya le tocó irse sin desayunar, porque prefiere estar ahí..., acostadote..., que comer bien. —La mujer, cara de pavo encrespado, tenía el maquillaje del día anterior; sus párpados chorreados mostraban una gama opaca de azules a negros, con algo del escarlata de su piel, irritada tanto como su genio; los labios eran una mezcla sucia de rojo violáceo y marrón; toda su cara resaltaba como muñón nuevo en una base de blanco, que ocultaba parcialmente la tez trigueña; su dedo índice apuntaba directo a la autoestima y empujaba la poca esperanza de él hacia un abismo. Él sentía ganas de abrocharla con las sábanas y bañarla con agua helada; con asco, pero ya acostumbrado, percibía el aliento de esa ave que dormía con la boca abierta y resonaba como pitadora que, a intervalos indefinidos, lanzaba grandes bocanadas de vapor húmedo.

Carros, motos, bicicletas, ruidos fragorosos, huecos, afán, intolerancia y sudor. Sale de un encierro y entra a otro; sus ojos quieren ser manos; no soportan ver más letras oscuras en ese fondo incandescente. Las gafas son lupas, la pantalla un rayo que se ubica estrictamente en el centro y logra quemar poco a poco lo que le queda de visión. Sus dientes son unas ovejas raquílicas dentro del establo gordinflón de sus labios, que lucen bien allí, sin balar. Las nalgas ya son solamente piel floja; el coxis y el sacro se posan en la silla como una ficha de rompecabezas y la espalda es un bejuco mal cortado, con muchos nudos. Hace su trabajo, no recibe regaños, mucho menos cumplidos. Todo el tiempo se recuerda que debe estar bien; no puede pensar mucho, ni considerar quedarse quieto; cumple con sus metas y le aborrecen. El tiempo se arrastra en horas de trabajo y baja en un tobogán en los descansos. ¡Qué martirio el de tener que aguantar la opinión de otros, tantas palabras que contaminan el silencio! Su cabeza es un plátano chirriante, a punto de que lo aplastasen para que se friera nuevamente hasta que fuese un patacón completamente

oscuro. Sabrá a dónde pertenecía. No haría esfuerzos por recordar el lado correcto; iba a haber una única opinión: “tostado”, todo iba a estar claro.

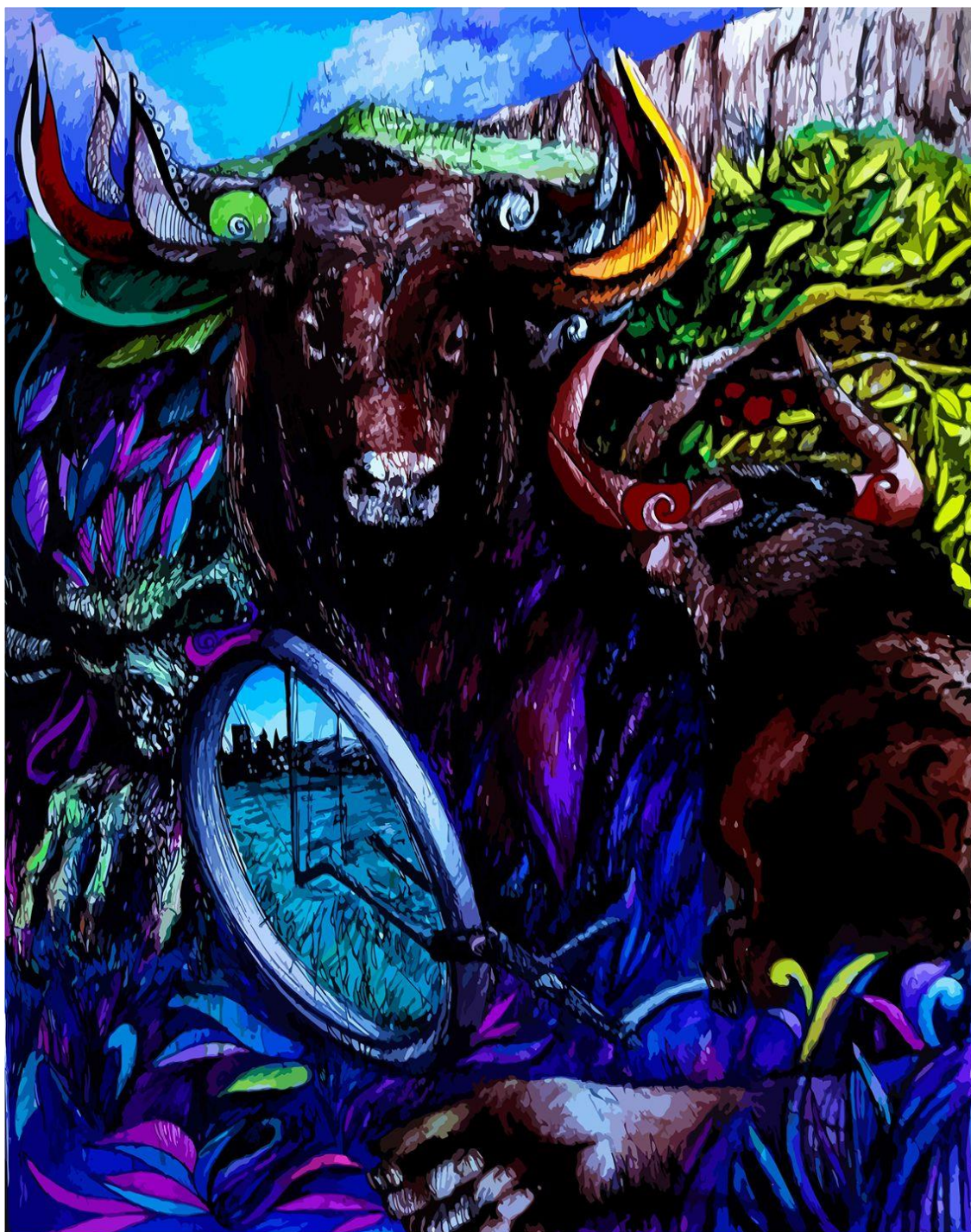


Figura 1. Paseo claro.

Llega el fin de semana, medio sábado y domingo completo; la epidermis hace su mejor esfuerzo por volver a su estado natural.

—Por favor, quinientos de aire.

— ¡El compresor no sirve para llenar eso! —Tiene que buscar otro lugar donde le inflen las llantas o, quizá, comprar una bomba para solucionar todo. Ya se ha ido medio día.

En las mañanas, el clima, cual niño caprichoso, dice:

—En las madrugadas quiero la temperatura bajo cero y el sol oculto por nubarrones luctuosos, —y su deseo resulta casi exitoso. El frío es excesivo y cuenta hasta diez, o cien mil, antes de ceder, para que se levantara. Él recuerda, lo enfrenta y decide de inmediato que va a salir. El café es dañino para la salud; los jugos gástricos se disponen a actuar y, más tarde, las agrieras esperan el disparo para comenzar la carrera hacia el esófago; también, sabe que se le puede volver más oscura la piel y, por tales razones, es mejor no consumirlo. No toma leche, porque las vacas sufren cuando las ordeñan diariamente unas sanguinarias manos de hierro; entonces, agradece a la tierra que existieran las plantas aromáticas, eso sí, sin azúcar, porque eso está lleno de químicos. Se pone bastante ropa, puesto que el campo lo espera, es el único lugar donde puede estar tranquilo... cuando no hay mosquitos. Salir del progreso y respirar el verde prehistórico, ¡qué alivio! Piensa claro.

Las nubes ahora están contentas; el cielo es blanco-celeste, ¡qué rico petricor! Probablemente, es la primera vez que no pasan suelas por allí; el camino de a pie es una línea de mayonesa en los pastizales motosos, pero ha quedado atrás. En dos de los tres puentes, tiene que bajarse y cargarla; más adelante, le alza de nuevo porque el barro la puede perjudicar. Recapacita, hubiera preferido ir solo. Con dificultad y mucho cuidado atraviesa una cerca con trampas ponzoñosas a cada cuatro centímetros.

Se acuesta debajo de un árbol seco, que únicamente tiene chamizas que se van cayendo poco a poco cuando el viento es rudo; sin embargo, es la parte más alta de la montaña y eso lo pone contento. Abre los brazos, respira y se relaja... Examina su cara con las manos, él es su propio espejo; siente las corrientes sanguíneas; va hasta el fondo, es oscuro; ha comido mucha porquería; las manos le quedan brillosas, con un barniz grasoso. Especula que no podría reconocerse si fuera ciego y tuviera que tocar a las personas, para

decirle a cada una el nombre. En frente hay una vaca, ¡pobre vaca, es la vaca más vacua que ha visto!; sus cachos son asimétricos: el izquierdo se eleva un poquito y cae como si lo hubieran planchado; el derecho es un tornillo derretido y carcomido por el sol, pero los dos son suficientes para tenerla atada a una raíz apolillada; se asemeja a una representación cubista, pues su cuerpo delinea esquinas, triángulos, rectángulos y algunos círculos; debajo de su cuero hay pequeños seres que lo templan; en medio de toda esa flaqueza, se muestran como un oasis sus respetables cuatro tetas, llamativas, acariciables, llenas, tanto que llega a desear un vaso de leche clara.

De repente, oye una estampida, unos movimientos fuertes, soplos de tren... ¡alteración! Con el rabillo del ojo mira los ojos del teja toro temerario y piensa que para ese animal no hubo sequía. Mide dos metros y evidentemente va al gimnasio. Él corre hacia la cerca, pero se da cuenta de que la altura es espantosa. Se va de bruces; justo antes de sacrificar sus ovejitas, estira, sin saber cómo, las piernas y aterriza; el rompecabezas está roto.

Había visto águilas, gavilanes, alcoholes o quizás cóndores, pero no, esos plumíferos ya no viven por aquí. El sol nos apadrina, nos deja brillar, nos cambia la figura. Los anteojos no son necesarios. El hedor es placentero. Ahora somos siete negritos. Abajo, el toro sigue probando su superioridad; la bicicleta está hecha pedazos.

DESBORDAMIENTO

Este es el sueño de una madre que, como esposo, tenía a un hijo. Se podría pensar que es una historia similar a la de Edipo, pero no; es la de un hombre que conoció a su segunda madre a los veinte años; ahora tiene más de cincuenta; en sus formas, es un maltratado y consecuente adulto, pero, de veras, siempre ha sido un niño.

Desde que se lo permitieron, a muy temprana edad, amó las golosinas; su preferida, el alcohol. Le encantan las amistades, numerosas aventuras extramatrimoniales. Le gusta la vida social, ningún amigo fiel. Siente gusto por la economía actual, gastar desmesuradamente en placeres viciosos, que la sociedad ve con buenos ojos, y se queja, con rabietas, de su infame vida, culpa del destino.

...

A la madrugada, la ciudad se contagia del síndrome de fase de sueño retrasado, sus patrones de reposo se desquician. El sol se esfuerza por sobrepasar las montañas y los pajaritos no esperan para cantar; siguen su empecatado plan para que despertemos, como es natural, iluminados con el día. Ella duerme abismalmente en su cama, en medio del silencio y las sombras de una casa vieja con olor a perro mojado, obra fuerte de barro y bahareque. De súbito, entra a su estancia el niño espantado, que hipa, a punto de virar hasta el morado asfixia, ¡exige ayuda!

Ella le permite colarse bajo las mantas por el sur, por sus pies. El negrito fatigado gimotea, hasta que posa la cabecita en el pecho; entre ese fuego siente total seguridad y calma. El pequeñito suplica perdón. Ella acomoda varias almohadas entre su espalda y la cabecera, se sienta para acariciarlo, le estrecha la cara con ambas manos, la oprime

suavemente y ve cómo ruedan dos enormes lágrimas que, como dos abuelitas, bajan por la calle más empinada, leves, morosas y azules, el origen de grandes huellas senoidales.



Figura 2. Desbordamiento.

La madre despierta vacía, agitada y fría. Por asuntos de trabajo, el niño está en otra ciudad. Ella se abriga y se arregla; no se embellece, porque es costoso; camina hasta una residencia familiar y entra directamente a los cuartos-cocina.

—En la cama hay un gorro. ¿Por qué está lleno de sopa?, —pregunta la madre a la nieta del niño.

—Esa no es sopa, son las lágrimas de mi abuelo, —responde la niña.

— ¿Acá también lloró?

—Sí, vino, todavía oscuro, oliendo a dulce, con los ojos chiquiticos y los párpados caidísimos. —El diálogo termina con un “¡pobre!”, expresado con igual lástima por las mujeres. La mayor toma el gorro y lo sacude. Al cabo de unos minutos, se ve a la nieta subida en un armario, con la pretensión de escapar del aluvión.

El niño ha jugado y las compadece.

MOMENTO DE LUCIDEZ

Marco en mi vigésimo primero año de vida en este planeta. Me considero un joven promedio, comprometido con lo que realizo. Estudio una carrera universitaria. No molesto a nadie, para que no me incomoden. Arriendo una pieza en una casa de familia. Mi vida social es escasa; como dije: me comprometo con lo que realizo. No me gustan los deportes ni tampoco sentirme pesado. Tuve una compañera, ¡fuuhhh!... hace cinco años. Me gustan las papas fritas y el color amarillo. Hago profesión de futilidad en el aspecto físico. Visito tres veces por semestre a mis padres en su pueblo. No anhele vacaciones.

Así se describía, ante los pocos que se interesaban. “Simple”, era una opinión masificada; no obstante, todo lo que refería era completamente incierto. Tenía dieciocho años y engañaba para no hablar con individuos atrasados de su misma condición. No era un joven promedio, sus calificaciones eran las más altas, se había graduado promovido y obtuvo uno de los mejores Icfes del país. Peleaba constantemente con sus profesores; sus interrogantes lograban que se sintieran estúpidos frente a la clase; sabía más que esos ancianos incapaces de usar la tecnología. Había sesiones en que era interrogado e interrogador de sí mismo, juez y acusado; acusado de no entender algo en un santiamén; por lo antepuesto, olvidaba la escuela por una o dos semanas, sin mostrar atraso cuando volvía. Su capacidad intelectual le merecía respeto y, al mismo tiempo, repulsión; no, no era rechazado, rechazaba, pues pocos eran dignos de su presencia y su palabra.

Escogió esa carrera universitaria porque creía que en ella iba a leer tempestades, se vería obligado a traspasar todos los días; hondo desencanto, que se hizo palpable en las primeras sesiones; sin embargo, no la abandonó, porque tendría, nuevamente, que hacer papeleo, filas y esperar..., tareas que lo saturaban de depresión. Su desarrollo cognitivo también se valoraba en la universidad; presentaba brillantes trabajos, pero tenía algunos

problemitas; odiaba que lo obligasen a escribir en poco tiempo fuera lo que fuera; necesitaba intimidad, intimidad, intimidad para todo.

La familia que lo alojaba fue dichosa por haber encontrado a alguien así, tan introvertido; tan callado, que se creía que invernaba. Soportaba una rutina, fronteras clausuradas en todas las actividades; el día que no la efectuaba, tenía ojos sepultados, velados y rabiosos; comía mucho más de lo acostumbrado o no comía; su mundo no podía contener azares ni errores. No llevaba amigos a su habitación, ni tampoco iba a la de ellos; nadie era su confidente, nadie compartía sus gustos, nadie preguntaba si parecía más enfermo de lo común; aprovechaba al máximo la tecnología, para no tener que soportarlos, tan cerca. Los deportes le usurpaban el tiempo de que disponía para ejercitar su cerebro; creía que eran algo muy repetitivo, popular y fácil.

Cada vez que leía algo en tiempo récord, desenredaba una teoría espinosa o escribía algo grandilocuente, se premiaba comiendo un enorme sartén de papas fritas con café; no le importaba que fueran grasosas, que inhibieran el buen funcionamiento estomacal y cerebral, le produjeran arterosclerosis y barros, cosas que tenía siempre presente. Se deleitaba con el color amarillo, el que mejor reluce en las flores y en los ojos. Amaba el sol, pero no salir; entonces, lo representaba con telas ambarinas. Le afectaba la mitad de un pepino lo que la gente pensara de él; usaba ropa similar todos los días: había comprado cinco pantalones, cinco camisetas y dos chaquetas iguales y se bañaba pasando un día, en ocasiones dos, pues decía que “el agua es para las plantas”.

No le gustaba ir a su pueblo, puesto que lo obligaban a trabajar cual campesino, al sol y al agua, golpear la tierra, cargar la tierra, acomodar la tierra y cuidar la tierra, ¡demasiada responsabilidad! Las extremidades con surcos sucios hinchados, las manos playas blancas estropeadas, tanto que formaban montañas aguadas, las uñas más que compinches con la mugre y la cara picaba. Lo soportaba difícilmente. Se comía en la tierra, con tierra, lo que producía la tierra; eso sabía muy natural, muy puro, poco satisfactorio para sus papilas. No recibía pago alguno, porque trabajaba en las tierras de su padre, ese macho que comprobaba, a como diera lugar, sin encontrar excusa, que los hijos vienen y se van con el pan debajo del brazo. El jefe disponía de él como si fuera un vacío de su

propiedad, actitud que lo encabritaba y lo desorbitaba de lo realmente relevante. “¡Estúpida economía, miles de segundos perdidos...!” ¡Sí!, estúpida economía.



Figura 3. Momento de lucidez.

Un lunes, mientras apoyaba los codos en el colchón y erguía poco a poco la cabeza, como si una sierra en un relámpago pudiera abrirle el cráneo, veía a su alrededor para buscar los detalles que le probaran que estaba despierto.

Era un chiquillo indefenso y cobarde. Miles de personas llegaron y se instalaron en orden alrededor de su casa; lo asumía así, porque las piedras, los desperdicios de construcción, la basura y la hierba vecina lo anunciaban con sus sonidos; ahora bien, cuando el sonido se hizo más fuerte, ya no pudo imaginar la posición en que se encontraban. Se había estatuado, los sentidos atentos y abiertos, como un suricato perseguido.

Los de afuera gritaban en coro, lo que delataba su procedencia:

—Vamo' hace'lo. —Su mente despavorida juzgaba, encasillaba y despreciaba a todos los habitantes de la calle: drogadictos con oxígeno amarillo a la mano y una chuspa de cartón, su máxima posesión. El hombre que lo agredió con su cuchillo supremo, entre tanto informaba sobre cuentas y deseos que se iban a saldar cuando vendiera la bicicleta que le robó. Los tres jóvenes, con ojos de vulva rojiza ajada, quienes acosaban por marihuana o bazuco y que, al final, después de rebuscarle y contar diligentemente, aceptaron monedas suficientes para comprar la botella de alcohol *Osa* y los juguitos en bolsa.

Las ancianas, con los labios partidos, con zanjias escarlatas a causa del fluido vital que casi no tienen, se arrastran, se quejan, exigen y maldicen; sus manos recuerdan a los santos; algunas sonrén y se hacen más tétricas; sonrén prontas a recibir algo que les apague la sed por un instante; parece que quisieran robarle los líquidos y las ganas de vivir. Hay individuos, no se podrían llamar hombres, que vienen aullando como gatas en celo en busca de placer, quieren oír sus gritos, mientras se balancean autistas.

El ladrón conocido que ha cambiado de vida, pero que, cuando bebe o fuma un poco de cosas malas, roba al de al lado, mientras le cuenta una de sus hazañas, así:

—Yo robaba en El Pilar; eso sí, salía a la principal, buscaba a cualquier china bonita, me le acercaba y le mandaba un piropo, así como: “¡Adiós, almuercito con carne!”;

si la hembra alaba a ver y mostraba los quiques, la dejaba tranquila, o la perseguía un rato más para abrirle el índice de mis cuentos, ¿sí pillá?; pero si la niña se portaba mal, se ponía brava o me veía como si fuera feo, como si no camináramos en la misma suciedad, ¿sí pillá?, suciedad-sociedad, a esa sí, la limpia, le ponía la tramontina de veinte centímetros de frente, para que la viera y le argumentaba para que me pasara el celular y todo lo que tuviera. Cuando tenía el producido en el bolsillo, le pegaba su manoseada; como a mí me gustan más las tetas, siempre se las apretaba y corría hasta la casa de mi hembra, la que me hacía esconder, pero me tocaba dejarle cualquier anillo; a veces, me quitaba hasta la batería del celular, si había uno en el motín. ¡Putá piroba!, hizo que me cogieran el día que me vio manoseando a una gordita que tenía las tetas de calabaza; yo, reengomado, como un minuto amasando, ¡y pasa la policía!; les iba a hacer la de siempre, pero la puta no me abrió. Me mandaron tres meses al hueco. Allá es durísimo. A propósito, ¿qué hora es?

—El más inocente sacaba el celular inmediatamente para responder; él decía que se lo mostrase y... ¡hasta nunca, adiós celular!; se paraba del sitio en donde estaba y no había persona que lo hiciera recapacitar y reintegrar las cosas. Si lo llegaban a tocar, sacaba la tramontina, ahora de treinta centímetros, afinada por ambos lados; arrugaba la cara y desaparecía por una cicatriz que nacía entre las cejas y terminaba en el labio: marca de amor, su compañera se la había hecho.

Y, al final de lo que llamaba el pegado de la humanidad, por supuesto, sin falta, niños que acechan cual manada de velocirraptores, con dientes, uñas y huesos filosos, prontos a desvalijar y a aprender de sus mayores. En la calle, si se respeta a los más grandes, si vale la experiencia, los chicos son aún más carroñeritos.

Los sonidos cesan. Un ladrillo incandescente entra por la ventana y la casa se resquebraja, se dibujan raíces de luz por las paredes; el cuasi recinto es poroso y cae lento y ordenado, como si saliera por las rendijas de una regadera. Él se levanta de la cama, da cinco pasos hasta el umbral cariado de la puerta de la habitación y cae inmóvil; puede ver a un punto fijo, pero no a los alrededores; quiere gritar, pero ni siquiera puede hablar; la

mente funciona a las mil maravillas, el cuerpo solo es una maldita carga; al final, todo gira y se enmaraña, un huracán con nombre de mujer, una mujer con nombre de huracán.

Siente caos, pánico, vómito cerebral; se mira dentro de un laberinto que tiene las puertas selladas con cadenas que suenan, esperanza anémica; la solución que encuentra a esos lapsos de quimérica imaginación desmedida es que su mente quiere abandonar su malcarado cuerpo y se va por raticos; lo que no se explica es por qué llega a parajes siniestros, con personas tremendas y pensamientos ultrajantes.

Ha perdido aproximadamente diez minutos, pero el día continúa. Se levanta, se baña, se arregla y desayuna; lo mismo de todos los días, que se hace nuevo por la música; todo lo hace con audífonos y volumen después de los límites; los aparatos están clavados por el martillo, comprimidos por el yunque y afianzados en el estribo; su cuerpo se ha moldeado para ellos. Lo perdido lo fuerza a tomar un taxi para llegar a la universidad.

Está sentado, muy atento a los movimientos del profesor; debe prepararse para cuando se acerque, para esquivar o protegerse de las ráfagas de saliva que despide al pronunciar la c y la ch; debido al aliento del maestro, aprendió a valorar el sonido de las palabras. De repente, alguien llama a la puerta; el profesor mira con menosprecio al estudiante que se levanta a abrir. ¡Sorpresa! Desagradable... Es su padre, que ha vuelto a beber; su piel sancochada dice que llevaba días retozando en el alcohol. Saluda a todo el grupo con una sonrisa babosa y el subir de las cejas que, por poco, se juntan con las entradas del cabello; se podría poner de a rulo en cada una. El patrón se dirige a una esquina del salón, suspira tiernamente mientras dirige con su batuta la orquesta acuosa que pinta la pared.

Avergonzado en sumo grado, trata de tapar a su padre con la chaqueta, pero no se está quieto; luego, intenta secar el salón tan rápido como limpian parabrisas en el semáforo, pero tampoco consigue llevarlo a cabo. Le dice al ebrio dónde está el baño, lo sigue de cerca para que no se caiga, espera fuera de la puerta y hace ruido para que no se quede dormido en el retrete. Es consciente que puede vivir una huida; a la sazón, se pellizca hasta que la piel se resbala como mantequilla; es verdad, está viviendo, hay dolor ardiente, está despierto y jodido: ¿cómo va a regresar a la universidad, después de todo?

Pasa un año luz, él abre la puerta y le coge con rabia y asco un gordo de su tremenda barriga. Le clava sus garras con más fuerza, el padre se queja y lo insulta; en seguida, con lloriqueos de niño bueno y sincero, le pide perdón, porque sabe que actuó mal; quiere hasta arrodillarse, para que su expresión cambie, pero él se mantiene neutro.

El señor se lava la cara; pasa por cada uno de los espejos que están encima de los lavamanos, que son seis, para tratar de verse mejor, menos perdido. Se peina; pronto su cara se hace más amable. De improviso, llega al baño un sinnúmero de mujeres, todas con hijos; todas buscan la cocina y las herramientas para hacer aseo al lugar, como si él no pudiera arreglárselas; es un completo inútil.

Hay una, extremadamente particular, hermosa, con los muslos duros y una gran sonrisa, los labios apretados que forman un triángulo en el que todos esperarían naufragar; hacia arriba se ve la figura de un maniquí de aproximadamente treinta y cinco años, deseoso de color y movimiento. Ella es la amante de papá; a pesar de ello, llega con ambiciones de conquistarlo a él; le dice cosas al oído que quisiera decirle a los labios; si tiene que realizar una acción como agacharse, pararse o sentarse, lo hace siempre delante de él, mirándolo para que reluciera su embaucadora figura. Por tiempos, lo excita y se ve bailando al son de su olor, tentado a darle lo que quiere. Su jefe le lee el pensamiento; usa la agria chaqueta para hacer un torniquete alrededor del cuello de la sensual mujer y, con una botella larga que saca de su barriga, aprieta y aprieta.

Él le pega, le grita, lo muerde, lo rasguña y el jefe no quita sus ojos endemoniados de la mujer, aprieta y aprieta; en cada vuelta dice ¡puta!, y en cada ¡puta!, se viene. A ella no le importa; más bien, siente cierto encanto; se baja al principio con lentitud, luego rápido las ropas. La abuela está mirando toda la escena desde lo alto, con completa indiferencia. Él se abre camino entre las mujeres, abre la puerta, abraza la taza del inodoro, su única compañera, y le cuenta ruidoso todo lo que lo hace estallar.

El reloj no se cansa, no se fastidia de la repetidora; es su misión, es un ejemplo, pero, para él, ya se ha ido la clase, no entregó el trabajo y no alcanzó a ir a la jodida práctica. Se imagina el regaño que recibirá de la señorita sarcasmo, la docente titular, que transpira por un deseo de caricias.

Salen de la universidad, mudos, ojeados y bravos. Las mujeres de antes los llaman a almorzar; en el restaurante, hay una mesa enorme que ocupa toda la estancia, queda espacio para seguir a los asientos sin espaldar que están a su alrededor; el espaldar es la pared. Por una sola entrada, las mujeres pasan platos que huelen y se ven muy sabrosos. Comió, comió y comió, para tratar de lograr que saliera la angustia que lo agujonea en las hendiduras de la columna y quiere remplazarle la médula espinal. Hay muchos niños que corren, ríen, balan, golpean, se golpean, piden, tiran, ensucian, se ensucian, huelen y queman; es una algarabía; todos los perros del mundo aúllan al unísono.

Incontinenti, las criaturas forman un círculo en torno suyo y él es un mondongo ciclópeo gelatinoso; todos tienen su espacio para abrazarlo y decirle, inocente y delicadamente, con sus risitas: papá. Sin pegarles, aunque quisiera, se los quita de encima con engaños. Boca abajo, boca arriba, de ladito, se ha arrastrado, se ha pegado con las paredes, con temblor, con susto, y ha bostezado muerte; así ha llegado a su casa, luego... a su habitación y, mucho después, hasta su almohada. Mira el cielo raso, no sabe a qué hora ha embarazado a tantas mujeres, ni tampoco sabe sus nombres; las ha embarazado sin sentir una pizca de amor y mucho maniático momentáneo placer.

Vomita a volquetadas; cuando está a punto de ahogamiento o indigestión por su porquería, logra voltear y vomita entre su asiento y el del compañero de la izquierda. Siente la saliva agria. ¡Qué delirante!

El profesor y él hacen buena pareja que vomita. El profesor se avergüenza, cancela la clase y se retira a punto de llorar. Él tiene que ir a buscar a la señora del aseo, ayudarle a trapear y lavar el trapeador, que huele tan agrio como la chaqueta. De vuelta a casa, recuerda todo lo soñado-vivido; siente un escalofrío. En el primer basurero, tira la chaqueta.

Saluda sensatamente; como siempre, recibe una respuesta de modo similar. Ninguno de los integrantes de la familia notó que le faltaba la chaqueta. No quiere comer, ni mucho menos verse en el espejo; los ojos apagados lo asustan e, increíblemente, teme que se le apague el alma; hace cosas, pero ninguna lo saca del círculo cada vez más enormemente diminuto de su pensamiento.

Se levanta, tantea el encendedor que se halla en la mesa que está entre el armario y su cama; lo encuentra, prende una vela y su mundo se deshace. No está en el ayer que durmió, está en el pasado; no hay electricidad, no puede vivir sin Internet, le preocupa cómo y qué leerá en las madrugadas, dónde pescará los libros, los vídeos, las imágenes, las lecturas y los comentarios que bailan y se tambalean en la autopista de la información.

Desequilibrado, demente, abre la puerta y cae en una azul ladera lumínica que trabaja como una banda eléctrica, pero, a la inversa, el ambiente es calmado, calmado, calladísimo, tan callado que una pompa de jabón caería verticalmente sin ningún desvío y no se rompería en el suelo. Extraña sin límite al viento, a la brisa, a la lluvia y a la tormenta que, por lo menos, lo enfriarían. Mientras desespera por subir y agarrar el umbral de su puerta, más aguda es la bajada, la tierra es un polvo fino; él resbala, la banda corre rápido, está acabado.

De súbito, aparecen unos perros rabiosos, cientos de perros rabiosos que confunden sus ladridos con el croar de las ranas y el canto de los pájaros, suspendidos, amarrados con sogas de color azul a grandes ganchos del cielo. Los perros están amarrados a postes verdes, sin expresión, con caras similares, que no tienen voz, ven todo y nada les importa; poco a poco se dan la vuelta y las sogas se desenrollan; los perros se acercan y resultan más monstruosos, los colmillos se agigantan, la saliva es ácido, los labios son oscurísimos, las garras se endurecen como hielo, todos se desviven por despedazarlo.

Despierta a las cuatro de la mañana, ansioso, porque no es de día y sus telas son insuficientes. Prende la luz eléctrica sin importarle que permaneciera unos segundos mirando colores y la mañana entera con dolor de ojos. Enciende su computador y escribe rápido, para que no se le pasara detalle, ni se le olvidara la idea general; escribe tres horas sin detenerse, solo cambia de posición para conectar el computador, que está a punto de descargarse. Recuerda el sueño vecino y todo lo que pasó el día anterior. Hay un momento de lucidez. Duele, en el futuro, recordar lo que los genes cargan y que el presente es pasajero para hacer pocas cosas. No se puede tener una vida transparente en un mundo de colores. No existe un profesional que tenga el título de borrador de huellas. La lluvia cae,

pero no siempre moja. Es un suplicio cambiar. Mientras haya tierra será menos dura la caída.

No puede seguir haciendo mal a la naturaleza. Su imaginación no se detiene y su mundo se afecta. Para ser feliz, es preciso ser un ignorante o un inteligente sin corazón. No hay tiempo para todo, ni todo es para el tiempo. La paz es el silencio, pero es inevitable sonar. Para cambiar de piel, ¿es necesario quemarse! A él le gustaban los soles con telas. Todo está listo para dejarnos más tarde.

Él está tranquilo y yo también. Nos acostamos, tenemos paz interior, aunque es muy blanca. No queremos sonar ni escribir. Queremos oír la llamada al desayuno; hoy son papas fritas.

AGUA

C on la imposibilidad de encontrar papel que dure y no se arruine al instante, he tomado una toalla para seguir sonándome los mocos. La gripe es algo que no duele, pero agobia. Mi nariz necesita curitas y crema número cuatro; no huelo ni los gases que se fugan desde el descontrol en mi estómago; los pulmones son dos grandes alas en emigración; los pies han caminado descalzos hasta la cima del Galeras de madrugada; el frío avanza calmoso y hondo hasta las rodillas; los dientes destemplados castañetean en busca de calor y los ojos son como senos lechosos que lloran desobedeciendo los impulsos cerebrales. Soy un tití emperador, soberano de los bigotes tiesos tornasol, una hormiga en el tracto de la trompa del oso hormiguero.

Hoy la gripe se junta con el guayabo de ayer, resaca sentimental porque ella modeló desnuda toda la noche ensamblada en diez centímetros de tacones que nunca se pone; luego, se evaporó; en el momento, comparte en un sitio más alto, quizá con nubes o soles. El frío ha saltado, chapotea y se clava en mi corazón, sale de él y viaja por el pecho; no, no viaja: pisa; pisotones con chanclas húmedas que a cada paso chasquean y extienden glaciares.

La respiración no cabe entre las cavidades y el hielo; la bocanada de aire, como en un concierto en que no quiere estar, al pasar de la nariz al bronquio recibe puñetes, patadas, codazos, jalones y gritos; maltrecha llega, da un soplo con dolor, un malestar que se exterioriza con sonidos guturales que presan el abdomen y exprimen las costillas. He

humedecido la toalla por completo; las primeras sonadas han hecho de ella un tejido brillante y duro; no tengo fuerzas para levantarme; al parecer, tengo que seguir con la sábana...

Me paro mareado. Invierno. De todos lados salen fluidos: tengo mocos, lágrimas y sudor. La cama es un submarino agujerado. No puedo derramar la vida finita. Entre los huecos del ceso, recuerdo mi infancia.

Me levanté un domingo antes de que se acabaran los dibujos animados. A mi hermana la obligaron a bañarme; nunca me había limpiado diariamente. Esa mañana no desaparecí; me senté tranquilamente en el lavadero; soporté sin lloriqueos los pellizcos que caían desde la cabeza y se deslizaban a las partes más sensibles de mi cuerpito, dejé que me quitara el jabón de las partes visibles; sin ocuparme de la toalla, corrí a mi habitación y me puse la ropa dominguera: un mameluco con un único bolsillo en el pecho, donde guardaba las provisiones, lo que más me gustara de la comida; ese día fueron los plátanos del desayuno. En seguida, lavé a la Trueno, la dejé impecable; hasta las llantas brillaban, porque las pulí con betún, por cerca de cinco minutos o más cada una; cuando sentí que había terminado todo, salí de la casa sin hacer ruido, por la puerta trasera y me dirigí a la Nuevo Horizonte, la calle pavimentada más empinada del pueblo.

En la cumbre comí lentamente los dos plátanos; los espiché para ver si podía observar su dulce, pero sólo había venitas; me limpié las manos con las medias y, sin preocuparme por los frenos de verdad —los tenía integrados, en la planta de los pies—, pedaleé en un intento de despegar; solo una señora salió a ver mi hazaña, pues ningún otro niño había alcanzado esa velocidad; la bicicleta iba con tanta rapidez que fue imposible seguir pedaleando, así que me concentré en mantener la dirección; seguiría en línea recta hasta que los huecos y las piedras del camino me pararan, ¡pero un obstáculo se interpuso: en la esquina apareció una trooper, café de barro y polvo, pero negra. Oí los gritos de celebración y orgullo de la vecina de la papelería.

El timbre de la escuela sonó; me volteé para sacar la cabeza por donde estaban los pies, cantando, en voz alta, la canción que me había enseñado mi madre:

¡Ánimo amigo, fuera pereza,

Pronto seremos niños juiciosos!

Pero mi padre puso su pesada mano en mi cabeza y me devolvió a donde tenía que estar. En la cresta de la frente había esparadrapo, un lado de la cara se veía lleno de Isodine que cubría la piel vivita y un remendón de seis puntos sobre uno de los glúteos.

Quería salir de cualquier modo, hasta ir a la escuela; pero fui forzado a permanecer en cama; mi familia tuvo que interpretar el papel de guardia por una semana, pues, con excusa de ir al baño, escapaba —extrañaba la calle, la gente, los perros, los árboles, la basura, saludar, mis amigos y enemigos— estuviese como estuviese; un día salí en pantaloncillos —que estaban rotos—. Deseaba repetir la hazaña o, por lo menos, ir a ver la calle que había colaborado con mi felicidad y visitar a la señora que me había hecho barra.



Figura 4. Agua.

Repito con la voz más alta que mis cuerdas vocales estrujadas con amígdalas cual balones pueden producir:

¡¡Ánimo amigo, fuera pereza,
Pronto seremos niños juiciosos!!

Me levanto, me arropo y salgo dispuesto a caminar las cuatro cuadras que me separan del hospital. Cuatro cuadras, aproximadamente 390 metros son suficientes para limpiarme; las perversas nubes esperaban a que saliera, la lluvia se infiltra por la ropa y me moja hasta la ingle. Los líquidos externos se mezclan con los internos —que no dan tregua, desmedidos, que ni a las cobijas dejaron tranquilas— y caen, libres..., cual solo de guitarra de Gilmour se van y me llevan. Se van los míos y la causa de la pasada embriaguez; su aliento, su saliva kiwi, su transpiración y su humor vital, todo se va como lava, incontrolable.

Después de todo, soy un árbol de porcelana, recién salido del horno, completamente seco.

No entiendo, ¡no entiendo nada! La doctora me recomienda tomar grandes cantidades de líquido; es una lunática; está completamente ida; me explica que con ella todo y sin ella nada. La enfermedad se ha llevado una vida, pero existen muchas más.

MIEDOS

domingo 11:42 p. m.

DSerenamente, se encuentra sentado frente a su computador, cavila hondo, procesa un problema fastidiado por el sueño. Como un escarabajo, su aparato traquetea y traquetea; luego, grita y chilla hasta que le oprime la tecla.

— ¡Hola!

— ¡Hola!, —responde una voz llena de pánico—, ¿estás?

—Sí.

—Ve..., es que..., estaba dormida y un ruido raro y fuerte, que viene de la ventana, me despertó y me puso en éstas. La gata ronca a mis pies; la perra, que ladra hasta por el ruido del grifo mal cerrado, se contiene. No sé qué hacer. ¿Qué hago? —El mutismo los conquista. Después de unos segundos:

— ¿Qué hago? — Pregunta mientras se mira en el espejo, para ver si la expresión de susto disminuye su belleza.

—Debe ser el viento. —Es la respuesta lógica que ha encontrado.

—Pero..., si fue duro, —contesta enfadada, como si hiciera un pico con los labios.

—Mejor cálmese y duerma, — expresa con turbulencia acelerada.

—Miro por la ventana y hay muchas sombras; ¡ah!..., lavé ropa por la tarde y está secándose.

—No pasa nada, todo está bien; mejor cálmese y duerma, —repite en seco; la situación ha roto sus soluciones.

—Bueno, gracias.

—Cualquier cosa..., me llama. —Él sigue pensando y no encuentra solución al problemita; el sueño ha partido; de repente, unas ideas le llegan cual bala perdida: ¿y si es algo sobrenatural? ¿Se podría dormir? En esa casa siempre se oyen ruidos. ¿Y si le pasó algo? De seguro, se levantó a ver qué era y no era nada. Pero esa casa es muy vieja; cuando iba tenía pesadillas. ¿Estará bien? Espero que sí; no soñará nada. Mejor, me voy a dormir... ¿Qué pasaría? Si la llamo, la despierto. Mejor, la llamo.

—Tu..., tu..., tu..., tu..., tu... —Buzón de mensajes. No contesta. Seguro era algo; algo maligno. ¿Qué hago? ¡Mierda! No puedo hacer nada. Voy a pedir un taxi, tengo que verla. No, no puedo ir a esta hora. La voy a llamar otra vez.

—Tu..., tu..., tu... —No contesta. Debe estar dormida... Esa casa es poco segura. ¿Y si entró alguien? No, debe estar descansando y yo..., como tonto; mejor, caliente más café.

Va a la cocina; como las tazas están olvidadas en su escritorio, sirve la bebida en un jarro plástico. Ciento veinte segundos en el microondas, una pizca de panela, algunas vueltas con una cucharilla, un pan, un pedazo de queso, tres minutos más y, en su escritorio, no cabe ni un lapicero. Se pone otra chaqueta, abre la ventana, la noche quiere entrar por ella, la noche es desagradable.

—Tu..., tu..., tu..., tu..., tu... —Buzón de mensajes. Le pasó algo; si voy, no voy a poder hacer nada si son varios. Ella, la primorosa; seguro pasan cosas.

—Tu..., tu..., tu...

— ¡Aló!, Policía nacional, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me llamó mi novia asustadísima, sintió ruidos anormales; está sola en la casa; llamo y llamo y no contesta, estoy intranquilo, quiero saber si está pasando algo malo; necesito saber qué pasa. ¡Ayúdenme!

— ¿Dónde vive?

— ¿Yo?

—No, su novia.

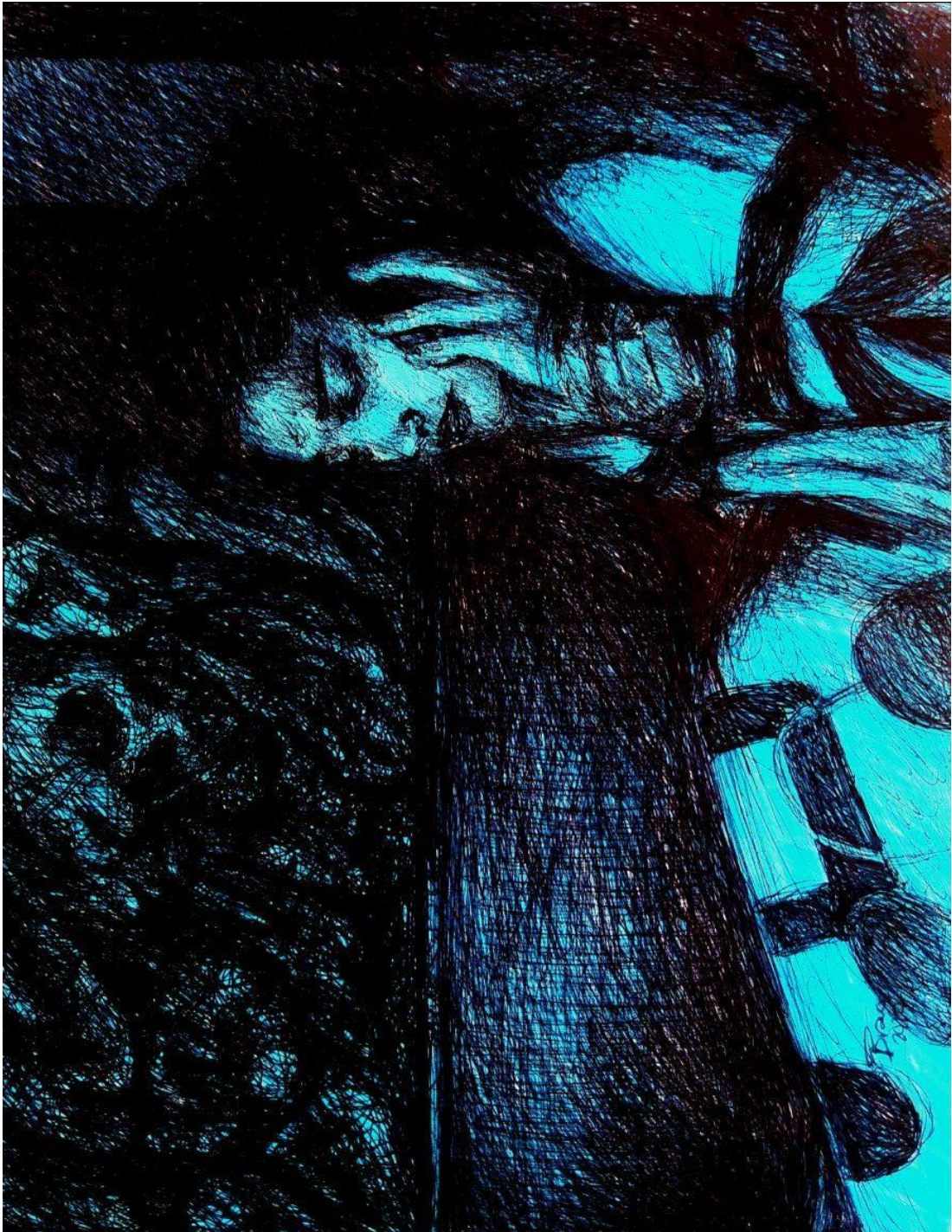


Figura 5. Miedos.

—Ya le doy la dirección de la casa.

—Ubicaremos la dirección, iremos con mucho gusto. ¡Tranquilícese!

— Le agradezco mucho.

El novio llora, la luz de la mañana lo hace más miserable. Abre la puerta principal, camina hasta las escaleras, sube una por una, da cuatro pasos, llega hasta la puerta; aún no abre los ojos, pero las lágrimas amargas lo obligan a hacerlo. La mira dormida, verde, hinchada y llena de vapores que no son suyos, la carne quiere abandonar los huesos, pero la piel no la deja. Después de lágrimas, lamentos, silencios y por qué, levanta las partes y arma el celular, dibuja el patrón, está en silencio, sus llamadas no contestadas en rojo. Se culpa y los culpa, aunque sabe que todos somos inocentes culpables o culpables inocentes.

PRIMERA CITA

Nuestras manos son universalmente diferentes, pero se entretajan; las de ella diminutas, rechonchas, albinas e impecables; las mías enormes, morenas, con rasguños y callos; ambas se adivinan y entramos a la pastelería.

Saludamos al tendero y nos dirigimos a las vitrinas redondas, que fluyen en espiral en la parte central del local, evaluados por las miradas de los clientes.

Escojo el pastel que se ve más blando, nuevo y aderezado, el que va a tronar, porque dentro tiene, según la pastelera, cantidades desproporcionadas de chocolate, Nutella, nueces y amor. No me fastidia pagar; daría un meñique por él para ella. La mesa, que está a menos pasos, nos espera. Finjo que celebramos algo; pido una vela con la figura del número uno; la entierro decidido en el pastel y la prendo con mi fosforera.

Estoy optimista y centelleante; danzo alrededor de la mesa dando saltos y palmadas; un solo de palmas; me mira con fascinación, sin entender nada, pero sigue el juego; llora, llovizna de lágrimas hacen más provocativo el pastel; entre los sollozos, da una mordidita y estalla de risa; sin darse cuenta, presenta sus dientes sensualmente chuecos, dientes chuecos manchados con chocolate; me mira y vuelve el llanto lluvia, las lágrimas se hacen más grandes y caen llevadas al incendio por un helicóptero; resulta memorable, la luz no se apaga hasta que juntos soplamos.

Tomo la iniciativa y hablo primero: recuerdo que cumplimos un año juntos; ha sido grato pasar el tiempo a su lado; justo ahora, podría morir atorado o empachado con el pastel, para ser el más dichoso.

Ella se une a mi felicidad; da a entender que el sentimiento es mutuo. ¡Rarísimo! Se pone de pie, a pesar de que no va con ella a bailar; sacude la cabeza, sus pelitos azules son plumas que se desprenden de un ave y bajan a engalanar la nieve.

Me siento; ella se despeluca superlativamente y sube a la silla; pienso que se está sobrepasando; ahora es una bailarina en el tubo bat, en la cima de un poste de luz, sin más prendas que tres pedacitos de Bati Crema que le tapan las glorias. La gente nos ve con indiferencia fingida, ninguno habla en voz alta.



Figura 6. Primera cita.

No queremos tocar el pastel más que con los labios, o los dientes, o el estómago o los pies, pero no con las manos. Me como una octava parte de una mordida. Mi amorcito lleva las manos a los pies sin doblar las rodillas; en seguida, baja otro poquito y otro poquito; ¡qué flexibilidad!; baja la mujer de caucho y come el pastel con su rica lengua roja, que se tiñe de chocolate.

Se me quitan las ganas de seguir actuando; quiero besarla, atrapo su cara con mis tremendas manos, me acerco amistosamente por dos segundos y acelero en el tercero, ella se quita con un movimiento de cobra; lanza con fuerza un manotazo y lo acierta en mi nariz, coge el pastel y me enfría la cabeza. Sale del restaurante, salgo detrás, ¡exijo una explicación! Llega hasta la esquina, se peina, se limpia la boca, se lame los dedos; camina derecho hacia mí, me ve con ojos color árbol tierno y me dice: “Mucho gusto, Vanessa. Creo que te conozco de algún lugar. Recuerdo tu barba.”

Siento lo mismo; abro la puerta de la panadería, diría que está vacía; nos sentamos en una mesa oculta al final del local y pedimos una aromática de hierbabuena y muchos suspiros.

MUJERIEGO

Dos jóvenes practican una de las más antiguas y casi perdidas costumbres de la humanidad, que el futuro anuncia arrebatarse. Los amigos van con sus chaquetas en la cabeza, vidrios en los ojos, solitarias en cada centímetro del duodeno, yeyuno e íleon y el número absoluto de sus células pide agua.

— ¿Qué te dijeron en la consulta?

—Que me faltan tres días para morir, —respondió con una expresión que no acompaña la noticia.

—Entonces, ¿para qué es la droga?

—No es droga, esa ya la dejé hace..., hmmm..., rato. Son medicamentos.

— ¡Siempre se me pasa! ¿Para qué son los medicamentos?

—Tengo dos clases de bacterias en el estómago: una que siempre tenemos, la *Escherichia coli*, que está alborotada, y otra, ¡maldita!, llamada *Helicobacter pylori*, que no sé por dónde se metieron; las dos me tienen soltando gases como vaca comiendo chorizo; no vayas a prender fósforos cerca de mí. Parece que estuvieran deshaciendo todo con mangueras de bombero, porque lo único que hago es agüita.

— ¿Por qué te dio eso?

—Ya te dije que no sé por dónde se metieron; Quizá por el agua cruda, las frutas o los piercings; ¡no atiendes a lo que te digo! La médica dijo que eran bacterias que provienen de las heces.

— ¡Ja! Ahora dirán que los tatuajes dan dolor de estómago. Ya ves, ¡por andar chupando donde no debes!

— ¡Pero lo he disfrutado más que vos!, —respondió, no sin avergonzarse.

— ¡Sos un suertudote! Siempre te caen niñas sin llamarlas; a propósito, ¿la doctorcita qué? Digo, la médica.

Anteriormente, Paulo había ido donde la misma médica; la primera vez había llegado al consultorio de la doctora Folleco, al tercer piso, justo cuando decía con voz refinada y risueña:

— ¿¡Paulo Mujeriego!?

— ¡Presente!, —contestó, para aguantarse la burla de siempre, por su apellido. Estaba contento, no había llegado tarde. Al muchacho flaco, pero fuerte como un felino, le gustaba caracterizarse por eso, ser diferente por eso y practicar la paciencia, al esperar a los retrasados. Entró:

— ¿Nombre?, ¿peso?, ¿talla?; saque la lengua; le voy a tomar la presión; acuéstese; ¿le duele aquí, le duele ahí, le duela acá?; respire hondo; mantenga y suelte.

— ¿Cómo sabe que tengo dolor de estómago?

—Por la ventosidad que olí cuando dijo ese ¡presente! tan enérgico; ¿pensaba que, si lo decía duro, no lo oiría? —La doctora ríe y Paulo hunde los ojos. Ella le pregunta por su alimentación, por las cosas que ha hecho en los últimos días, por sus hábitos, por cómo lo tratan en la casa y por la relación con sus allegados; sin embargo, no puede dar con el detonante.

—Le voy a recetar antibióticos para eliminar la infección que, sin duda, tiene; pudo haberla ocasionado una fruta o una ensalada mal procesadas; puede ser porque no se lava bien las manos después de ir al baño o porque besa a muchas mujeres. La boca es una de las partes más sucias del cuerpo y la saliva que comparte puede durar en otra boca por seis meses, junto con todas sus bacterias. Por favor, sea juicioso y tómese los medicamentos a la hora indicada; le recomiendo a las siete, a las dos y a las diez y sea muy responsable con eso; es solamente durante siete días. No vaya a consumir lácteos, porque inhiben el efecto del antibiótico, y ni se le ocurra tomar alcohol.

—No bebo.

— ¡Eso está muy bien! Admirable en un chico de su edad. —La doctora le hizo la fórmula y le puso los sellos



Figura 7. Mujeriego.

—Le voy a dar el derecho a otra consulta por si sigue con el malestar; si no conserva esta orden, le van a decir que vuelva el mes próximo, porque solo dan una cita por mes, así esté muriendo. —Terminó por simular una asfixia; con la mano en frente de la garganta, tensionaba los tendones, como si quisiera cerrarla y no pudiera, con los ojos en blanco y una sonrisa torcida en la boca, que no mostraba los dientes.

Ese día, Paulo y su amigo probaron su método para eliminar bacterias. Llamaron a Don Pedro, hombre que vende un licor homónimo.

— ¡Aló!

— ¡Aló!, ¿don Pedro?

—Sí.

—Queremos una botellita de Don Pedro.

— ¿A dónde se la llevo?

—A la U, a Torobajo.

—Bueno, m' hijo, ¿sí me conoce?

— ¿En cuál moto viene, en la 80 o en la Yamaha?

—En la Yamaha; en diez minutos estoy por allá. Me espera detrás de las casetas de la última puerta. —Don Pedro ríe como un hombre realizado. Transcurrida media hora está en la universidad; le pagan los catorce mil de borrachera empaquetada en una botella de tres punto cinco litros y entran, con aires de especialistas que van a realizar una investigación.

— ¿Vamos a probar si este chapil en módicas cantidades puede acabar con las bacterias que se encuentran en los intestinos? —Ese viernes lo tomaron sin mezclarlo con nada, purito.

El más enfermo bebió y sobrepasó el límite de la normalidad. Llegaron a la calle donde toman los metaleros —no se crea que son los profesionales dedicados a la metalurgia, a la hojalatería; son los jóvenes y señoritas que escuchan *metal*— y compartieron la botella con el que se les acercó. Había dos bogotanos y una guitarra, un grupo de filosofía y una melódica y un viejo que nadie conocía, pero que patrocinaba los *Pielroja*.

De repente, por la otra acera pasó una niña con el cabello azul y los ojos de amanecer, un vestido verde elegantón, medias y botas negras que le cubrían hasta encima de la rodilla. Paulo, el más prendido, le comentó al menos picado que era la mujer más chusca que el iris había iluminado y fue tras ella, se paró duro, le tocó el hombro y se presentó, como en la antigüedad:

—Mi nombre es Paulo, hijo de Paulo y de Marina, hijos de Paulo y Sara, de Vicente y María, respectivamente; es un gusto ver por aquí a una mujer como usted, —y se agachó para hacer una venia, que semejaba una u al revés, bien hecha.

La muchacha sonrió y siguió preguntando por la estirpe; el mozalbete le dio razón de sus abuelos y tataratataratatarabuelos, hasta donde la imaginación se lo permitió; luego, entre copa de Don Pedro, de ron y de Norteño que se colaba, y de humo de cigarrillo, que lo llenaba todo, Paulo Mujeriego se embriagó y, en ese deplorable estado, habló por más de tres horas con la dulce niña cabello de mar.

Luego, ya solo, no recuerda la madrugada, no rememora qué se contaron, no recuerda qué le mostro: tal vez sus tatuajes, quizá sus temores; sin embargo, sus amigos cuentan que, al final, la tomaba de los cacheticos, le picaba el estómago con las espadas, sus dedos índices, con la mayor delicadeza, tanta que algunas punzadas frenaban con el aire; ya se abrazaban y se daban besos como si fueran novios. ¡Pobre Paulo!, perdido, no puede pensar en uno de sus mejores pasados, pero ahora conserva dos certezas: con Don Pedro no se mueren las bacterias y existen mujeres a las que les encantan las bacterias borrachas.

El domingo, cuando ya había pasado el malestar del viernes, empezó el tratamiento ¡estricto!, hasta que dejó de fumar; pasó siete días encerrado en su casa, para que no lo

tentarán los amigos o los vicios. Llegó el día ocho y seguía como una licuadora, todo lo hace líquido; entonces, recordó a la doctora Folleco, reparó en que era encantadora; miró la orden en su mente y la buscó, llamó al hospital, con riesgo de terminar su saldo de usuario prepago, y consiguió otra cita.

Martes. Sentado en un banco inhumano en la sala de espera, oye el repiquetear de las teclas; si cien mecanógrafos escribieran, después de esperar por horas a su dictador para que encontrara el final de la primera carta de amor, igualarían el estruendo; se suponía que debía demorarse diez minutos por paciente, pero la doctora los despachaba a los tres, máximo a los cinco, tuviesen lo que tuviesen; había leído Paulo Mujeriego en la lista de pacientes. Los diagnosticaba, se inventaba fórmulas y ponía sellos como ariete en la puerta del castillo enemigo; les decía: “Hasta luego, y que se mejore”. El tiempo que sobró hasta las once de la mañana, la hora indicada para verlo, lo malgastó en acomodarse el cabello, rizarse las pestañas, subirse el pantalón y quitarse la bata blanca.

Paulo entró, antes de que faltaran diez minutos, al baño del hospital, orinó, se lavó muy bien las manos, se sobó los ojos, desacomodó su cabello en orden a su estilo: despeinado; sin olvidarse, se cepilló los dientes mientras pensaba en la cara sin maquillaje, las uñas cortas desprovistas de esmalte, los elegantes zapatos altos y el enorme escote instigador que dejaba ver hasta cuando la piel se va oscureciendo para ennegrecerse en pezón.

—Todo ahí, —oía que decía uno de sus amigos en su mente.

No hubo nombre, se olvidó del peso y de la talla, mientras él la miraba como si quisiera derretirle los ojos, para no verla más, para no enamorarse. Los dos *chips* chirreaban prontos a estar cerca. El sudor caía desde la frente, las axilas, los hombros, la espalda y la ingle; los pies estaban como en un sauna; a ambos se les notaban las ganas de romper los límites; él se cansó del silencio y dijo:

— ¿Y qué pasa con los bichos del estómago?

—Hace tiempo no los sentía, a pesar de que tengo novio; hace tres años salgo con él.

—Pero... lleva mucho tiempo, ¿van a casarse?, —le pregunta, por tener de qué hablar.

— ¡Sí!, estamos planeando la boda.

—Pero... si no lo quiere.

—Él también es médico; solo nos vemos los fines de semana, todo el día estamos ocupados; elegimos darnos a la gente. Es con el único que me he entendido, —el primero y el único oía en su interior

— ¿Tiene novia?

— ¿Para qué tener novia? Tengo una gata.

—A mí no me agradan los gatos, porque cuando lamen, duele; en cambio, los perros acarician. Una novia..., para darle rumbo, equilibrio a la vida.

— ¿Su novio le da rumbo?

—No, yo se lo doy a él. —La doctora ríe con sinceridad.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer con mi estómago?

— ¡Verdad! Como no sabemos qué es, lo pertinente es mandarle unos exámenes de sangre; no se sonroje, son de rutina, para descartar cualquier cosa grave, y un análisis de materia fecal, para ver qué es en verdad lo que tiene allá dentro, —y su mirada no se dirigió precisamente al abdomen—, le voy a dar las remisiones.

El muchacho salió con el estrés en aumento y sin ánimo; tendría que hacer lo más cansón, horrendas filas para lograr dos citas; debería comprar un recipiente minúsculo, que en su interior tiene una cucharita para recoger el excremento, no sabe dónde ubicará este último; si lo recoge de la taza del baño, saldrá contaminado; si pone el recipiente bajo su agujero, seguro no atina y se unta, o se rebota y no lo podrá tapar; quizá deba buscar la mica de hierro de la abuela. Mira el recipiente y la cucharita sin tenerlos en frente; repasa los libros, las caricaturas, las historietas, las calles, los borrachos, los científicos, los gamines e ilustres representantes del pueblo que auguran: “¡Pronto comeremos mierda!”

La madrugada también le pre-ocupa; la cita para la extracción de sangre es a las seis de la mañana; tendrá que levantarse desvergonzadamente temprano, pues, a pesar de que llegará al laboratorio a las seis, ya estará un número exagerado de enfermos que habrán hecho fila desde las cinco y treinta; entonces, aguardaría eternidades hasta que leyeran su nombre, sin contar con los ancianos, las embarazadas y los discapacitados que llegarán como imprevistos a engordar la fila de los exagerados, que se irritarán en sumo grado, más que él; posteriormente, se verá forzado a sentarse en la silla plástica caliente —tanto que se funde despacito— debido a los traseros que pasaron antes para la extracción. Imagina que el vaho es tan concentrado, que inclusive se ve.

Cabe la vacilación: Paulo no tiene nada grave; no obstante, tras el mundo de papeleo, autorizaciones, firmas y caras airadas, desesperadas, ojerosas y afanadas, padecerá. En seguida, una enfermera negada no podrá localizar al primer pinchazo la vena, lo pinchará otras tres veces, hasta que, al final, le pedirá ayuda a su compañera; le extraerán la sangre y lo verán sorprendidas:

—No es usual que un muchacho de su edad se realice esta clase de estudios. —El muchacho ideó lo postrero al bajar los 42 escalones del tercer hasta el primer piso; es tan negativo, que se golpea, se despeina y sacude su cuerpo; para liberarse de los pensamientos peligrosos, trata de hacer un ángulo recto con su cuello y dar vueltas completas con su cabeza. Decide llevar un libro para matar la espera; en seguida, callado cual ensimismada mariquita le llega el recuerdo de la doctora Folleco, sin bata, sus piernas y su dorso embutidos en la tela; había tapado todas las goteras y prohibido el paso a los excesos de grasa que desean escapar por los agujeros de las prendas; olía a bombón, más intenso que de costumbre, al que se había acostumbrado, aunque solo era la segunda vez que la veía.

Al despedirse, ella le ofreció la mano; él, pasmado por el gesto, la asió peor que ciego, sin que encajaran bien los dedos y le dijo el único verso, el que nunca había olvidado, que siempre estaba claro en su mente:

—“Desearía llevarme el dolor del mundo cuando me voy”. —Atiborrado de emoción, no se percató del minúsculo papel, pegado en su mano por efecto del sudor; en portería, cuando le dijeron que abriera el bolso —pues, al parecer, tenía cara de bribón—,

miró el papelillo que tenía escrito el número de celular junto a una carita con nariz de corazón; lo guardó en su billetera, detrás de la foto de su madre.

Jueves. Paulo llama a la doctora Folleco y ella rechaza su invitación a tomar café, porque tiene muchos enfermos a su cargo.

Viernes. Paulo llama a la doctora Folleco y ella acepta su invitación. Él ha estado bebiendo desde la tarde; llamó simplemente para que le dijeran:

— ¡No!, —y tener otro motivo para seguir tomando; no tenía entre sus planes salir; tenía poco tiempo, poca conciencia y poco dinero. Hizo lo que sabía, para ponerse mejor: dar siete vueltas a la cancha de fútbol, pararse de cabeza, comer pan, comer maní, tomar café y almorzar; así, en algo amaina la borrachera.

La doctora termina su turno, entra al baño y se demora aproximadamente cuarenta minutos en salir; sale como si tuviera una careta; los rasgos suaves y limpios se han ido, ahora parece un cerdito maquillado. Paulo la llama y se encuentran tres cuadras después del hospital, pues no quieren que los vean; la lleva a un bar universitario y acepta sin rezongar; entran, el dueño saluda cordialmente al joven que se acerca con disimulo y le ruega que le fíen algo de tomar; aunque la cordialidad se convierte en acidez, le permite que tome dos jarras de hervidos: una mezcla de Don Pedro con jugos frutales.

Paulo toma sin consideración, pues tiene que ponerse a nivel para aceptar esa cara tan alterada. La doctora Folleco confirma que la ha engañado y desea irse. Mientras decide, el muchacho no es el mismo; sus niveles de servicio, amabilidad, sonrisas y amor han aumentado de forma considerable, lo que provoca un movimiento placentero debajo de su faja; disfruta, se acomoda en el sillón, que muestra arañones de león, para seguir oyéndolo y sintiéndolo, porque ahora él los intercala entre sonidos y formas, que se esparcen por toda la oreja, con dientes, lengua y labios. La noche transcurre; no están en el bar. Él sigue conversando con su espalda, sus senos, su vientre...

—Nee. La doctora, como todas; se acerca, acaricia, amansa, captura y mata al tigre, se lleva la carne para un caldo, la piel para alfombra y deja únicamente la sombra; además, la brinconcita tiene novio; creo que fue cosa de la noche.

—Detalles. ¿Qué tal es?

—Dejá de ser sucio.

Ellos nunca usaban el puente peatonal para cruzar la avenida, pero aquel día Paulo sugirió hacerlo y su amigo no aceptó. Los dos pies pararon, el puente se columpiaba. Paulo contiene la respiración, se pone morado.

Él lo hizo, porque la doctora lo había saludado normalmente.

— ¿Edad?, ¿peso y talla?, saque la lengua. —Al mirar su historia clínica, de sopetón había dicho:

—Tienes dos clases de bacterias: una que siempre tenemos, la *Escherichia coli*, que está alborotada, y la otra, llamada *Helicobacter pylori*. Para formularle algo debo saber qué estás tomando, para controlar la inmunodeficiencia.

Pablo recordó la sucia enfermedad. El “no se sonroje, son de rutina, para descartar cualquier cosa grave”, las caras de las enfermeras que lo miraban extrañadas y la de su madre, que aún no sabe ni sabrá. Nuevamente, por dentro todos los sistemas se le hicieron sancocho, para inundar poco a poco los pies, las canillas, las rodillas, los muslos, el abdomen; se demoró mucho en copar el pecho. Lamentó días pasados desde el cerebro y del corazón.

—Sinceramente, no recuerdo, —respondió una brisa de voz.

—Hmmm, en ese caso no puedo hacer mucho; le voy a dar algunas vitaminas. —
¡Tas!, ¡tas!, ¡tas!, ¡tas!, puso en tiempo récord los sellos.

—Ahora sí que debe cuidarse bien y no se desanime, que todo tiene solución. —No hubo ni cogida de mano, ni miradas.

Permaneció conteniendo la respiración, el morado se hizo multicolor; con ayuda de las manos, tapó boca y nariz. Los ojos se inflaron y se tinturaron de rojo, el panorama mudó a blanco, las piernas fallaron y se movieron impulsivamente por última vez.

DÍA DE FINALES

Recordó tarde las reglas que lo integraban a la sociedad imaginada. Las lagañas que le pegaron los párpados, la paspa que deja la saliva en la mejilla y el peinado militar caracoleado por sus remolinos contrastaban con su papel; recurrió a la saliva para arreglarse. Sacó medio cuerpo por la ventanilla; los cachetes, normalmente pálidos, resplandecían abrasados por el viento incansable.

—Buenos días, mi doctor. ¿Cómo amanece?

—Bien. Le informa a los de la tarde que estén alerta, que revisen las maletas y que se fijen en las bolsas. No quiero ver botellas dispersas por las zonas verdes.

— ¡Sí, señor! Que tenga un magnífico día. —Lo obligaron a pasar derecho y disimular el sueño. Ese hombre adicto a ser correcto, a trabajar o a joder a la gente, no le permitía descansar. Los permisos se le negaban; si no existía soporte escrito, todas las excusas se asumían como falsas; en unos años, los permisos pasarían primero por la notaría. El compañero lo cubría cuando se ausentaba, pero no el viernes; los fines de semana había que mostrarse más serio y bravo; la gente no entiende cuando eres amable y buena vibra. Siguió las recomendaciones del jefe; el turno fue pesado, pues era la final.

En la mañana, se encargó de controlar el acceso vehicular. Cada hora tomó café casi tibio —ya que el termo no servía— para reanimarse; solo una vez lo acompañó con pan. Para almorzar, sin abandonar el puesto, llamó a la dueña de la cafetería, pagó un excedente por los desechables, comió a escondidas e interrumpidamente. Dos cucharadas de sopa y a autorizar el paso a un auto; tragar una papa entera, para saludar al postdoctor; darle una mordida al pollo y limpiarse con cualquier trapo manos y labios para recibir un recado. Aumentó sobremanera el tiempo que usualmente gastaba en esta tarea; más aún, le quedó la

sensación de comer a prisa; tragar y tragar, sin saborear, sin masticar, como animal de la calle, cosa que no lo complacía.

Como policía vigilado, requisó inclusive las mochilas de las jóvenes en la entrada; sin embargo, vio en el pasto botellas de cerveza y de alcohol; los estudiantes ponen a funcionar el intelecto y la creatividad para romper las reglas. Varias chimeneas se apagaban cuando se acercaba; les advertía, con cordialidad:

—Por favor, apaguen lo que estén fumando; no olviden que este es un espacio libre de humo, —con cierta complicidad—; fumen, pero no dejen que se vean los cigarrillos; pueden ir detrás de los árboles, —ya con ira:

—Dejan de fumar o los informo. ¿Carnet estudiantil? Con que no hay, hablaré con el coordinador; esta no es zona de tolerancia. —Al final, se desentendió y reflexionó: si viene el doctor, que se los aguante; de ninguna manera entienden; venir toda la semana a encerrarse en un salón no les sirve para nada; son más preparados e inteligentes que yo, pero más bestias que cuando teníamos pelo abundante y caminábamos encorvados. Quiso pensar que necesitaban una escapadita de humo y trago para que dejaran de ser tan inteligentes y vivieran un poco. Actuó como si no existieran; total, lo único que le incumbía era cuidar la planta física y la mueblería.

El empleado mostraba con trincheras negras bajo los ojos el agotamiento; pese a eso, el cansancio no era un tormento. Con la excusa de vigilar de cerca, abandonó a su compañero en el puesto. Llegó a la cancha cautelosamente, como un reptil hasta el fuego; percibió los dolorosos y flotantes extremos del ruido; en consecuencia, se apartó a un lugar sereno, bajo un árbol, que se alimentaba del tapiz de podredumbre que creaban las hojas a sus pies; con otra ropa se hubiera hasta sentado, pero estaba con el uniforme y no le apetecía que el doctor lo regañara. Desde esa soledad interrumpible, pues miraba hacia todas las direcciones, decidió ver el partido, o lo que restaba de él.

Eso no era fútbol. La patada, el empujón, la repelada y el pellizco reinaban en el encuentro. Todas estaban rojísimas; el maquillaje se mezclaba con el sudor. Las medias resbalaron, aunque las pantalonetas seguían al tope, ocultas por la camiseta; las palabrotas que gritaban, entre ellas, al árbitro y al otro equipo, las ubicaban entre lo risible y lo

grotesco. Pidieron tiempo fuera; fue un minuto de silencio; el calor que percibieron al parar y los escasos ánimos de la barra aumentaron su agresividad. No se agruparon, no recordaron la estrategia, el ataque, la defensa, el pase, el gol, porque no los había; iban en contra del otro equipo, no a jugar fútbol. Se apretaron y se fajaron y nuevamente a la cancha, sin idea de cómo ganar.

— ¿Apostó, coleguita? —le dice el postdoctor al doctor. Por la mueca y la alteración, se nota que al doctor no le gustan los juegos de azar.

—Sí, estoy seguro que mi equipo ganará, —rio teatralmente, para mostrar unos impecables dientes. Respondió afirmativamente para agradar al grupo de jovencitas, todas divinas y sonrientes, que no jugaban, porque eso las llevaba a que sudaran, se cansaran, se lastimaran y el pasto picaba; preferían no perderse los detalles fuera de la cancha.

El postdoctor sirvió una copa de wiski de contrabando y se la ofreció con todo el afecto, como si fuera una sardinita más. El doctor observó con recelo la copa desechable, sonrió a las acompañantes, que se colgaban de los brazos y lo acariciaban, con cuidado de no tocar el mechón que crecía a la izquierda del cráneo y le tapaba toda la calva. Lo animaron a que tomara para que la copa rotara rápido; el doctor imaginaba la saliva de los aprendices que rodeaban al postdoctor combinada con el alcohol.

Las señoritas y los jóvenes esperaron impacientes, cerca del enojo. La copa le temblaba en la mano y no se decidía a tomar; sus achinados ojos negros auscultaban la escena, hasta que una joven mano le apretó el trasero, lo que aumentó su temperatura y rio de verdad. Tomó la copa con gusto y arrugó la cara, como en la mitad de un concurso de comerse un limón sin hacer gestos.

—Le agradezco mucho, colega; cuando termine el partido y gane la apuesta, nos vemos, para terminar en un lugar más acorde, —complementó el doctor, que se felicitaba por encajar en el grupo, totalmente confiado de que más tarde podría estar cerquita de alguna joven.

Se desplazó unos metros y tambaleó, se agarró de las niñas y el copete dejó que se viera el reflector. Se sentó, como otro estudiante, frente al grupo que comandaba el

postdoctor y perdió la compostura: espalda curva, desabrochados el primer y segundo botón de la camisa, la corbata floja para respirar mejor; después de un momento, se quitó la chaqueta.



Figura 8. Día de finales.

Hubo alaridos e insultos; las chicas pelearon en el campo de juego, mientras el árbitro no hacía nada, no quiso hacer nada; por lo visto, no le atraía tener que soportar ni siquiera un rasguño; además, deseaba ver el desenlace de la pelea. Los espectadores veían el espectáculo, pendientes de que no se interrumpiera. Las barras alborotaron más que en el partido, dejaron el trago y el humo y se igualaron con el ritmo del juego. Se oyeron pitos, gritos, rechiflas, coros y sacos que, cuando los golpeaban contra el suelo, sonaban cual tronantes, lo que logró que el público fuera feliz, a pesar de que sus quipos no anotaban ni un gol.

Era inaudito que el doctor permitiera que eso sucediera en su cancha, en su Facultad, en su Universidad. Intentó pararse, pero de inmediato se sentó, como si en la espalda tuviera un resorte que le permitía levantarse hasta cierto punto y lo volviera a su posición inicial, sino lo devolvía a la tierra. El doctor se apoyaba en dos niñas, pero no lo soportaron; en consecuencia, cayó y ya no se levantó, quedó paralizado, observando las nubes del cielo, aunque el cielo era completamente azul. El vigilante no entendió cómo había ocurrido aquello, si apenas había tomado una copita; empero, le confirmó que hasta los más estudiados se desinhibían con el alcohol; después de burlarse del jefe, se percató de que el traje no se templaba y destemplaba en la parte del estómago.

Pasmado de inquietud, abandonó su lugar de vigía y recogió al doctor, ya un poco frío y un poco tieso. Primero, sintió asco; luego, algo de tristeza, pues la ausencia de vida en alguien conocido hace que la muerte se presente como un seísmo helado y extraterrenal que traspasa cuerpo y mente. Salió de la turbación como un pez que regresa al agua y dio aviso al postdoctor; algunos lo escucharon, luego todos, no se sabe cómo, pero los borrachos, de súbito completamente sobrios, trataron de ayudar al doctor.

Las mujeres se abrazaron; el grupo esperó encontrar una explicación; el cuchicheo se anteponía al silencio, era el aliento de la muerte; las voces que, al contar con la

capacidad de hablar, prefirieron callarse. Las caras coloradas y la conmoción se enfriaron, fue propicio ponerse los sacos y ocultar las botellas.

Los hombres llevaron al doctor hasta el carro del postdoctor, que agachó la cabeza y ocultó la mirada frente al celador; cuando abrieron las puertas del vehículo, advirtieron las cajas de aguardiente y de cerveza; los chismosos colaboraron con limpiar el carro, subieron al enfermo, pero ninguno subió con él; el postdoctor manejó lo más rápido que pudo hasta un hospital.

El celador recogió la basura que dejó el gran equipo y se alegró al pensar que en la noche podría dormir plácidamente junto a su mujer.

LA PLAYA Y EL JOVEN

Un anciano me dijo que quien no conocía esa playa tenía los dientes de leche, pero no le creí; ¿cómo le iba a creer a un viejito de piel renegrida y fragmentada que, con esfuerzo, se dejaba llevar y traer por las corrientes en su palacio y que ni dientes tenía? Si comía era porque el agua se le introducía inconscientemente por los labios, para dejarle unas migajas de alimento en la boca. Aquella vez, me marché de la residencia riendo y recordando las aventuras de la playa.

Después de las narraciones quiméricas del abuelo, sucedieron varios cambios: el más destacado fue que mi caverna, compañera de vida, se hartó del aburrimiento lento, el que hace que nada causara gracia. La mente, en busca de sosiego, proponía que se conocieran nuevos sentires, así que me dirigí hacia el otro lado; me asomé a los recuerdos, con omisión del tiempo, y los días fueron similares y temibles, como si cientos de años hubiese hecho lo mismo y el mismo gallo hubiera cantado muchas, muchas mañanas; cerca del fin, me vi dando vueltas en el mismo lugar, sin objeto alguno, como un marrano que se alimenta del tocino.

Corrida la cortina áspera de mi habitación, la hora de dormir equivalía a la de levantarse; las escenas del día se presentaban confusas e incompletas como los sueños de la noche; numerosas veces, inseguro de si caía o despertaba, llegué a decir para mis adentros: “Hoy no viví”. La angustia por abatir el reloj, moverle las tuercas, volver y no hablar con el viejo, usurpaba mis pensamientos; concentrarse y pensar era imposible; solo al dormir conseguía calma, pero a esas alturas ya se había acabado.

Pregunté a los lugareños por la playa y lo confirmé, luego de varias conversaciones:

—Si vas solo, pues no es cosa familiar, la playa te concede dientes reales y con ellos la mayoría de edad. —Una vez al tanto de aquello, consideré que iba tarde y cada segundo era una puntilla que templaba el lienzo previamente pintado de la vida. No esperé más y partí.

La playa es la obra maestra del tiempo, unión de las arenas, amarillo anaranjado infinito, círculo de vida. Al acariciarla, al sentir su calor e imaginar su historia, permanecí estático, alucinado; el aturdimiento y la admiración ocultaron las palabras, así que la boca abierta y las cejas alzadas hacia el cielo resumieron lo que sentía; el agua pasó a sus anchas y se cargó todos los dientes; no obstante, de inmediato trajo otros, más grandes, más blancos; sin duda, preparados.

Estaba fuera del alcance de mi conocimiento el cómo acercarme a la playa y merodeé por la zona, pero no hallé por donde arribar; el viaje se deslizaba hacia el sifón de los desperdicios. La tenía ahí; sin embargo, la codiciaba aún más; soñé con sumergirme en su amplitud, correr detrás de los cangrejos y levantar castillos de arena.

Con menuda antelación, un compañero apareció como pirotecnia en el aire y estalló con sus quejas en mi oído; los labios se le juntaron y apartaron para trazar el símbolo de infinito; me informó al dedillo, con una prolongada cadena de titulares, sobre las razones para que me alejara de ahí; su rapidez mental y corporal eran prueba de mi simpleza, al tener la pretensión de que entrara en los peligrosos placeres de esa costa.

Recurrí nuevamente a las preguntas, el pueblo se manifestó y la perspectiva fue otra. En el arenal, se reúnen y, como jamás devuelven las cosas como las encuentran, dejan las porquerías que asoman de sí y las que traen consigo; madrugan a multiplicar estertores mortecinos con redes y anzuelos, perjudican con sus formas de entretenerse y hacen lo inimaginable para vender lo que llega de los alrededores o surge en la playa; la relación con ella es tan alejada o habitual que no se percibe emoción alguna frente a su encanto.

Sin embargo, en la naturaleza siempre habrá dos elementos complementarios, uno positivo y otro negativo, y si los que acabé de describir eran el lado oscuro, sus opuestos; con menor estatura y peso, despedían la misma y mayor energía vital. Las palabras se me

enredan al intentar explicar cómo son y en qué reside su magia, de modo que tendrán una idea de ellos si cuento cómo actúan.

Una tarde de relajo, a una distancia prudencial de la orilla, estáticos y satisfechos disfrutaba del sol con tres amigos, nos olvidábamos de nuestras vidas para hablar con el paisaje y ver lo que ocurría en la playa.



Figura 9. La playa y el joven.

Un niño, figurita enérgica, escapó de los brazos de una imagen fuerte y acompasada, la abuela, que bullía el bordón y gritaba —sin dejarse entender— incapaz de alcanzarlo. Era obvio que no quería mojar sus vestiduras; entonces, daba pasos pequeños veloces en el borde de la playa; en cambio, el hijito se sumergía por completo en el agua salada y se sobaba con ahínco la piel que la ropa no tapaba, piernas, brazos, cuello y cabeza; extrañamente, el cabello rizado no se le mojaba. A otros niños les recomendaban, los obligaban a lavarse antes de irse, pero él lo hizo sin que le dijeran; la abuela miró orgullosa a otros adultos, el bordón flotó en la arena y le brillaron las encías. Reunió las ropas tiradas en el litoral y con pasos pausados se alejó del agua. La viejita no volvía la mirada, entonces el chico le gritó:

— ¡Espérame, abuelita!

Tambaleante en los tres apoyos, dio la vuelta, miró que salía del mar con la piel resplandeciente, impecable y altivo, empero, como si la última parte de la ola que a la arena moja, esa onda transparente que se agranda y regresa tuviera una fuerza descomunal, lo derribó con su embate; el agua mojó menos de la mitad del pie del pequeño, suficiente para que brincara y cayera herido en el choque de corrientes; el mar le había puesto la zancadilla. En palabras de la abuela, “se volvió una porquería”; se vio que se levantó con arena en casi todo el cuerpo; reía al ver hacia el espacio exterior con la boca abierta y los brazos extendidos; mientras tanto, la abuela se tenía la cabeza con las dos manos, para no perderla; al final, se recompuso y sacó de su bolsa una banana, cortó en tres partes la cáscara, la desgajó hasta la mitad y se la mostró al niño que, raudo, abandonó el mar, no sin antes agradecer y prometer que volvería. Cuando igualaron su camino, la abuela apretó con gentileza al niño hacia su cuerpo, sin que le importara la arena que lo cubría; él le dio un mordisco a la fruta, la levantó como se levanta un trofeo y dijo adiós, sacudiendo una mano.

Espero haber elegido el mejor ejemplo, pues creo que la intención del anciano era que los conociera a ambos para aprender.

La vida nos trataba con amabilidad, descansábamos, nos desternillábamos y proponíamos ideas que revelaran el inusual comportamiento de los extraños. Una tarde,

cuando hablábamos apasionadamente sobre el asunto, el barro del fondo se agitó e impulsó una ola sucia, que me arrastró a la experiencia que hizo que abandonara el lugar.

Remolinos de agua arenosa venían de todos los frentes, había poca visibilidad y choqué con varios desventurados que compartían mi encierro. El volumen de ese espacio aminoraba proporcionalmente a nuestros movimientos; los minúsculos pudieron escapar por los agujeros de la red, pero la mayoría quedamos incapacitados por la falta de oxígeno y las algas que se enredaban a nuestras extremidades.

Lo recuerdo a diario, el sonido de los cuerpos encalambrados que se golpeaban, las bocas que inhalaban muerte, los ojos nublados y los gritos que venían de afuera: “uno, dos, tres, ¡tiren!; uno, dos, tres, ¡tiren!”, repitieron la canción fúnebre hasta que la bolsa agujerada se aseguró a la playa y numerosas caras, que lanzaban gritos de admiración, acudieron al inicio del verdadero martirio.

A los nuestros, los más grandes, al no dejarse agarrar, los golpearon varias veces con un mazo en la cabeza; durante la matanza y su transporte, me abrí paso por las algas y otros salados, algunos marchitos, hacia el fondo; enhorabuena, una mano me agarró violentamente por la cola, me tanteó, miró mis bigotes y me lanzó al mar; creí que recibía otra oportunidad, planeé el regreso a casa y la celebración.

Más aún; en el trayecto hacia la salvación, coincidí con el pico holgado de un pelícano, que peleaba con chillidos perversos contra sus semejantes; miré el fondo de sus fauces, el saco traslúcido y venoso en el que había otros moribundos, donde caería sin remedio. No se piense que es fantasía, pero, precisamente, cuando me convertía en comida, uno de mis amigos —pez globo, hinchado de la furia, rechazado por sus espinas venenosas— se dirigía raudo al gaznate del plumífero; nos estrellamos y caímos al agua asediados por los picotazos y las patas de los depredadores. No volví a coincidir con mi hinchado amigo ocasional.

Nadé alumbrado por la oscuridad hacia el fondo del mar, con heridas en el cuerpo, la cola lastimada y el ánimo vulnerable; quizá sería basura seca en la orilla, aparecería un enemigo, perdería la vida, pero nada de eso pasó; en fin, aunque no identifiqué el lugar ni

hacia dónde debía nadar, recordé los dientes y al abuelo y me dejé llevar por la corriente, pero no por una cualquiera.

LA AZOTEA

Esperó, esperó que algo sucediera o comprobó que todo estaba bien; para sobreponerse a la exigencia de tanta paciencia, optó por caminar; sus extremidades se perseguían y formaban círculos en lo que se puede llamar el segundo piso, una plataforma de madera que trabajaba como el estante donde desfallecían unas pinturas apiladas en la pared, en el momento en que el pintor por un día las iba a utilizar, las encuentra tías e inmanejables, listas para la basura. En las tablas corroídas por los efectos de la lluvia, también reposaba una multitud de clavos, tuercas, arandelas y tornillos que se disolvían en tarros que contenían un barrial de óxido, en lagunas naranja en las que parecían flotar las figuritas de hierro.

En ese deshuasadero, pues el paisaje se complementaba con partes de carros que no habían sido movidas ni desempolvadas desde que se lanzaron a las cordilleras del desorden, con la confianza de que encajasen en los pocos espacios vacíos o se enredasen en la chatarra para no caer, en ese minicementerio, tenía su nido: una puerta de carro y los flecos de una sábana en la cima de un montículo de llantas, lugar protector contra el desahogo de las nubes, que si era rabioso, azotaba en compañía de truenos y relámpagos que inundaban el primer piso. Este último relucía por el vacío, el gris mustio; únicamente, se veía un lavadero, una lavadora, las cuerdas plateadas para colgar la ropa y una alfombra que parecía que nunca estuviera seca; si me concentrara con resolución, oiría el escape de agua al ser estrujada por un pie. Escaleritas infestadas de una sustancia verde resbaladiza, que en otro tiempo fueron exactas para su talla, ahora eran el puente entre las dos partes de la terraza.

Fueron muchos los años en que el sol flotó por el oriente, detrás de los edificios, alumbró de frente la tierra y resbaló al final del día hacia la nada, mientras la hembra mansa daba vueltas en cada piso con la exactitud del astro: ¿sería esa su tarea, dejar y recoger los

pasos en la misma baldosa? De cuando en cuando, o por los rumores que a sus orejas llegaban nítidos, se paraba en dos patas y asomaba la cabeza por las barandas para mirar hacia la calle que desaparecía entre los automóviles; otras veces, auscultaba de cerca los vértices que la encerraban; mirar, oler, tocar y escarbar en el cemento, de prisa, como si le divirtiese o le desesperase.

Al subir de quienes, seguro, eran sus dueños, se ponía como loquita; al ladrar limpia y claramente, al dirigirse hacia ellos, confirmaba que los perros no mienten; en seguida, corría por los pisos; en el segundo, los largos pasos producían sonidos metálicos, la tonada carcomida de una caja musical. Al observarla que corría, desde atrás, cualquiera se fijaba en los particulares saltos alternados de las patas traseras que subían y bajaban disparatadamente, como si intentara batir las caderas; sin darse cuenta y a pesar del estado del animal, en las mejillas del observador centellaba una órbita, sí es que no estaba mostrando los dientes; ella continuaba haciendo lo suyo sin contenerse, girar en torno de los *sapiens*, perseguir a un gato metiche y oler.

Diría que oler era lo que más le embelesaba, se prendía de las ropas y estornudaba con la nariz como si le faltara el olor; a los visitantes los olía desde la suela a la cabeza resoplando; con su permiso, los husmearía de la boca para allá; desde cachorro se había frotado en los cuerpos y buscado las manos, para olfatear, lamer y encontrarse debajo de ellas, con la esperanza de una caricia. Invariablemente, había meneado la cola con ánimo, con mucho ánimo, tanto que también batía el costillar, la columna, los miembros traseros y el pelero largo y enredado, ralo al principio, que seguía los apremiantes movimientos con retraso, en cámara lenta, pero ante el largo paso que dio allí su entusiasmo jamás le habían correspondido.

Caminar, correr, saltar y alborotar, pero, también, asustarse; había esquivado la mano que aparecía de sorpresa, doblado las orejas, flexionado las patas, temblado al sentir la figura humana erguida adelante y se había protegido inútilmente las orejas con las patas cada vez que había juegos pirotécnicos, cuhetes, fiestas, construcciones y carros alborotistas; en esos casos, su única alternativa de escape era esconderse en la que una vez había sido su casa, un cubículo podrido que apenas le protegía la cabeza.

Mientras los amos estaban en la terraza, trataba de calmarse y seguir sus órdenes: ¡Venga!, ¡traiga!, ¡suelte!, ¡sentada! No ponía problema en darles gusto, tal vez porque era inteligente o agradecía por la comida, que no siempre subían a dejarle; quizás porque solo con ellos mantenía contacto o presentía que cuando les obedecía se iban más rápido o, indudablemente, no era de su interés recibir regaños acompañados de correcciones corporales.



Figura 10. La azotea.

Cuando los amos finalizaban sus labores: fumar, colgar, descolgar la ropa y fumar y si el reloj tenía la liberalidad de darles tiempo, recogían el popó, blando marrón amarillento, cubierto por una mucosidad sanguinolenta si era el recién eyectado, o un terrón de materia yerma si había pasado varios días en el cemento. Se disponían a bajar, tirando un

hueso, que para ella era carne, lejos de la puerta para cerrarla a gusto; la puerta era el complemento de un cuarto, cima del peñasco, sexto piso que en el techo albergaba dos botellas vacías de cerveza y una maceta con un centro verde circular que, en la noche, reflejaba y hacía que chispearan las luces. Lastimosamente, cuando no había hueso o no olía a nada como el polvo, se recurría a la escoba, los gritos y las patadas, pues no se resignaba a ser la única en quedarse fuera del cuarto.

Desde la cima de su torre, veía los horizontes y los abismos; probablemente memorizó el barrio, ¡qué digo, el barrio!, la parte de ciudad que conseguía ver desde allí; reconocía los ladridos de otros perros, si se considera que respondía con diferentes sonidos o permanecía silenciosa. Cuando la atmósfera estaba mojada y no existía pelo ni adaptación que dominara el frío, levantaba con cuidado el hocico pelado, en que, a modo de bagre, tenía tres largos bigotes a cada lado y daba un ladrido ahogado; en ese caso, la función del aire era casi acariciar con finura las cuerdas vocales y el agudo sonido que se producía, alcanzar la parte final del esófago y cortarse entre los dientes desgastados. Los perros de su calle la imitaban, en seguida los del barrio y, por último, la mayoría de canes citadinos; apenas se oía en las terrazas, los patios y los sótanos a los grillos que acompañaban y consolarse así, en vista de que no podían aullar como sus primos los lobos, pues había manos o, en su defecto, objetos que los enmudecían.

A ella, la constante, que dominaba la paciencia —la virtud de la voluntad, la tortuga lenta—, después de tanta espera, le llegó su momento; pasado el mediodía, la estrella de plasma esplendía exageradamente a través de las sábanas blancas extendidas hacía varios días en una de las cuerdas, a punto de caer, en tanto las vacías se golpeaban sin cadencia y fastidiaban a la mascota que andaba más a prisa que de costumbre; de súbito, interrumpió la marcha, corrió hasta el cubículo y ahí se quedó, temblando; abajo, se oyeron gritos y estallidos.

En el noticiero de la noche, luego de una larga entrevista a un comandante con traje de gala que, con torpeza, daba detalles de la misión y celebraba la muerte y la captura de los delincuentes, y la reiteradísima presentación de un vídeo que mostraba la crueldad de las fuerzas armadas, acompañado de un audio con insultos y reclamos de derechos

constitucionales para los delincuentes, apareció en la pantalla la perra enteca, con ojos saltones, que jugueteaba excitada con los uniformados, atareada en recibir las caricias, aullaba de felicidad, en seguida un número y un correo electrónico para comunicarse, para adoptarla; vertiginoso, arranqué hacia el estudio por lápiz y papel, pero, al reconocer que no alcanzaría, regresé a leer el número y lo repetí en voz alta para memorizarlo, pero se borró cuando mi madre, que veía el noticiero conmigo, dijo:

—Ni se le ocurra traer a esa perra; parece que es dañina, vea cómo ha dejado esa sábana.

CAMBIO

Mamá, mamiiiiita, me llegóooo, me llegó un mensaje del Freddy.

— ¿Qué dice m' hija? —preguntó la madre, ocultando su interés bajo una capa cristalina que se le formó en los ojos.

Por favor avisale a la mamá que estoy bien.

En el bus que cogí para llegar a la ciudad, en la segunda parada encontré un señor que necesitaba trabajadores y me ayudó a conseguir casa.

El trabajo está bueno y me pagan bien; el otro mes me voy a salir a arrendar y tal vez pueda mandarle algo.

Deciles que no me arrepiento de nada y que todo pasa por algo.

Este es mi número

...

—Yo soy un hombre de palabra —dijo Freddy.

— ¿Quién dijo? —preguntó riéndose un hombre que parecía que salía de tomar un baño, por su peinado y su olor y porque las prendas estaban milimétricamente ubicadas en su lugar, bien fajado.

— ¿Me prende este cigarrillo?

— ¡Cómo así; me pasa el cigarrillo y la fosforera! Préndalo usted, ¿o es que no puede el niño?, —siguió burlándose el tipo.

—Prometí no volver a prender un cigarrillo y soy un hombre de palabra; además, solo fumo cuando tengo ganas.

—Ya se ha fumado media cajetilla y eso que todavía no entra, —continuó chisteándose—; deje ese vicio.

—Vea, me toca uno detrás de otro, para no andar rogándoles; ni porque se los regalo, se acomiden. Además, las cosas hay que dejarlas solo cuando no hacen falta.

El Freddy estaba teniendo la pared de la esquina del colegio, mirando quién entraba en la cueva, que todavía no estaba llena, porque la música cabía adentro. Mató el tiempo matando pulmón. Según dijo, dizque no había ahorrado y comprado esa ropa carísima para que nadie lo viera. Era la primera vez que iba a entrar y estaba nerviosísimo, no por los borrachos, pues con la familia y los amigos le sobraba; era por las mujercitas, no ven que siempre había trabajado en la casa con los cuatro hermanos, los papás y la... ¿cómo es que se llama?, que, si no fuera por los pechotes, se confunde con los varones.

Acabó los cigarrillos y dizque quería cepillarse; entonces, me mandó a comprar chicles y como que me dio para los míos. Cuando volvía, lo vi como azadón gibudo, achicopalado viendo el suelo, pero no estaba de bajón, había sido por los zapatos; se limpió las suelas en un charco e, igual que vieja, limpió los zapatos con papel higiénico, se sacudió a chirlos el pantalón y la chaqueta y la planchó jalándola de los filos; ¿quién se la iba a sacar, si apenas escampaba y el viento parecía que secaba los árboles? Cruzamos como de ordinario la calle pavimentada y por la de tierra caminó como escaldado —el muchacho caminó con las piernas separadas, formando un arco con la ingle, como alguien que se baja de un burro después de tres días de viaje por trocha—, hasta que pisó el andén y se agarró de la reja —que era la puerta principal, con uso único, impedir que los hijos fueran a traer a los padres briagos. En ese pueblo, no había ley, mucho menos una que prohibiera la entrada a sitios para adultos a los menores de edad; la cédula sólo se usaba para sacar préstamos, dejarla en empeño, votar o botarla; allá entraba el que era alto, tenía cara de viejo o suficiente dinero para comprar abundante alcohol.

Antes de entrar, sacó una peinetica del bolsillo, se peinó y se sonó, pues hasta pañuelo había tenido. Empujamos la reja y salió El Cuy, que no más con el dedo le dijo que se regresara por donde había venido; entonces, el Freddy le mostró la plata, que había tenido bien arregladita, en el centro los billetes grandes y afuera los pequeños, de modo que

ahí sí lo dejó entrar y, como iba adelante, se me perdió —entre las luces de colores que salían de las cuatro esquinas superiores de la pista de baile y se reflejaban en los vidrios rotos pegados sin ningún orden en las paredes, el humo denso del cigarrillo, que cualquiera diría era el resultado de una cámara de gas, el tufo a alcohol, sudor y miados que tenía la residencia, las lámparas que parecían llenas de moscos o pintadas con vinilos prietos para conseguir una iluminación tenue y la provocativa luz de un semáforo ubicado en el centro, que siempre estaba en verde—, pero al ratico lo encontré y vi que caminaba en las nubes, sacando pecho, como el zángano que quiere abeja y como los zapatos, el pantalón, la camisa y la chaqueta eran blancos, con las luces se hicieron de todos los colores y quedó más chiquillo de lo que es; buscó la mesa más alejada de los hermanos y para allá iba sin saludar a nadie, hasta que El Calambre, que ya tenía la boca chueca y medio torcida la espalda, lo saludó:



Figura 11. Cambio.

—Joven, ¡qué pinta! ¡Está hecho todo un Pimienta; afuera no lo miré bonito! ¿Me regala otro cigarrillito?

—Tenga —y Freddy le ofreció la cajetilla abierta y El Calambre cogió los que pudo con los tres dedos tiesos—, pero no vuelva por más. Buen fumador, buen comprador; que se le grabe en esa cabecita, m' hijo.

— ¡Ah, carajo, se cambiaron los papeles!, —y mostró una sonrisa babosa y, con la curiosidad que suprime la vergüenza, al pensar que era una nueva moda, acercó los labios al oído, pues la música no dejaba oír con claridad y prosiguió:

— ¿Por qué su chaqueta tiene huecos en la espalda?

— ¡'Juepucha, me he puesto la de trabajar! —Y se puso rojo como el patas y rapidito se la sacó. Llegamos a la mesa y mandó a comprar... ¿adivinen? Una botella de braaaandy, cigarrillos y agua, como vieja; se hizo el loco con lo de la chaqueta. Empezamos a tomar y ¡qué aburrimiento!, solo estaba boquiabierto viendo bailar, no charlaba de nada; yo le preguntaba y decía sí, no, ajá y a veces ni respondía, pero brandy es brandy, ¿o no? Cuando la botellita iba más abajo de los hombros, se puso bueno; el traguito le soltó la lengua y oirán lo que dijo:

—Ya estoy cansado de esta soledad; esta noche quiero encontrar una chiquillita, llevarla a la casa, hacerla bramar en el baño y dormir bien changado; al otro día, como en las películas, ponerla a hacer café en mi camisa, y el interior, solo eso tendrá puesto. — Quién lo viera, ¿no? ¡Tan correctico y con las que salió! De ahí preguntó por Las Caucheras —tres señoritas, dos delgadas y de baja estatura, no más de 155 centímetros, y una acuerpada y alta, no menos de 1.80, conocidas en la discoteca porque tenían la costumbre de caminar alrededor de cuatro horas desde su vereda, donde nace el agua, cada domingo, sin falta, para bailar, que era a lo único que se entregaban con soltura, porque para lo demás se dominaban; bebían, pero no se emborrachaban, y querían, pero no se

enamoraban. A las doce en punto, cuando el semáforo cambiaba a la luz roja, abandonaban sin pesadumbre las parejas de la noche y tenían que caminar a casa; si las tres conseguían quién las llevara en moto o en carro, no les importaba hacerse llamar Caucheras Gasolineras —y, sí señores, quería a la acuerpada, que aunque tenía las cejas, el pelo y la altura del padre, Don Zurdo, era diestra en todo; la madre le había heredado la corpulencia, para tener como resultado a una bella mujer, con caderas de negra, que exigían mandar a coser los pantalones, salir a la ciudad por ellos o estar pendiente de los ecuatorianos que pasaban con sus cargas de ropa, ofreciendo a gritos las prendas con sus tallas, y, a pesar de que caminaba como luchador de sumo, era delicada y (óigase con sarcasmo) casi no se reía.

Seguimos tomando y seguía fantasee y fantasee con la acuerpadita, hasta que lo animé a que fuera a bailar, porque ir a brindarle un trago no quiso y yo no iba, porque... ya saben; entonces, chiflamos para que quitaran la salsa..., y nada, hasta que, por fin, sonó un guaracazo y no salió, ¡ese tullido no había podido bailar!; entonces, tocó ir a hablar con El Cuy para que pusiera un merengue y le expliqué al tullido que tenía que medio doblar las rodillas y listo. Así, salió, bailó y llegó contento, ¿qué le diría?; después, me mandaba a cada rato a que le pidiera merengue y, como compró otra y ya eran, más o menos, las diez y ya estaba un poco malo, ni pararse bonito podía, pero quería seguir bailando, yo lo dejé y, como la acuerpada no se quejaba, nos bajamos la segunda y el Freddy ya no era nadie; en ese momento, llegó otra vez El Calambre —el tipo que irradiaba la frescura del agua ahora era un cuerpo gris y mojoseado, expuesto a años de humedad; el pelo se le chorreaba por la frente hasta tocarle los párpados, los ojos se le cerraban, tenía las prendas desajustadas y sucias y emitía ruidos incomprensibles, no podía ni pronunciar su nombre; pese a que estaba enroscado para el lado izquierdo y la mano le llegaba hasta más abajo de la rodilla, tenía una lata de cerveza en la mano derecha, el recipiente en que iba reuniendo los sobrantes de botellas sin dueño y una que otra copa que le regalaban; esa posición en extremo incómoda y desgastante para el zapato izquierdo le proporcionaba equilibrio para poder desplazarse lento pero seguro, sin caerse, habilidad de los dipsómanos— parecía que quería saludar; dejó la lata en el suelo y pasó la mano, pero nadie le hizo caso; luego, el Freddy, que estaba hecho pites en la banca, le tiró unos cigarrillos y El Calambre, al intentar prenderlos, se quemó esas mechas de mango chupado que le colgaban en la frente,

los tres pelos de bigote, las cejas y las pestañas, ¡pobre bruto!, primero prendiéndolo al revés, después no atinaba la llama al cigarrillo y, en vez de mover la candela, se movía todo él. Yo seguí tomando, la acuerpada me hizo ojos y ya saben... Y hasta ahí me acuerdo del Freddy.

Cuando salí, solo vi al Calambre, al que parecía que la pared lo tenía, arrimado solo con el rabo, como sentado en el aire; se tenía del filo, parecía caballo, dormido parado, pero al Freddy ni por las curvas.

Después, a eso de las dos, se armó el escándalo; la marimacho había sentido quejidos en el baño y los encontró, coloradotes, con los pantalones abajo y que salieron con la excusa de que iban a bañarse, porque se habían caído al salir de la disco. Entre la mamá y la hermana, a punta de palo, acabaron de retorcer al Calambre; debían agradecer que los hombres estaban bien borrachos y bien dormidos; y al Freddy, ahí mismo, lo sacaron de la casa, con una sacada de ropa, una maleta y ese perro que parece rata, de modo que se había subido en el bus de las cuatro y, desde ese día, ni más; ya van a ser tres meses que no se lo ve por estos lares y no se sabe nada de ese homosexual.

¡Mucho verano! ¿Qué, también se van a quedar boquiabiertos? ¡Sirvan, sirvan!; ¡verán que, con el guargüero seco, se me va la voz!

EMPALAGO

Con el tiempo, en las relaciones se crean códigos; sin ir más lejos, detalle el vínculo con su familia, en particular con sus padres o con sus hermanos, si es que los tiene, o puede revisar el que comparte con un amigo o, en últimas, y sin menospreciar, los momentos que le regala a su mascota o que su mascota le regala.

Acuérdese de lo fácil de recordar, como los gestos de la cara: ojitos, risas, sonrisas, muecas, picos, bostezos, sacadas de lengua y frunces en torno de la nariz; por otro lado, los de las manos, que no es viable enumerar, porque son realmente disímiles; manos y cara juntas amplían los códigos que se advierten, incluso en el silencio y en la oscuridad.

Ahora bien, es preciso entrar en forma a la historia que les voy a contar. Se trata de dos jóvenes amantes que, debido a la utilización perfecta de los códigos, provocaban envidia hasta en los matrimonios más antiguos.

La historia sucedió en un comedor concurrido y amplio, con mesas, sillas, bandejas y baldosas que olían a limpio e irradiaban blancura, efecto que se lograba debido a sus aplicadas empleadas y porque más de la mitad de las paredes eran de vidrio y estaban decoradas exclusivamente con una franja central roja, con siluetas de partes animales comestibles. Pasadas las dos de la tarde, hora en que sucedió, acostumbraban a servir mucho y pagar poco, había escasos clientes y las frentes y las axilas de las meseras, elementos de limpieza, daban cuenta del calor de mediodía, que aún no se difuminaba.

La pareja se ubicó en la intersección de una pared blanca y una transparente; allí, terminaron satisfechos con tenedor y cuchillo, pero faltaba algo más...

—Come, come, mi aguacerito. Una cucharadita de postre, —insistía el joven con una cucharilla frente a la boca de la muchacha que, con el dedo índice al final del cuello, decía ¡no! y replicaba que estaba muy llena.

—Tú quieres aprovecharte de mí, me quieres engordar. Además, esa cucharota está muy cargada. —Apretó las facciones cual maracuyá olvidado en la nevera y sonrió, lo que revelaba una gran duda; ¿estaba dispuesta?

—Con la excusa de que engordas, que los hombres necesitan comer más que las mujeres, que jamás te ha gustado comer sopa y que guachín, guachín, gua..., me hiciste comer casi dos almuerzos; ¡mira esta panza!, —y dio una vuelta con la mano en la pequeña bolsa de carne que se destruiría al no aguantar más la respiración, y complementó—: luego te quejas de mi estado físico y del sudor.

—Solecito, en un ratito; por favor, ¿sí? —La cara tierna y suplicante (similar a la que pone cualquiera al ubicar el dedo medio en la mitad de la frente y ejercer presión hacia arriba), el movimiento repetido de pestañas densas y los labios recién húmedos, simétricamente cerrados, no fueron suficientes para que el joven, que usualmente desistía, lo hiciera, pues siguió tratando de introducir el avioncito en esa boca, mientras la joven fingía enojo, pues había cruzado los brazos debajo de los senos, los ajustó un poco más y aplanó repetidas veces el suelo con la parte delantera del zapato, al tiempo que encarcelaba la risa y se echaba para atrás, cual niña filimisca, pero tierna.

La joven se sentó en el filo de la silla, apoyó la espalda alta en la punta del espaldar y se convirtió en la hipotenusa de aquel triángulo por el que perfectamente podía pasar una pelota de básquet. Cerró los ojos y el cabello cayó por detrás de la silla; pretendía con todos sus nervios conservar una expresión seria; no obstante, se sentía similar, pero en desbordante proporción, a si le lavaran la cabeza en un salón de belleza, con bastante jabón y agua caliente.

Para conservar la posición, se tenía del filo de la mesa y templaba los brazos y el pecho y el cuello y la cara; su expresión traía el recuerdo de los niños que subían al trompo, ese juego de los parques infantiles que gira sobre su propio eje que, con el impulso de un brazo fuerte, exigía mantener las manos bien sujetas a las barras y soportar el vacío que se

avacinaba con el paso de las vueltas y el aumento de la velocidad; de tanto en tanto, algún chiquillo, a consecuencia de la fuerza centrífuga, elevaba los pies o volaba. La señorita también elevaba los pies, pero Solecito la agarraba por debajo, dado que no estaba en frente, sino a un lado de la mesa; los niños, igual que la parejita, expresaban el vértigo con los ojos encendidos y las risas pícaras.

—Aguacero, tu mamá dijo que debías comer todo; si no lo haces por ella, hazlo por mí y mis juguetos. —Pese a que estaba a su lado, agachó la cabeza y cerró los párpados simultáneamente varias veces, como si la llamara; le dio un beso en el hombro, al lado de los tirantes que sostenían el vestido que colgaba hasta la mitad del firme muslo, cubrió con su aliento la cicatriz que la acompañaba desde recién nacida y le contó, fuera de su propósito, que en un país de oriente curaban con plata y oro derretido los objetos que se resquebrajaban o rompían en casa; para ellos, era un orgullo tener un jarrón, una tetera, un plato o un pocillo con grietas, mejor dicho, con cicatrices, pues significaban tener la historia viva.

— ¡A la carga! —dijo la novia, respuesta que al parejo encantó y confundió en igual proporción, a pesar de que reconocía de qué se trataba; la extrañó al mirarla cómo agarraba, mordía y chupaba la cuchara, para dejarla reluciente y seca; a la postre, alinear la espalda al respaldo, acomodarse el vestido y, como el pato tragón, engullir la mitad del postre de un solo estirón. En ese momento, el postre ya era una colada aguachenta de ponche y gelatina, que fue a terminar en la pancita del muchacho; la querida no le dio oportunidad de amanerar o esconderse; en un sorprendente movimiento, le sostuvo la cabeza, la contraparte de la cara se ajustó en el estómago femenino y a la frente, el pómulo y el mentón izquierdo los sujetó el delgado brazo que, temblando, sostenía el desechable del postre, mientras la mano derecha cargaba la cuchara y la introducía en la boca del bebé, que no quería tomar sus medicamentos. Al pobre no lo liberaron hasta que el vaso se vació.

—Susa...—el chico quiso reclamar por el frenesí y la incoherencia, fingir una discusión y gritar:

— ¡Tú esperas verme gordo!, —pero, como era de esperarse, ahora sí, la actitud valiente cedió a las caricias en los boquetes de acné bajo las barbas mal cortadas; la dama lechuguina le dio un beso y encarnó expresiones que el mozo jamás comprendería.

Durante meses utilizaron los códigos que juntos instauraron; se entendían con tal perfección que el diálogo se había tornado dispensable; se comunicaban con movimientos y contadas veces se habían equivocado, como aquella, que fue la última.

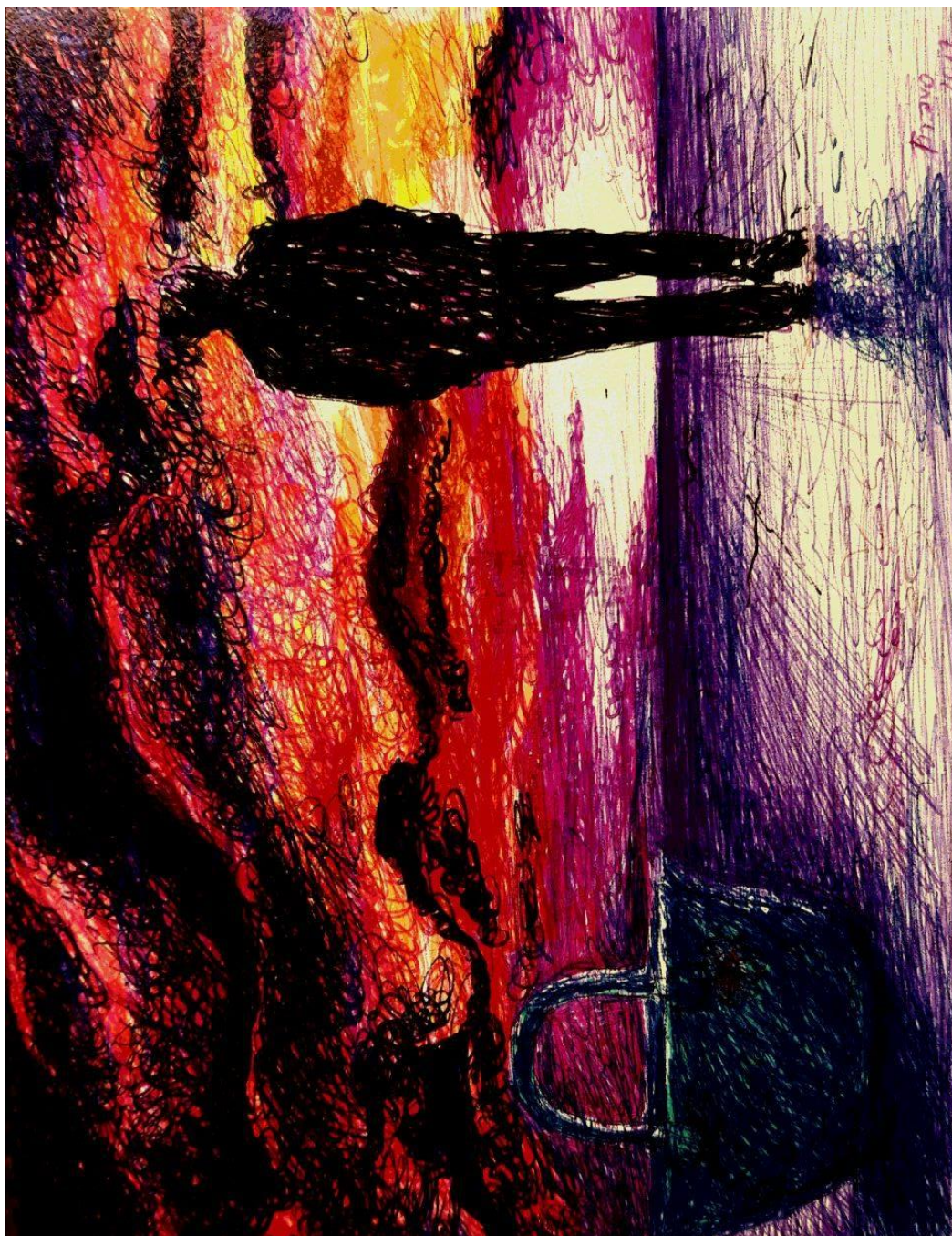


Figura 12. Empalago.

— ¡Vamos a terminar lo que iniciaste debajo de la mesa!, —fue respuesta, explicación y reconciliación.

El joven cargó el bolso floreado a la espalda y salieron en la dirección que apuntó el índice derecho cuando dijo: “¡A la carga!”, para su cuarto. La acalorada muchacha iba de prisa, a grandes zancadas, casi corriendo; en cambio, el parejo no ajustaba el paso, pues al ir lento podía cavilar y hallar alguna explicación a ese infrecuente comportamiento. Para contrarrestar la lentitud, casi lo jalaba y, al ver que no conseguía imprimirle rapidez, se adelantó para que tuviera que acelerar, pues nunca la dejaba ir sola; aun así, su compañero no lo hizo; seguía con la actitud de tener cruzada una flecha en el cerebro y ya se hallaba a más de media cuadra de distancia.

La joven llegó a la parada de bus y se distrajo leyendo un anuncio sobre una gitana que adivinaba el futuro. Sin que hubiera pasado el tiempo suficiente, recibió, con la confianza que una madre se deja abrazar de su recién nacido, un abrazo por la espalda; en consecuencia, volteó sin alarma y, con un sorprendente movimiento, el hombre alineó las dos narices y la besó.

Cuando la mujer reaccionó y buscó al que más quería, encontró el bolso floreado.

FIN

5. Reflexión

En Ospina, al Sur de Nariño, el pueblo de donde provengo, se cree que, si alguien nace en contra de los pronósticos o se escapa de la muerte, sin importar que ella lo tuviera sujeto de las rodillas, se debe a que se destina a aquella persona a ser grande; así, sin más, al seguir aquella ilusoria convicción, tomé a las letras o ellas me llegaron como agarraderas para crecer.

Ahora bien, para culminar esta investigación, relataré cómo la infinidad de tejidos que componen la vida, en compañía de las letras, me trajeron hasta aquí. Hablaré sobre cómo la literatura, en especial los relatos, han sido aliados para vivir; comentaré especialmente sus bondades y beneficios; luego, reflexionaré sobre el ejercicio de escritura y, para finalizar, mostraré que *Relatos Poliédricos* puede llegar a ser un instrumento pedagógico.

Con el ánimo de comenzar la historia de mi vida con las letras, iniciaré con la historia de mi vida; en realidad, con el suceso que, creo, desencadenó mi estadía en este espacio-tiempo.

Madre se repartía con dificultad entre dos hijas de cinco y tres años, su esposo y los estudiantes y colegas de la institución educativa donde siempre ha laborado. Con ánimo de mejorar su calidad de vida y encontrar estabilidad, fue inevitable pensar en un método de planificación familiar. El más efectivo, el dispositivo intrauterino, ¡más del noventa y ocho por ciento de seguridad! Debido al fluir vital de las cosas y la necesidad de cambio, un curioso espermatozoide se hartó de vivir en la oscuridad y el encierro, acompañado de fantasmas solitarios, desequilibrados que chocaban y recitaban una información a medias una y otra vez y decidió estropear esa repetición corrosiva; convencido, reunió valor y, con movimientos vertiginosos, sobrepasó ileso el obstáculo triangular para encontrarse en una bóveda lumínica que almacenaba la información faltante que le permitiera seguir creciendo.

Después de aquel incidente, madre guardó completo reposo. En la oscuridad cálida de su vientre comenzó el reto de nunca acabar: la adquisición, el conocimiento, el

perfeccionamiento y el uso del lenguaje. Los primeros meses, la comunicación fue enorme con mamá; vinieron los alimentos para el cuerpo y el espíritu, con los que ella se nutría, todo su afecto. A partir del tercer mes, al iniciar el periodo fetal, la nueva vida crecía precipitadamente hasta culminar el embarazo; cabría decir que, desde esos momentos, comencé a leer y, junto con ello, el desarrollo de la inteligencia sensorio-motriz y la inteligencia emocional.

Las salas de estimulación prenatal fueron la escuela donde enseñaba madre y su locura juvenil; de esta suerte, el gusto por la enseñanza; y la cocina, con su inconfundible olor a papas cocinadas, el ruido de la radio, como decía madre; las conversaciones de las visitas y las caricias de los gatos y los perros, siempre fieles;_se refiere aquello dado que la adecuada estimulación temprana y la estimulación temprana en la lectura, según señala Bernal (2011: 3),

sientan las bases firmes para que el niño o la niña sean algún día, con el acompañamiento de la academia y de la sociedad, lectores competentes. Es decir, capaces de realizar de manera eficiente todo tipo de lectura [...] lo cual redundará en un mayor provecho y en una gran riqueza espiritual, intelectual a nivel individual y social.

Cuando abandoné el paraíso acuoso, la aventura de conocer se hizo más generosa y la lectura de imágenes, sonidos, olores, sabores y texturas se realizó de manera directa; así, leí el microcosmos doméstico; luego, la naturaleza que se encontraba al abrir la puerta de la casa; a continuación, las calles, los lugares de reunión y los paseos familiares y, por último, el complejo y diminuto mundo social del pueblo, que se ha plagado de cotorritas que dan cuenta de los acontecimientos importantes: la separación de fulanita y la enfermedad de menganito; los detalles, el cumplimiento, los avances y el incumplimiento de la propuesta política de la administración municipal y su vida familiar, a veces certeros y otras definitivamente alterados, los oía con atención.

Aprendí a repetir, reconocer, memorizar e inventar las voces de las personas y los sonidos del mundo, sin advertirlo; llegaron las primeras historias, que se recogieron por los oídos, porque hasta los cinco o seis años entendí los signos escritos; hasta entonces, llegaba

al extremo de tirarme al piso y llorar hasta ponerme morado si nadie me leía “Hansel y Gretel”, el cuento con el que practiqué la capacidad de valorar, manipular, comprobar, inclusive alardeé sobre mis conocimientos; si quien leía se saltaban un párrafo, ¡qué tal una hoja!, hacía la batahola del milenio, pues tenía memorizado el cuento y, a mansalva, sentía o intuía, lo que concordaba con lo que señala Macías (2003: 73), que

la narración de cuentos es una mera actividad lúdica cuyas repercusiones pedagógicas y transformadoras de la sociedad alcanzan la dignidad más alta por el camino más simple y noble: el conocimiento del hombre de sí mismo a través de la diversión, es decir, el aprendizaje placentero.

Lo sentía o lo divisaba. Ciertas madrugadas, noches feas, que se agarraban de la oscuridad, los tríos, el olor del aguardiente y las conversaciones amplificadas, indescifrables e infinitas de los borrachos para no dejar salir el sol, me acercaba a la boca de mamá y de ella surgía otra noche, con otro cuarto, otra casa, otra gente, otras conversaciones, otros olores y ruidos; juntos, quiero creerlo así, entrábamos en esa burbuja de palabras en la que permanecíamos hasta que ellas nos consolaran y nos llevaran a soñar.

Entre la dicha, la pena, la sorpresa, la duda, y las muchas sensaciones más que producen la escucha y lectura de cuentos, avancé, en lo teórico y lo práctico, en el aprendizaje de la lengua materna, la apropiación de su léxico y sus significados en múltiples contextos; satisfice la necesidad natural de conocer, curiosear y apropiarme de información; añádase que, mediante la identificación con personajes y situaciones de los cuentos, cual Hansel, al que abandonan en un bosque, en la noche, con hambre y con la responsabilidad de cuidar a su hermana, resolví conflictos y carestías de tipo emocional y encontré alivio a temores infantiles, como señala Bernal (2011: 10); además, aprendí otros juegos con las letras, la mente pescaba relatos, trabalenguas, dichos, rimas, canciones, adivinanzas y chistes, la sabiduría popular oral y escrita, lo que produjo que conociera un contexto cultural, social y geográfico y me sintiera parte de una comunidad; dicho con brevedad, fortalecí la capacidad del lenguaje, lo que posibilitó el acceso a otras redes de comunicación y a consolidar operaciones mentales complejas.

Cuando leo biografías, pienso que esta etapa de mi vida quedó incompleta, porque no conocí a escritores como Julio Verne o Antoine de Saint-Exupéry. El contacto que tuve

con los libros se debió a la familia; en la escuela fue escaso; el libro le pertenecía a la profesora; ella era la que dictaba y dictaba, como una forma de escapar a la necesidad de la explicación y las respuestas a las preguntas, dos de los requerimientos para una comunicación asertiva y bilateral.

Lo dicho no tiene el ánimo de culpar a los profesores o a la institución de la quebrantable relación que tuve con los textos escritos, en oposición a las carencias en la preparación del talento humano y los recursos físicos, condiciones que comparten varios establecimientos educativos en este país; fueron ellos unos modelos lingüísticos positivos, en pronunciación y en articulación, quienes me revelaron muchos significados; en fin, con su ejemplo, llegué a hablar con fluidez ante un público y establecí vínculos sociales que apoyaban mis aprendizajes.

¡Cómo hubiese querido que el acercamiento, el contacto y la relación con los libros fuera como en casa: espontánea, estimulante y libre!; en contraste, se tornó fingida, poco profunda, desalentadora; en definitiva, una obligación. La escuela tachó la visión natural y fuera de restricciones de literatura; por esta causa, el libro cambió llegó a transformarse en un medio inane, utilizado para alcanzar un fin que otro imponía.

Qué lejos la noción del libro como un valioso instrumento de trabajo cognitivo, de establecimiento de macro y micro relaciones y de actuaciones sociales, que amplía y nutre la mente y el espíritu; con él, y después de él, se ejercitaron facultades exclusivas y fructíferas, como imaginar, fantasear, soñar, ¡crear! Para concluir este aparte, se afirma que los libros llevan a descubrir y aprender sobre situaciones y cosas que jamás se había leído, mirado, sentido o escuchado, lo que fortalece la capacidad de adaptarse y solucionar problemas en situaciones cambiantes, como también llevan a ser más inteligentes.

Paso ahora, a otro trecho. Miro hacia el pasado y cierro los ojos. Cuando las canicas y los trompos quedaron archivados en el cajón de las cosas que ya no se utilizaban, pero que no se botaban, empecé a utilizar las letras, pero no calculaba sus infinitas bondades. Como resultado de que el gusto por los juegos mutó extrañamente para desembocar en una atracción desmedida por el sexo opuesto y en gran cantidad de dudas sobre el universo y el modo de vivir en él, llegué a la literatura como una consejera que, con palabras, deshace

enredos mentales, enseña cómo tratar y sentir a la mujer y la fantasía y la ternura para lograr que sonrieran; una informante que muestra otras formas de vida; y varios yo, al considerar que, con cada obra, había un nuevo Juan Manuel: un dios, una adolescente, un bandido, una enamorada, un asesino, un moribundo, una anaconda, un niño en la luna y, con ello, otro aprendizaje, otro cambio, otro lente para que lo utilizara la cámara del entendimiento.

Los poemas eran textos más apropiados para recitar o regalar y que se adaptaban mejor a mis intereses; no obstante, con frecuencia pedía ayuda a los relatos; desde siempre este género me ha resultado más cercano; resulta normal internarse en las atmósferas, seguir o descubrir a los personajes, adelantarse a las acciones, develar los misterios, incluso encontrarles inconsistencias; ocurre que eran más sencillos de recordar, de adaptar, de contarlos a alguien y que a ese alguien lo tocaran; de este modo conquistaron un espacio enorme en mi memoria, no en mi biblioteca, porque en este país el libro no está al alcance de todos.

Como se ve, la relación con los relatos iba vigorizándose, aunque no era una parte vital; durante semanas y meses los olvidaba por la biología, los deportes o los amigos, pero, luego, con inquietud regresaba como un hijo prodigo, y siempre me aceptaban; además, a estas alturas se tenía una relación, una intimidad, un territorio donde podía estar conmigo mismo a través o en compañía de las narraciones.

Para no detenerme mucho en este tramo, algo complejo de explicar, a despecho de que en ocasiones, no sé a qué hora, llegaron a catalogarme como adulto, me siento con el derecho de testificar que la lectura posibilita el descubrimiento, “el fortalecimiento y la cimentación de la cosmovisión hacia el exterior y hacia el interior, respectivamente las opiniones, la cultura, los puntos de vista, la sensibilidad, la personalidad y la visión de vida”, según señalan Guzmán, *et al.* (2002: 711); permite un conocimiento del hombre en sí mismo, sus características individuales, personales y sociales, lo que posibilita la realización de un análisis del mundo o de la sociedad en que se vive, para seguir viviendo de la misma manera o para cambiar; en busca de la forma que, para sí, fuera una buena forma de vivir. Más aún, mediante el despliegue de conocimientos, experiencias, imágenes

y colores, se pueden valorar y reorientar gustos, sueños, metas, propósitos e inclinaciones, según señalan los citados Guzmán, *et al.* (841-842), para, por último, según ellos indican, “afianzar independencia, desarrollar un grado de responsabilidad suficiente, reaccionar emocionalmente de forma equilibrada, sentir entusiasmo por las actividades escolares” (p. 727); en suma, ajustar con más decisión las riendas de la vida.

Como señala Rabindranath Tagore: “Hemos sido llamados al concierto de este mundo para tocar de la mejor manera posible nuestro instrumento” (Literato, s.f.), en busca de realizar esa labor, abandoné la comodidad del pueblo, para estudiar, primero, un semestre de biología en Bogotá, solo y en tierra ajena, perdido e ignorante, entre la inmensidad de diferencias; caminé casi ciego detrás de la luz de la familia y recibí fortaleza todos los jueves en la Perola, en la Universidad Nacional; sentado la tarde entera, hasta la noche, sin sentir el silencio de la soledad, ya que la mayoría no éramos rolos, éramos extraños que formaban un círculo alrededor de los cuenteros y su magia; al iluminarse la comprensión bajo la luz de las estrellas, al término de la narración oral y *Stand Up Comedy*, de repente, esos extraños nos reconocíamos como una familia, una constelación que se separaba, pero que pronto coincidiría. Entre añoranzas y lágrimas que nublaron la parte agradable de la capital trascurrieron los meses, hasta cuando volví al Sur.

Focalicé todas las esperanzas en la Universidad de Nariño, estaba seguro de ganar un cupo, pero aquel semestre el programa de Biología no abrió convocatorias; sin embargo, para no perder el ritmo de estudio o dedicarme a la fiesta, pues celebraba la vuelta del exilio, me inscribí en la Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura, el único programa por el que sentí verdadero interés, y me aceptaron. Con las primeras clases, las lecturas, y con las lecturas los amigos, los intereses compartidos, las charlas interesantes y críticas y, con ellos, la exploración de nuevos mundos: la música (en el pueblo se escuchaba en su mayoría despecho y cumbia ecuatoriana), el teatro, (el auditorio del pueblo sólo servía para hacer bingos o fiestas), el cine, las exposiciones, los conciertos, las charlas, las conferencias, las galerías; en fin, lo que es la universidad, la universalidad; en esencia, la cultura. Esos grandes impulsos, en ocasiones puyas, despertaron la curiosidad y el deseo de aprender (de todo), en busca de empatía con los seres, la comprensión de mi mundo.

En la universidad encontré modelos a seguir, profesores que enseñan de la mejor manera, con el ejemplo; sus palabras y recomendaciones lograron que recordara al libro como en casa; remedié las contrariedades y estigmas que aprendí sobre el libro y lo percibí con un nuevo lente; ya no era un deber, era una necesidad que me obligaba a leer, el origen de un vínculo vital, que se fortaleció y dio fruto con los escasos y privilegiados cursos de literatura que se ven durante la carrera y los talleres de escritores y de lectura, principalmente el Taller de escritores Awasca y el Club de lectura Conversemos, a los que llegué por el afán de escuchar y hablar sobre literatura; con la cátedra, el chiste y la charla enseñan, y no únicamente literatura. En la actualidad, el tejido de la vida hace que no haya un día que pase sin leer; si no tengo cerca un texto escrito, no me preocupo, puedo leer el cosmos, y si la vista se cansa tengo otros cinco aliados, pues hasta algo del sexto sentido han concedido las lecturas.

Ahora bien, con todo lo dicho aquí y en las partes iniciales de este texto acerca del motivo de crear literatura como Trabajo de grado, resumiré en cuatro versos de Luis Alberto Spinetta, lo que me impulsó y no dejó que desistiera en este propósito:

Y deberás plantar
y ver así a la flor nacer
y deberás crear
si quieres ver a tu tierra en paz (rock.com.ar, s.f.)

Sentí la necesidad de crear, como una forma de cultivar la vida, la sensación de edificar y terminar un texto, florecer desde el interior para el mundo. Antes de adentrarme en *Relatos Poliédricos* y su creación, resulta adecuado finalizar con un comentario sobre la práctica pedagógica; a continuación, mencionaré, con brevedad, algunas de las apreciaciones, inquietudes y posibles soluciones, en cuanto al proceso de formarse y formar.

Si, como señala Amaya (2006: 33), “educar es el más humano de los actos porque es reproducir lo humano que tenemos”, se comprende que, en medio de la cruel realidad en que vivimos, educar es guiar al estudiante para que encuentre sus alas y no se paralice ni se duerma; muy, por el contrario, para que cambie, por lo que recae sobre los educadores un

gran compromiso y les indica un gran esfuerzo para que educasen a seres humanos en el precario sistema social, económico y cultural colombiano.

Con el complicado panorama de la educación, el educador elige entre sumarse con comodidad al torpe funcionamiento del sistema educativo, inquieto por la productividad y la retribución monetaria, o evaluar y mudar las prácticas de enseñanza, labor que implica más tiempo y más energía, pero cuenta con la esperanza de obtener resultados disímiles a los vistos hasta hoy.

Con distractores que se asocian a la clase, como medios masivos de comunicación mal aprovechados, el educador se ha convertido en un animal al acecho que espera la oportunidad para captar la atención suficiente y enseñar; sagaz y paciente, prepara la clase para que atraiga y trascienda en mayor medida que los entretenimientos actuales, que no forman al estudiantado. Resulta fantástico que el educador concibiera las actividades sin pensar en el formato que se llenará con ellas y procurara ambientes ricos en experiencias significativas, que estimulen al estudiante hacia el descubrimiento y la curiosidad, para que hallara sus formas de desenvolverse, su luz, lo que revela que, como dicen los mencionados Guzmán et al. (73), la pedagogía es el “auxiliar en la formación de los individuos y (...) agente transformador de la cultura”; por tanto, ese educador no es rutinario y no deja de aprender, no desiste en su anhelo de transformarse en un ser humano de conocimiento.

Cuando socialicé en la institución donde realizo mi práctica pedagógica, observé que no se necesita más información sobre pedagogía; por el momento, es suficiente con lo que se aprende en el Programa; a la inversa, resulta urgente fortalecer el saber pedagógico, el que se aprende en la práctica, con el trabajo constante, curioso, renovador, investigativo; en concreto, cuando se rectifica y se perfecciona la práctica docente. En la academia, se informa bastante sobre teorías, metodologías, estrategias, técnicas, modelos etc., pero no se cumple el fin productivo del conocimiento, su aplicación; ¿de qué sirve aprender los modelos comunicativos de memoria, si en el salón de clases nos comunicamos escasamente con una o dos personas?

La comunicación, la literatura, la lectura, la escritura y otros conceptos que amplían la lista han perdido su esencia; la academia lleva a que se los viera como procesos

mecánicos, fútiles y alejados de la vida diaria; cuando los define y los limita pierden su poder y, sin su magia, no son más que bagazo de lenguaje. Si se sigue aprendiendo castellano y literatura por líneas de conocimiento, por épocas, estilos, movimientos y disciplinas sin relación entre ellas, se continúa aportando a la fragmentación, la disyunción y el individualismo del conocimiento; por ocuparse en cumplir leyes y horas al pie de la letra, jamás se comprenderá, en forma holística, que leer y escribir son actividades que enseñan humanidad, a ser crítico, universal, tolerante, sensible y libertario, características fundamentales para vivir con el otro, para elevar el nivel cultural de una comunidad y alcanzar el progreso colectivo.

Si se acepta a la educación como un diálogo de saberes interconectados, que se adaptan a los contextos y facilitan el aprendizaje, se asume que existen grandes similitudes con algunas características de los relatos: el surgimiento con la humanidad, la evolución constante, la innovación en los recursos, la estructura y la forma; la interdisciplinariedad, la transversalidad e intertextualidad; lo complejo, lo increíble y versátil; sin embargo, resulta notorio que los relatos guardan un paralelismo con el fugaz despliegue del mundo; en cambio, la práctica educativa permanece sonámbula o bajo los efectos de una gran dosis de cloroformo; a los licenciados nos falta más literatura y sus componentes; como dice Macías (2003: 80), total

El gran tema de la literatura es la puesta en escena (en palabra viva o escrita) de diversas respuestas a la pregunta por el ser [...] la verdadera pedagogía del cuento, la que está más allá de su utilización como instrumento, porque pertenece a su naturaleza.

Las habilidades en castellano y literatura permean todas las asignaturas; si se es competente en castellano y literatura, puede que se aprendan otras asignaturas con facilidad, dado que la palabra marca el inicio de la mayoría de los aprendizajes.

La palabra, misterio. En el orden del caos o el caos del orden, sus hilos se empalman y se tejen, casi al enredarse; para surgir de la maraña, el educador puede renunciar al prejuicio de la creatividad pedagógica y reinventar la experiencia humana de la docencia.

La creación es una posibilidad para innovar; compartir en la clase textos propios lleva a que se tornase atractiva; de vez en cuando se siente más curiosidad por escuchar la

creación de un conocido, que la de un escritor famoso. Explicar la sintaxis, la morfología o los recursos literarios, con oraciones que se idean por iniciativa, visibilizará la preparación y la seguridad que se posee; son escasos los profesores que utilizan su literatura para estos fines.

El altruismo, recomendar obras o textos de literatura, música, cine, pinturas, etc., que a simple vista no se relacionan con el tema de estudio, pero que, como colofón, enriquecen alternativamente la clase, genera que se aprendiera a leer de otras formas y se conociera por otros medios la abundante cultura mundial. Así, sin tantas alarmas ni imposiciones, vive la contingencia de que el aprendiz acepte el hábito de la lectura, sin tanta lógica y hermetismo, como en las experiencias de lectura vivenciales: clubes y talleres de lectura y escritura, conversaciones entre compañeros, viajes, trabajos, etc., donde esté presente el libre albedrío para aprender y enseñar.

Al ampliar la idea preliminar se llega a un punto de la educación pública, que parece olvidarlo todo el mundo, la educación informal. Es verdad que los descendientes de y personas pudientes se preparan con urgencia, con vidas que ingresan a la competencia del mundo actual desde la gestación, cuando se arman en el laboratorio; se confunde la felicidad con la producción y se olvidan los tiempos para el descanso, la contemplación y el pensamiento; como dicen los mencionados Guzmán, *et al.* (709), hasta se ha abandonado la premisa que indica que “para iniciar el aprendizaje, [...] el niño debe adquirir cierto grado de madurez orgánica, social, sociológica e intelectual”; se ha afectado el desarrollo psico-emocional de los pequeños, al tratar de convertirlos en adultos en miniatura, como antes de que existiera el concepto de “niñez”. No acontece igual con las clases sociales menos favorecidas, en las que, mientras los padres trabajan, no saben con quién dejar a los niños; entonces, las madres televisión e internet constituyen la evasiva más económica, en todos los sentidos, para este dilema.

En parte, se podría concluir que se encuentran escasos proyectos que apuntasen a educar en la informalidad; al sistema educativo racionado por el gobierno no le interesa que el pueblo fuese culto. En este momento surge una pregunta: ¿quién está preparado y pasa suficientemente tiempo con los niños, para ser un ejemplo, para formarlos en cómo tener

buenos principios y hábitos de vida, lejos de la institución educativa? Cada persona es idónea, puede enseñar y aprender, el profesor más que otros.

El educador que goza del hábito de leer y escribir ha desarrollado y logra que florecieran más atributos, que le colaboran de forma considerable en su profesión; este es uno de los epicentros desde donde pretende cambiar su profesión; por tal razón, por último, se hablará de los *Relatos Poliédricos*.

Realizar un ejercicio de escritura exige y merece mucho tiempo; se aprende a ser paciente y constante; en el intento frecuente de esgrimir las excusas, las prórrogas y hasta los estereotipos para escribir, comenzó la creación. Luego, se constituyó una rutina de escritura y de lectura que, durante un tiempo, funcionó. En seguida, el dolor de la espalda, el agotamiento de la vista, cierto aislamiento; la comprensión del porqué de la soledad, la afición a alguna bebida, comida o acción y la disposición al conocimiento de algunos escritores. Superadas decepciones, distracciones, extravíos, hojas y momentos en blanco, después del error, el error, el error y la revisión, la revisión y la revisión... y la paciencia, *Relatos Poliédricos* estuvo listo. A continuación, algunas apreciaciones pedagógicas sobre ese ejercicio.

Relatos Poliédricos es un ejemplo de la literatura, vive en este territorio, en estas calles frías. A la hora de enseñar castellano y literatura, los relatos son elementales por todas las razones que se mencionaron en el camino hasta aquí; más todavía, porque activan la lectura, que parece que se detuviera con las obras “aburridas” que sugiere el MEN; ellos muestran de manera directa y cercana las acciones cotidianas; podría decir que el lado oscuro o crudo de la literatura, que casi no se comparte en el colegio y que, si se piensa como joven, puede llegar a ser realmente explorable. En los escritos, el lector se encuentra con un regaño de mamá, una cita, una borrachera, un enamorado, una charla de amigos, una gripe, situaciones que hacen a los hombres similares, pero se cuentan desde la perspectiva de un estudiante de noveno semestre, que intenta escribir y compartir algo de su esencia.

Con el libro, se trata de que el lector vea las dos caras de la moneda, el equilibrio de las cosas; no hay relatos positivos o negativos, como se planeó que se los iba a separar al principio; son relatos que tienen una armonía extraña en sus entrañas, que reverdecen en la

confusión. Saber que se enseña y se aprende en una época bella y de cambio, pero, también, de artificio e incoherencias —originadas y promovidas solo por el ser humano—; no son labores fáciles, son disfrutables; incluso se encuentra felicidad en ellas. La literatura es un bordón que vuela, sostiene el conocimiento para que no desaparezca en la avalancha de información y entretenimiento, más bien se aproveche de ellos. Como responde Roberto Bolaño a la pregunta para qué le ha servido la literatura:

Y en mi vida, que ha sido más bien nómade y de una pobreza extrema en ocasiones, leer ha contrapesado esa pobreza y ha sido mi soberanía y ha sido mi elegancia. Podía estar en cualquier situación y si leía a Horacio, por ejemplo, el *dandy*, el que estaba viviendo por encima de sus posibilidades era yo, siempre. La literatura me ha producido riqueza. Es riqueza. (Calle del orco, 2014)

Como escritor, se experimentan gratas sensaciones y presiones, de la academia, porque el canon juzga, y del corazón porque escribir siempre lo incluye. Ensimismarse, consentir descanso a los sentidos para activarlos después sobre manera; sentir, expresar lo que se siente, compartirlo con el otro y discutir; en concreto, construir conocimiento, desde el aula de clase o desde cualquier otro lugar.

Como uno de los objetivos es participar la experiencia, los relatos no requieren dominio avanzado de la lengua para su lectura, porque lo que se espera del lector es actividad: que también se exprese, dialogue, imagine, cree y comparta; que se siga aplicando el principio del que se habló en las primeras páginas, la semiosis ilimitada.

El educador que procura cultivar las capacidades del educando, toma tiempo para revisar las respuestas a las lecturas, los textos auténticos, cualesquiera que fuesen; le concede independencia para que averigüe y travesee con el lenguaje; no amputa, no avergüenza, en contrapunto, como en la infancia, en el balbuceo, cuando el bebé apenas ejercita su aparato fonador, el adulto únicamente acepta y, como señala García (2003: 61), alienta

la valoración mediante la sonrisa, que es expresión de los gestos de acogida y de escucha, sostendrá la comunicación por parte del adulto. El seguimiento de la actividad por parte del niño, depende en exclusiva del reflejo hacia él, de la calidad de esta valoración. La escucha

del adulto significa literalmente eso: escucha. No interpreta, no manda hacer, deja que el niño se exprese.

El educador reconoce valía en la energía que el estudiante dona para transformar palabras sueltas en literatura y pone a su disposición el tajalápiz de los relatos, de la literatura, para que el estudiante se afine, se pique, pique otros y pique al mundo con su escritura.

Por el momento, no resta más que decir. Esta reflexión acabará como no debiera, tranquila y confiadamente: se asegura que los relatos son la más certera de las metáforas de la vida y una lección para ella misma; el fragmento de vida que el lector ha finalizado de leer es la prueba palpable de ello.

Para concluir, se debe decir que desde que una vida humana se encuentra en un entorno, que se define como el conjunto de personas, cosas y circunstancias que rodean e influyen en el crecimiento de una persona, tiene a su disposición escenas que comunican y son totalmente válidas como motivación para escribir.

Para la escritura de relatos es primordial conocer los fundamentos básicos del discurso narrativo, pero, más que eso, crear una relación con la escritura, sus etapas y sus procesos; se podría decir que se debe llegar a tener una intuición de escritor, que dirá por dónde llevar o dejarse llevar en el texto.

El educador que goza del hábito de leer y escribir ha desarrollado y permite que florecieran más los talentos y cualidades, que serán puntos de apoyo para desempeñar con cumplimiento y responsabilidad el rol de docente; se cree con firmeza que este es uno de los epicentros desde donde surge el cambio, lo que tanto necesita la educación.

La escritura de relatos, además de que aporta en forma extraordinaria al desarrollo de la competencia comunicativa, cumple una función liberadora o de catarsis. El hecho de recordar situaciones que no se preveía que estuvieran en la memoria, imaginar y recorrer los bordes de los buenos y malos pensamientos y tratar de leer el mundo de manera compleja, para escribirlo y en el camino comprenderlo, permite que el escribiente interiorice, para, luego, expresar y reconocer, al tiempo, que aquel proceso sana, pues se

adquiere más empatía y se recuerda que, como en la vida y en el relato, las diferencias provocan tensión, los pequeños hitos que deben permanecer.

Decidir que se va a escribir literatura como única profesión es un hecho que requiere mucha valentía, no precisamente por la situación socio-económica, sino, más bien, porque aislarse, concentrarse y escribir en un ambiente con tanto ruido es una labor sumamente compleja y de desapegos; también, porque la escritura es autoconocimiento y conocimiento que, a su vez, significa poder, al que, si no se sabe cómo manejar, corrompe.

Se necesita pensar y aplicar soluciones al problema de la educación no formal, pues hasta que la educación formal y no formal busquen los mismos objetivos, el niño puede encontrarse en una opacidad, que se trasluce en la toma de malas decisiones y, por ende, en la existencia y aumento desmedido de malas conductas y patologías infantiles. El profesor puede ser un ejemplo de vida en la academia y en la cotidianidad.

6. Referencias

Acosta, M. & Acosta, P. (2009). *Análisis y prospectiva de la crisis económica y social en San Juan de Pasto, Colombia 2008*. Recuperado (2015/03/27), de Pontificia Universidad Javeriana: <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/economia/tesis186.pdf>

Alméras, D. Lecturas en torno al concepto de imaginario: apuntes teóricos sobre el aporte de la memoria a la construcción social. Universidad de Chile. Recuperado (2015/10/21), de <http://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/19/almeras.html#1v>

Álvarez, C., (ed.). (2013). *Julio Cortázar, Clases de Literatura. Berkeley, 1980*. Bogotá, Colombia: Alfaguara.

Amaya, V. (2006). *El docente del lenguaje*. Bogotá: Limusa.

Arciniegas, A., (2010). *Ocho historias etnoliterarias*. Pasto: Universidad de Nariño (Trabajo de Grado, Maestría en Etnoliteratura).

Ayala, R. (2008). La metodología fenomenológico-hermenéutica de M. Van Manen en el campo de la investigación educativa. Posibilidades y primeras experiencias. *Revista de Investigación educativa*, vol. 26, No. 2, pp. 409-430. Murcia, España: Asociación Interuniversitaria de Investigación Pedagógica.

Barberousse, P. Fundamentos teóricos del pensamiento complejo de Edgar Morín. *Revista Educare* Vol. XII, N° 2, 85-113, 2008, p. 104. Recuperado (2016/03/15) de <http://www.redalyc.org/pdf/1941/194114586009.pdf>

Barthes, R. (1987). La muerte del autor, en: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Trad. C. Fernández Medrano. Barcelona, España: Paidós.

Bernal, P. (2011). *La literatura y la comprensión lectora: degustando la lectura*. Bogotá: Eco Ediciones.

Betancourt, J. (2009). *Caída de las pirámides y de la bolsa de valores pastusos*. Pasto, Colombia: Grafitek-Litografía.

Bubnova, T. (2006). Voz, sentido y diálogo en Bajtín. Recuperado (2015/10/18) de <http://ojs.unam.mx/index.php/rap/article/view/17397/16590>.

Cabrera, D. (2004). Imaginario social, comunicación e identidad colectiva. Universidad de Navarra/Facultad de Comunicación. Recuperado (2015/10/24), de http://www.researchgate.net/profile/Daniel_Cabrera4/publication/242731193_Imaginario_social_comunicacin_e_identidad_colectiva/links/00463535d56c9cf25e000000.pdf

Calle del orco. (2014). La literatura me ha producido riqueza, Roberto Bolaño. Recuperado (2017/02/09) de: <https://callelorco.com/2014/01/28/literatura-riqueza-roberto-bolano/>

Congreso de Colombia. (1982). *Ley 23 “Sobre derechos de autor”*. Recuperado (2015/05/30) de <http://www.derechodeautor.gov.co/web/guest/leyes>

Correa, S. *et al.* (2013). Investigación cualitativa. Tipo fenomenológica. Recuperado (2015/09/13) de: <http://hilanasuskys.blogspot.com.co/2013/06/investigacion-cualitativa-tipo.html>

Dema, P. (2008). El relato literario y la memoria colectiva. *Revista borradores*. Vol. VIII- IX, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Díez, M. (2005). *Los viejos -y siempre nuevos- cuentos populares*. Madrid. Recuperado (2015/05/06), de Biblioteca Digital Ciudad Seva: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/diez01.htm>

Eagleton, T. (1998). *Una introducción a la teoría literaria*. Recuperado (2015/05/16) de: <http://exordio.qfb.umich.mx/archivos%20pdf%20de%20trabajo%20umsnh/libros/6542615-EAGLETON-Terry-Una-Introduccion-a-La-Teoria-Literaria.pdf>

El viejo McDonald tiene una granja. Recuperado de: <http://littlebabybum.com/es/el-viejo-mcdonald-tiene-una-granja-littlebabybum-canciones-infantiles-hd-3d-old-mcdonald-spanish/>

Erreguerena, M. (2001). Cornelius Castoriadis: sus conceptos. *Revista de la Facultad de filosofía y humanidades. Universidad de Chile*. Recuperado (2015/10/23) de http://148.206.107.15/biblioteca_digital/capitulos/32-1112kfr.pdf

Galeano, E. (2006). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI.

García Márquez, G. (2007). *Cien años de soledad*. Bogotá, Colombia: Norma.

García, N. (2003). *Educación para escribir*. México: Limusa.

Gómez, P. (2001). Imaginarios sociales y análisis semiótico. Una aproximación a la construcción narrativa de la realidad. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*. Universidad Nacional de Jujuy. N° 17. Recuperado (2015/10/17) de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-81042001000200012&script=sci_arttext

González Uribe, G. y Mejía, A. C. (2006). *Colombia: la alegría de pensar*. Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia.

Guzmán, M. et al. (2002). *Enciclopedia para educación preescolar. Desarrollo Comunicacional, lenguaje oral y lenguaje escrito*. León, Guanajuato: San Martín y Domínguez editores.

Hernández, S. (2011). Dialogismo y alteridad en Bajtín. Recuperado (2015/10/18) de: <http://revistacatepec.uaemex.mx/index.php/contribuciones/article/viewFile/222/217>

Leytón, O. (2010) *Algunos relatos de mi pueblo*. Pasto: Universidad de Nariño. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras).

Literato. (Sin fecha). Autores/ Rabindranath Tagore. Recuperado (2017/02/25) de: <https://www.literato.es/p/NzI1OQ/>

Llovet, J., et al. (2005). *Teoría literaria y literatura comparada*. Barcelona, España: Ariel.

López, S. (2003). Percepción y creación de la ciudad. Método simbólico-semiótico del ciudadano para una re-creación de la realidad urbana. *Gazeta de Antropología*. N° 19.

Recuperado (2015/05/23) de: http://www.ugr.es/~pwlac/G19_17Silvia_Lopez_Rodriguez.html.

Macías, L. (2003). *El juego como método para la enseñanza de la literatura a niños y jóvenes*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto.

Marañón Rodríguez, J. L. (2011). *Reflexiones teóricas acerca de la interrelación entre memoria histórica e imaginarios sociales*. Recuperado (2015/10/26) de: <http://www.eumed.net/rev/cccss/12/jlmr.htm>

Metodología de la investigación para licenciatura y postgrados. Ed. Santos, C. (2013). Tabasco: Universidad autónoma de Tabasco. Recuperado (2016/04/08) de https://issuu.com/charin75/docs/antologia_de_metodologia_inv

Mignolo, Walter. (1986). *Teoría del texto e interpretación del texto*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Moncayo Meneses, J. y Palacios Montilla, J. (2013). *Imaginarios urbanos en torno a la plaza de Nariño de la ciudad de San Juan de Pasto*. Pasto: Universidad de Nariño. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras).

Morín, E. (1994). Introducción al pensamiento complejo. (Trad. del fra. Por Marcelo Pakman). Barcelona: Gedisa.

Osimo, B. (2008). *Peirce, Eco y la semiosis ilimitada*. Recuperado (2015/10/23) de: http://courses.logos.it/plscourses/linguistic_resources.cap_2_20?lang=es

Palerm, J. (1997) El trabajo de campo y la formación de investigadores en antropología social. *Nueva Antropología*, XV, febrero. Recuperado (2016/04/07) de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15905110> ISSN 0185-0636

Papalini, V. A. Hermenéutica y comunicación: hacia una dialógica crítica. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación (Alaic)*, año IV, N° 6, Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, São Paulo, 2007, p. 22-31. Recuperado (2015/10/18) de: http://www.eca.usp.br/associa/alaic/revista/r6/art_02.pdf

Paredes, A. (1987). *Las voces del relato*. Xalapa, México: Universidad Veracruzana.

Peralta, A. (1999). *Cómo escribir un cuento*. Medellín, Colombia: Esquilo.

Piglia, R. (1986). *Tesis sobre el cuento*. Buenos Aires. Recuperado (2015/04/26) de: Biblioteca Digital Ciudad Seva: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/tecni/tesis.htm>

Pimentel, L. (1998). *Teoría Narrativa*. Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado (2015/05/18) de: <http://www.lpimentel.filos.unam.mx/sites/default/files/textos/teoria-narrativa.pdf>

Portilla Ordóñez, L. (2009). *Pastusidades. Relatos sobre el origen, auge y caída de las pirámides*. Pasto, Colombia: Edinar.

Propp, V. (2001). *Morfología del cuento*. Madrid, España: Akal.

Restrepo, B. (2003). Investigación formativa e investigación productiva de conocimiento en la universidad. *Nómadas (Col)*. Recuperado (2016/04/07) de: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105117890019>> ISSN 0121-7550

Rodríguez, G.; Gil, J. y García. E. (1996). *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Málaga, España: Aljibe.

Rock.com.ar. (Sin fecha). Enciclopedia/Luis Alberto Spinetta. Recuperado (2017/03/15) de: <http://www.rock.com.ar/letras/2/2336.shtml>

Romero, R. (2010). *Teoría poética y creatividad*. Barcelona, España: Anthropos, 2010.

Quecedo, R. y Castaño, C. (2002). Introducción a la metodología de investigación cualitativa. *Revista de Psicodidáctica*, No. 14. Victoria-Gazteis, España: Universidad del País Vasco.

Sandoval, C. (2002). *Investigación Cualitativa*. Bogotá, Colombia: ARFO.

Shaffer, D. y Kipp, K. (2007). *Psicología del Desarrollo. Infancia y adolescencia*. México: Thomson Editores.

Sinjanía. (2013). Leer mucho para escribir mejor. Recuperado (2015/05/22) de: <http://www.sinjanía.com/29/03/2013/leer-mucho-para-escribir-mejor/>

Sinjanía. (2013). La escritura no empieza contigo. Recuperado (2015/05/23) de: <http://www.sinjanía.com/29/03/2013/leer-mucho-para-escribir-mejor/>

Talens, J., et al. (1995). *Elementos para una semiótica del texto artístico (Poesía, narrativa, teatro, cine)*. Madrid, España: Cátedra.

Taylor, S. J., y Bogdan, R. (1986). Introducción: ir hacia la gente, en: *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. México: Paidós.

Universidad Nacional Abierta y a Distancia. (Sin fecha). Lección 28. Técnicas e Instrumentos para la recolección de Datos. Recuperado (2016/04/07) de: http://datateca.unad.edu.co/contenidos/211621/PROY-GRADO_EN_LINEA/leccin_28_tcnicas_e_instrumentos_para_la_recoleccin_de_datos.html

Verdugo, J. (2004). *Sobre el canon y la canonización de la narrativa en Nariño en el Siglo XX*. Pasto, Colombia: Universidad de Nariño.

Zavala, L. (2011). *Minificción contemporánea. La ficción ultracorta y la Literatura posmoderna*. México: Universidad Autónoma de Guanajuato.

7. Anexo

NAUSEATING

Over time, codes are created in relationships. Without overthinking, detail the bond with your family, especially with your parents or with your siblings, if you have them. Or else, revise the link you share with a friend, or at last, and without underestimating, the moments that you give your pet or that your pet gives you.

Consider how easy it is to remember the expressions of the face: winks, laughs, smiles, grimaces, kisses, yawns, sticking out the tongue, puckering nose. Conversely, the gestures of the hands, whose count is impractical because they are truly dissimilar. Hands and face widen the codes that are noticed even when it is quiet and dark.

Now, it is time to start the story that I am going to tell you, about two lover youths who provoked envy even in the longest marriages due to their perfect usage of such codes.

The story happened in a crowded and wide eatery where tables, chairs, serving trays, and tiles smelled clean and radiated whiteness. Such effect was achieved thanks to the committed servers and because more than half of the walls were made of glass. A red stripe, exclusive decoration, cut the wall in half, and on it, there were the silhouettes of parts of edible animals. After two in the afternoon, the hour in which these events occurred, it was customary to be served a lot and to pay little, the clients were scarce and the waitresses' foreheads and armpits evidenced the heat of midday, which did not yield yet.

The couple sat down at the intersection between a white wall and a clear one. There, they finished, satisfied with fork and knife in their hands, but something was missing...

“Eat, eat my bundle of rain. A little spoonful of dessert”, insisted the lover man with a small spoon in front of the woman’s mouth who, with her index finger at the end of her throat, said, “No!”, and that she was very full.

“You want to take advantage of me; you want to make me fat. Besides, that huge spoon is loaded to the top.” She forced wrinkles on her face just like a passion fruit that had been forgotten in the fridge, and then, she smiled. That revealed a great doubt; was she willing?

“With the excuses that you get fat, that men need to eat more than women, that you have never liked eating soup and that yakety-yak, you made me eat almost two lunches. Look at this belly!”, and with his hand he drew a circle over the bag of meat that would be destroyed by not being able to hold his breath anymore and he finished, “then, you complain about my physical condition and the sweat.”

“Little Sunshine, in a while. Please, will you?” Her tender and begging face, just like the expression anyone can achieve when placing their middle finger in the middle of the forehead and pushing upwards, the repetitive movement of dense eyelashes, and the symmetrically closed, moist lips, were not sufficient for the man, who usually desisted, to do it this time. He kept trying to introduce the little plane in her mouth while she pretended to be upset by crossing her arms under her breasts. She tightened them a little more and, with the tip of her shoe flattened the floor repeatedly while holding laughter back and throwing herself backwards like a finicky but cute girl.

The woman sat on the edge of the chair, rested her neck on the highest part of her chair back and became the hypotenuse of a triangle where a basketball ball could go through perfectly. She closed her eyes and her hair fell freely behind the chair. She intended to keep a serious expression with all her might; however, she felt just as if she was in a beauty salon having her hair washed with warm water and plenty of soap.

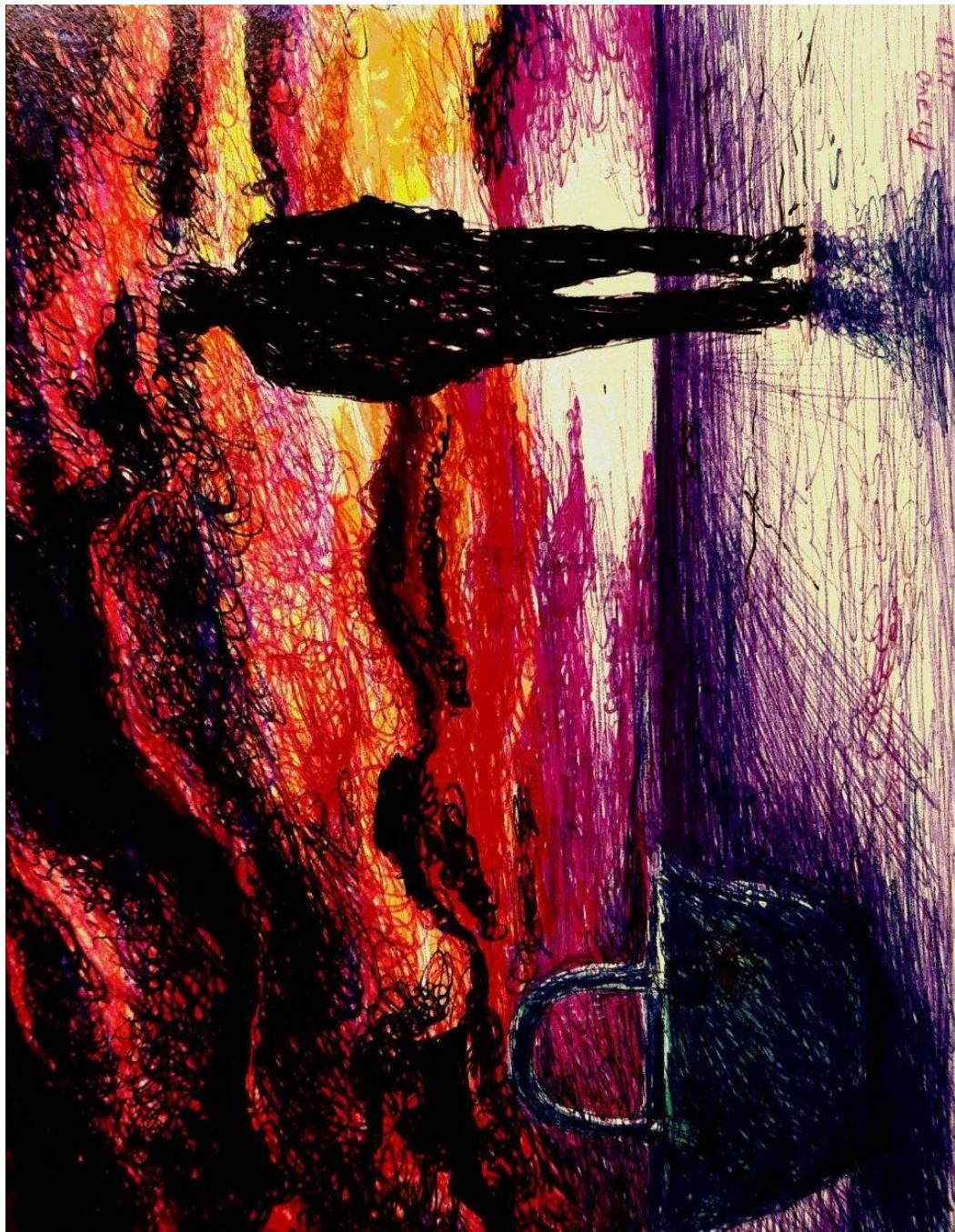


Illustration 12. Nauseating.

To keep her position, she held on to the edge of the table and stretched out her arms, breast, neck, and face. Her expression resembled that of the kids who get on a roundabout,

that playground game that spins on its axis and that with the momentum of a strong arm it requires you to keep your hands very tight on the bars to endure the hollow-like feeling in your stomach that comes closer and closer as the revolutions and speed increase. From time to time, a child lifted their feet or flew in the air due to the centrifugal force. The miss lifted her feet as well, but little Sunshine grabbed her underneath the table since he was not in front of her but beside it. Children, just like the couple, expressed vertigo with their glowing eyes and naughty laughter.

“Bundle of rain, your mom said that you should eat everything. If you don’t do it for her, do it for me and my silly games.” Despite being to his side, he tilted her head to the front and simultaneously opened and shut her eyes several times, as if he told her to come closer. He kissed her on the shoulder, next to the straps holding the dress that hung down to the middle of her firm thigh. With his breath, he covered the scar that accompanied her since her birth and told her, beyond his purpose, that in an eastern country, people repaired the cracked or broken home objects with melted silver or gold. They felt proud to have a jar, teapot, plate or mug with cracks, that is, with scars, because that meant to have one’s history alive.

Suddenly, the girlfriend exclaimed “Charge!” Her answer enchanted and confused her partner in equal proportion even though he knew what was happening. He missed her when he saw how she grabbed, bit, and licked the spoon to leave it shiny and dry. Finally, she aligned her back to the back of the chair, straightened her dress, and like the greedy gut duck, gobbled down half of the dessert in one cluck. By that time, the dessert was a sticky, watery mix of gelatin and whipped egg that ended up in the lad’s tummy. The darling girl did not give him a chance to react or hide. In an unexpected movement, she grabbed his head. Thus, the counterpart of the face adjusted on the female stomach and a thin, arm shaking, holding the disposable of the dessert, held the forehead, cheekbone and left chin, while her right hand filled the spoon and inserted it into the mouth of the baby, who did not want to ingest his medications. The poor man was not freed before emptying the container.

“Susa...”, the lad wanted to complain about the frenzy and incoherence, to pretend an argument and yell “You want to see me fat!” However, as it could be expected, this time

around, the brave attitude gave in to caresses on the acne gouges hidden under the poorly trimmed beard. The dandy woman kissed him and embodied expressions, which might never be understood by the youth.

For months, they used the codes they established together. They understood each other with such perfection that dialogue became dispensable. They communicated with movement; they rarely got them wrong. Unlike that time, which would be the last.

“We’re going to finish what you started under the table”! It was an answer, explanation and reconciliation.

The lad put the flowery bag on his back and both left in the direction she pointed out with her right index finger when she said “Charge!” to their room. The heated woman rushed to be on her way, she strode, almost run. Conversely, her partner did not adjust his pace for by going slowly, he could meditate and find an explanation to that infrequent behavior. To counteract his slowness, she almost pulled him, and after realizing that she couldn’t hustle him along, she passed him to make him speed up because he never let her go alone. Even so, her partner did not do it. He kept the attitude of having an arrow across the brain. By then, she was already more than half a block away.

The woman arrived to the bus stop and got distracted reading an ad about a gypsy who glimpsed the future. Very soon after, she received, with the same confidence with which a mother lets herself be embraced by her newborn, a hug from behind. Consequently, she turned around without being startled and the man, with a surprising movement, aligned both their noses, and kissed her.

When the woman reacted and looked for the one she loved most, she found the flowery bag on the ground.

Traducción de:

Melissa Eraso Chaves

Student of the MA in Translation and Interpretation

B.Ed. Philology and languages - English

TESOL Specialist